Rubén Díez García y Gomer Betancor Nuez (eds.)

Movimientos sociales, acción colectiva y cambio social en perspectiva

Continuidades y cambios en el estudio de los movimientos sociales

MOVIMIENTOS SOCIALES, ACCIÓN COLECTIVA Y CAMBIO SOCIAL EN PERSPECTIVA

RUBÉN DÍEZ GARCÍA Y GOMER BETANCOR NUEZ (EDS.)

MOVIMIENTOS SOCIALES, ACCIÓN COLECTIVA Y CAMBIO SOCIAL EN PERSPECTIVA

CONTINUIDADES Y CAMBIOS EN EL ESTUDIO DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES

betiko

FES FEDERACIÓN ESPAÑOLA DE SOCIOLOGÍA
Comité de
MOVIMIENTOS SOCIALES, ACCIÓN COLECTIVA Y CAMBIO SOCIAL

Publicado por
Fundación Betiko
Mendiola 42 - 48220 Abadiño - Bizkaia
www.fundacionbetiko.org

ISBN: 978-84-09-09287-1
DEPÓSITO LEGAL: B. 6115-2019

COMPOSICIÓN Y GRÁFICA: Ariel Sribman Mittelman
DISEÑO DE CUBIERTA: Ariel Sribman Mittelman
IMPRESIÓN Y ENCUADERNACIÓN: Romanyà-Valls

PRIMERA EDICIÓN: febrero de 2019

Impreso en España – *Printed in Spain*

A la memoria de Enrique Laraña (1949-2014)

ÍNDICE

Introducción
Rubén Díez y Gomer Betancor 11

Primera parte. Cambios recientes en la protesta y en las movilizaciones

¿Y después del 15M, qué? Ciclos de movilización social y aprendizajes conceptuales
Tomás Alberich 17

Valoración de la interpretación populista
Antonio Antón 31

Las rupturas postcrisis. Salto cultural, movilización social y articulaciones problemáticas
Ion Andoni del Amo 43

Elementos para el análisis de una nueva extrema derecha española
Antonio Álvarez-Benavides 59

Segunda parte. Transformaciones y novedades en las movilizaciones feministas

Etnografía del impulso feminista y la deriva patriarcal en las asambleas del movimiento 15M
Adriana Razquin 73

Del movimiento 15M a la huelga feminista del 8M. Un recorrido y algunas claves para entender el presente del movimiento feminista
Carmen Galdón 87

Tercera parte. Viejos y nuevos conflictos. Cambios de contexto y nuevas generaciones de activistas

Transformaciones en el trabajo y nuevas respuestas en el ámbito laboral
Francisco Fernández-Trujillo..... 103

«Juventud Sin Futuro» y el giro institucional post 15M de los movimientos sociales
Antonio Montañés y Antonio Álvarez-Benavides..... 117

Cuarta parte. Movimientos sociales en el espacio. Una mirada internacional

De la Revolución Pingüina a la arena de la gratuidad. Balance de 10 años de luchas estudiantiles en Chile (2007-2017)
Juan Pablo Paredes..... 133

Los movimientos sociales que brotan del margen: sujeción y protestas en el Brasil contemporáneo
Milena Silvester..... 149

El estudio de lo espacial en el movimiento soberanista maorí
Valentín Clavé-Mercier..... 161

Quinta parte. Resultados de los movimientos sociales en perspectiva histórica

¿Son políticamente relevantes los movimientos sociales? Una aproximación al caso español
Susana Aguilar..... 177

El campo de estudio de los movimientos sociales en España desde una perspectiva longitudinal
Gomer Betancor y Rubén Díez (moderadores)
Benjamín Tejerina, María Jesús Funes y Ramón Adell 193

Índice de autores..... 217

INTRODUCCIÓN

Rubén Díez García y Gomer Betancor Nuez

El origen de esta publicación se remonta al Encuentro Inter-congresual del Comité de Investigación de Movimientos Sociales, Acción Colectiva y Cambio Social de la Federación Española de Sociología (en adelante, FES), celebrado en Madrid el 31 de mayo y el 1 de junio de 2018.

La celebración de dicho Encuentro devino de las reuniones de carácter periódico que con frecuencia realizamos los Comités de Investigación de la FES y la apuesta decidida del nuestro por abrir su formato, haciéndolo más accesible a la comunidad universitaria e incorporando los trabajos más recientes en la materia, tanto de académicos noveles como de aquellos con una trayectoria más consolidada.

Dado que el Encuentro fue muy productivo y fructífero en la exposición, debate y confrontación de diferentes ideas en torno al campo de estudio de los movimientos sociales, decidimos impulsar la obra que presentamos en estas líneas. Una forma de secundar la voluntad de la FES por ofrecer a sus asociados la posibilidad de publicar sus trabajos, en este particular, para que las personas que participaron en el Encuentro tuvieran la oportunidad de divulgar sus comunicaciones orales como capítulos de libro. En este sentido, agradecemos profundamente a la Fundación Betiko la posibilidad

de coordinar este libro colectivo, especialmente a su Director, Pedro Ibarra, y a su gestor, Ariel Sribman.

En los últimos años, y especialmente a partir del ciclo que emergiera en 2010-2011, hemos sido testigos de una nueva oleada de movilizaciones de alcance global que ha incorporado novedades importantes necesitadas de claves de interpretación, dada la diferente intensidad mostrada según el movimiento social y el país. En esa dimensión se sitúa el texto de Tomás Alberich, que aborda los cambios y aprendizajes tras el 15M. También el de Ion A. del Amo, que desde una perspectiva más teórica diserta sobre las rupturas post-crisis que afrontan los movimientos sociales occidentales, y el salto cultural al que se enfrentan.

Antonio Antón dibuja, por otro lado, una valoración de la interpretación populista, también desde un abordaje teórico de la nueva situación sociopolítica que vienen afrontando los movimientos sociales tras la profunda crisis política y económica de la que hemos sido testigos en la última década. En ese marco se sitúa, asimismo, el texto de Antonio Álvarez, que aporta diversos elementos de análisis en torno a los cambios en la movilización de la extrema derecha en España.

Durante nuestra reunión tuvo lugar también una mesa específica sobre feminismos y cambios en el movimiento feminista. El 15M supuso un empuje importante a la visibilidad del movimiento feminista a gran escala y a la problematización general de sus demandas, tanto a nivel discursivo más general, como a nivel micropolítico de diferentes asambleas y colectivos. Así, Adriana Razquin analiza en su texto las aperturas y, principalmente, los cierres democráticos en las asambleas del 15M mediante un rico trabajo etnográfico rescatado de su tesis doctoral. En un sentido crítico similar, y partiendo también de su investigación doctoral, Carmen Galdón analiza las cosmovisiones feministas a partir de una clave generacional y con un trabajo temporal que llega hasta la Huelga Feminista del 8 de marzo de 2018, que ha supuesto un hito fundamental en las movilizaciones feministas recientes.

En el análisis de los cambios en la acción colectiva y los movimientos sociales encontramos movimientos clásicos que se tienen que adaptar a cambios de contexto y nuevas generaciones que adoptan formas culturales que impulsan nuevas demandas y movimientos. En ese marco se adscribe el texto de Francisco Fernández sobre las transformaciones en el mundo del empleo

y las nuevas respuestas en el ámbito laboral, que van más allá del modelo del sindicalismo tradicional y evolucionan a nuevas formas y modelos mixtos.

Estos cambios devienen de nuevas generaciones activistas que adaptan las formas de acción colectiva tradicionales a los nuevos contextos, innovan en repertorios de acción e introducen nuevos temas en la agenda política. Es en ese marco que Antonio Álvarez y Antonio Montañés abordan el diagnóstico del colectivo Juventud Sin Futuro como estudio de caso.

Por otro lado, contraparafraseando a Edward Said[1], no queríamos caer en el occidentalismo de exponer solo los debates sobre los conflictos y movimientos sociales desde los países occidentales. A partir de esa autocrítica, de la que también habla Benjamín Tejerina en el conversatorio que se incluye en este libro, quisimos dar cabida en nuestro Encuentro a trabajos sobre otras realidades diferentes a las de las miradas occidentales sobre la acción colectiva y la protesta.

Con esta dimensión de movimientos sociales en el espacio y el tiempo tenemos el texto de Juan Pablo Paredes. Él analiza, a partir de la protesta de los denominados «pingüinos», la movilización social por la educación en Chile y, en particular, el problema de la gratuidad en los últimos lustros. Paredes abunda en la relevancia de nuevas culturas políticas contestatarias para poder entender la actualidad del conflicto por la gratuidad de la educación pública.

Por otro lado, Milena Silvester escribe sobre Brasil y un nuevo «universo» de la contracultura en los movimientos sociales que brotan del margen del discurso oficial, sobre todo a partir de la oleada de protestas contra la reciente interrupción del gobierno progresista en 2016. Valentín Clavé-Mercier, por su parte, aborda una dimensión que se está empezando a integrar en estos estudios como es la dimensión espacial a partir del estudio de caso del soberanismo maorí en Nueva Zelanda, para resaltar así la relevancia de integrar la cuestión de las potencialidades y limitaciones de la espacialidad en el estudio de movimientos.

Finalizamos con el texto de Susana Aguilar, que se pregunta abiertamente si los movimientos sociales son políticamente relevantes. La autora hace un acercamiento muy interesante a la cuestión de los resultados y las consecuencias de los movimientos sociales, a partir de una intensa revisión bibliográfica

1 Said, Edward. *Orientalismo*. Madrid: Debolsillo, 2003.

en revistas científicas internacionales en este campo de estudio y revistas españolas de Ciencias Sociales, reclamando la incorporación de elementos del *policy analysis* a este ámbito de estudios.

El último texto es la transcripción editada del mencionado conversatorio que tuvo lugar durante nuestra reunión, y que versó sobre la evolución del campo de estudio de los movimientos sociales en España, sobre todo a partir de la irrupción del 15M y los cambios en el mapa político del país. Hablamos de cierta institucionalización del estudio de los movimientos sociales o los *social movement studies*; nos preguntamos sobre viejos, nuevos e integradores enfoques de estudio en la materia; y abundamos en el caso de España y en dinámicas recientes de movilización, planteándonos si dichas dinámicas han significado la ruptra de cierta singularidad que había mantenido hasta el cambio de siglo la movilización social en el caso español. Para ello contamos con el testimonio de tres personas expertas a la que estamos muy agradecidos de que hayan participado: María Jesús Funes, Benjamín Tejerina y Ramón Adell.

Con este libro hemos pretendido materializar una de las líneas de trabajo que el Equipo Directivo de la FES está decidido a impulsar. Desde nuestro Comité de Investigación en Movimientos Sociales, Acción Colectiva y Cambio Social hemos querido dar un espaldarazo a dicha iniciativa, en colaboración con la Fundación Betiko, que no es otra que la de dar la oportunidad a nuestros asociados y a las personas que participen en nuestros foros académicos y de debate de publicar los resultados de sus comunicaciones, así como enriquecer y difundir al resto de la comunidad académica los debates que tienen lugar en nuestras reuniones científicas.

Por último, no querríamos dejar de recordar a quien fuera el primer coordinador del Comité de Investigación de Movimientos Sociales, Acción Colectiva y Cambio Social de la FES, Enrique Laraña, fallecido en febrero de 2014 (cómo pasa el tiempo), por su labor académica e investigadora en el terreno de los movimientos sociales en España. Una labor que es sobradamente reconocida en nuestro país por todas aquellas personas interesadas en este campo de estudio.

Los editores
Diciembre de 2018

PRIMERA PARTE

CAMBIOS RECIENTES EN LA PROTESTA Y EN LAS MOVILIZACIONES

¿Y DESPUÉS DEL 15M, QUÉ? CICLOS DE MOVILIZACIÓN SOCIAL Y APRENDIZAJES CONCEPTUALES

Tomás Alberich

Presentación

A pesar de los miles de artículos y documentos publicados sobre el 15M y los movimientos de indignados, son pocas las investigaciones que analizan el proceso de los movimientos desde dentro, en sus contrastes y contradicciones, y en su recorrido histórico completo, desde su nacimiento hasta la práctica desaparición. Por motivos de límites de espacio, aquí exponemos solo las conclusiones del trabajo de campo y de la observación participante expuestos pormenorizadamente en otras investigaciones publicadas (Alberich, 2012, 2016, 2017).

Nuestra tesis es que los movimientos de indignados inauguraron una nueva época en los movimientos sociales y un cambio en la cultura política en España, pero que su genuino representante nacional, el movimiento que explosiona el 15 de mayo de 2011, queda como un movimiento marginado a partir de 2014, la mayoría de sus asambleas se han disuelto en 2016 y prácticamente ha desaparecido a partir de 2017.

En resumen: después de una fase expansiva movilizadora (2011-2012), el 15M pasó a ser un movimiento soporte de otros y un movimiento-esponja

atrapalotodo, como algunos partidos políticos; pero en el caso del 15M, sin querer tener el protagonismo de las movilizaciones, más bien al contrario: se mimetizó con otros movimientos, como las nuevas mareas ciudadanas y la PAH (Plataforma de Afectados por la Hipoteca). Este proceso provocó la dispersión del 15M y su diseminación creativa dentro de otros colectivos y movimientos sociales y, posteriormente, en algunos partidos políticos, que le suceden y superan.

La división del 15M entre sus diferentes almas internas y su negativa radical a crear «organización», a crear estructuras internas y organizarse como entidad, podrían ser también parte de la explicación de por qué el 15M no continuó como tal movimiento social autoorganizado, a diferencia de otros movimientos sociales históricos que sí cristalizaron en nuevas organizaciones sociales, como los sindicatos, el movimiento ecologista, el feminista…, más allá de su influencia en algún partido político concreto. Esto no niega que en 2018 algunos colectivos aún siguen autodenominándose como grupos o asambleas del 15M.

Nacimiento y desarrollo de un nuevo movimiento social

El conocido como movimiento 15M nace con esta denominación por las manifestaciones convocadas en diversas ciudades españolas el 15 de mayo de 2011, con el lema «Democracia Real YA». Sus 'virtudes' y aciertos fueron resumidos en catorce puntos (Alberich, 2012, 2016); recordemos los principales: 1. Refuerzo de la democracia. *Arrastra* hacia ideas progresistas y democráticas a una parte de los defraudados con el sistema político. 2. Acercamiento hacia *posiciones pacifistas* a grupos radicales, demostrando la eficacia de una acción masiva de resistencia civil, activa y pacífica. 3. Acierto en su *extensión a barrios y pueblos*, ampliando y facilitando una reconstrucción del movimiento y, casi simultáneamente, en numerosas ciudades españolas. Solo en la Comunidad de Madrid se crearon 124 asambleas que se reunían frecuentemente, con periodicidad semanal o quincenal. 4. Las acampadas, como la de la Puerta del Sol madrileña y las asambleas de los barrios, al ser unitarias multiplicaron el *conocimiento mutuo* entre diferentes movimientos sociales y asociaciones progresistas: feministas, ecologistas, vecinales, de acción social, anti desahucios, okupas, etc., lo que reforzó lazos y multiplicó

redes sociales y de autocomunicación. 5. Acierto en *priorizar la acción* y el «debate sobre la acción», antes que sobre la ideología y sobre los objetivos últimos. 6. Interclasismo, con pluralidad política e intergeneracional (con jóvenes y jóvenes-adultos como protagonistas). 7. Por primera vez se reivindicó la democracia participativa como uno de los puntos esenciales del movimiento y, lo que es más importante, se practicaba directamente.

El éxito del nuevo movimiento fue evidente y superador, también en las movilizaciones, de cualquier otro anterior:

> Observando los datos de las movilizaciones en el resto del estado en los últimos siete meses, sí podríamos aventurar que entre 600.000 y 2.500.000 de personas se han movilizado en algún momento con los indignados. Otros 5 millones habrían visto sus acampadas, asambleas o manifestantes, llegando a participar en algún momento en sus actividades (Adell, 2011, p. 13).

En mayo de 2010 el gobierno del PSOE presidido por Zapatero aprobó recortes sociales (alegando que venían impuestos por la UE), ahondando aún más la separación entre sus políticas (medidas concretas) y las aspiraciones de sus votantes. El 15M aprovechó así hábilmente las características de la estructura de oportunidad política (EOP): en 2011 el hartazgo social era evidente, tanto como la debilidad del Gobierno, que no se atrevió a reprimir al nuevo movimiento. A finales del mismo año 2011, con nuevos gobiernos del PP en el Estado y las principales administraciones regionales y locales, se impusieron numerosos recortes sociales, con un agravamiento de la crisis en todos los ámbitos. En respuesta, las movilizaciones crecieron. Se comenzaron a crear nuevos movimientos sociales de denuncia de la crisis-estafa y de los recortes en derechos, como las mareas ciudadanas (blanca, verde, etc.) en defensa de los servicios públicos, y tomaron gran impulso otros que ya existían, como la Plataforma de Afectados por la Hipoteca (PAH).

A partir de 2012, el 15M evoluciona desde *el movimiento-soporte* (de otros movimientos) al *movimiento esponja*: quiere unir, aunar o absorber a otros movimientos integrándolos en su seno y, al no conseguirlo, simplemente se mimetiza con ellos, apoyándolos desde dentro o creando otros nuevos. Pero quedarse solo en apoyar a todo lo que se mueve, sin crear estructura organizativa propia, aboca a un movimiento social a su lenta desaparición, diluyéndose en sus hijos y descendientes.

En mayo de 2012, primer aniversario del 15M, el movimiento recobra un frugal protagonismo público, también en los medios de comunicación. La celebración se realiza con múltiples actividades y la concentración aniversario llena de nuevo a rebosar la Puerta del Sol de Madrid. Los lemas son los mismos. El puntual éxito no cambia el proceso de declive.

Durante 2013 las redes del nuevo tejido social creado por el 15M se han ido deshilachando. Desde enero de 2014 el nuevo partido Podemos trata de recoser estas redes, pero para sus propios objetivos: la construcción de una nueva estructura organizativa político-electoral. De las investigaciones realizadas deducimos que una parte minoritaria pero significativa de los activistas del 15M pasaron a dedicar sus esfuerzos, primero a otras organizaciones sociales (mareas, PAH y nuevas asociaciones locales), y después a las nuevas organizaciones políticas y a las confrontaciones electorales, especialmente a la preparación de candidaturas unitarias de izquierdas y de confluencias para las elecciones locales y autonómicas de 2015.

Estas candidaturas fueron impulsadas desde Podemos, Izquierda Unida u otras organizaciones preexistentes (Ahora Madrid, Barcelona en Comú, CUP locales, etc.), donde fue patente la presencia de activistas de los movimientos sociales y de ex 15M.

Alcanzados numerosos gobiernos locales y parlamentos regionales en mayo de 2015, se acrecentó la separación y alejamiento con el movimiento social, proceso que recuerda a lo ocurrido en los años 80 con la crisis del movimiento vecinal y el paso de dirigentes y cuadros de las asociaciones vecinales a las nuevas estructuras de partidos y administraciones públicas (Alberich, 2016).

Desde 2016, el principal referente regional y general del 15M que queda vivo es ya solo el periódico mensual *Madrid15M*, gestionado desde el principio por una independiente 'Asamblea' de redactores, subsistiendo también algunas webs (madrid15m.org; agorasolradio.org), la asamblea «Espacio Común 15M» y, aproximadamente, una decena de miniasambleas locales madrileñas que se reúnen periódicamente o al menos emiten algún comunicado ocasional. Es difícil saberlo con exactitud; el periódico citado es casi la única fuente de información.

Discusión. Clima, movilización o movimiento social

El 15M ha cristalizado nuevas formas de ser y de actuar en la política, en la sociedad, ha cambiado la forma de pensar de miles de personas y ha contribuido a crear un «nuevo clima social» (Fernández-Savater, 2012). Pero ¿cómo se crea y organiza un clima? El 15M tenía dos posibles vías: seguir solo como «clima», impregnando con sus ideas a otros movimientos y organizaciones, y desarrollando los principios de una *revolución humanista* (García-Rosales & Penella, 2011, p. 105), o convertirse paulatinamente en un movimiento social más, tratando de mantener su homogeneidad y sus características fundacionales. Mayoritariamente se eligió esta segunda opción, queriendo ser un movimiento social nuevo, independiente de otros; pero al mantener su estrategia básica horizontal, sin representantes ni delegados, y rechazando construir una organización con una estructura formal, fue perdiendo protagonismo y diluyéndose. En la práctica se ha quedado en la primera vía: creó un clima y una nueva cultura política (participativa, asamblearia, etc.), que es lo que ha permanecido, desapareciendo como movimiento social.

La brevedad de su protagonismo y, a la vez, la importancia de sus acciones, ha llevado a algunos analistas a no considerarlo propiamente como un movimiento social, ya que ha sido solo una movilización social. La indignación frente a la crisis económica y a cómo se gestionaba «cristalizó en la movilización del 15M» (Villasante, 2017, p. 39).

Desde mi punto de vista, sí es un movimiento social porque cumple todas las características que lo definen como tal. De entre las múltiples definiciones sobre el concepto de movimiento social, podemos citar la muy conocida y completa de Charles Tilly:

> (...) el movimiento social fue el resultado de la síntesis innovadora y trascendental de tres elementos: 1. Un esfuerzo público, organizado y sostenido por trasladar a las autoridades pertinentes las reivindicaciones colectivas (campaña). 2. El uso combinado de algunas de las siguientes formas de acción política: creación de coaliciones y asociaciones con un fin específico, reuniones públicas, procesiones, vigilias, mítines, manifestaciones, peticiones, declaraciones a y en los medios de comunicación… (repertorio del MS). 3. Manifestaciones públicas y concertadas de WUNC de los participantes: valor, unidad, número y compromiso (Tilly & Wood, 2010, p. 22).

De una forma más simple, podemos considerar que un movimiento social tiene siempre entre sus características definitorias: (1) ser una acción colectiva estable, (2) querer de una forma explícita una transformación social y cambios concretos (sociales, culturales, políticos...), y (3) situarse *frente a* o *independiente de* el poder o sistema institucional. Todo movimiento social en algún momento de su proceso de creación se reconoce a sí mismo como sujeto transformador (Alberich, 2012, p. 64). Podríamos revisar otras definiciones pero, como podemos comprobar por las anteriores, el movimiento 15M cumple con todas las características para definirlo como tal.

Ahora bien, citar al 15M como un movimiento social no es lo mismo que hablar de otros movimientos sociales históricos y bien conocidos: movimiento obrero, feminista, ecologista, movimiento ciudadano (de las asociaciones vecinales en España), etc., que son movimientos sociales amplios que agrupan a diversos movimientos concretos bajo un mismo marco ideológico común.

Carlos Taibo, uno de los autores más reconocidos por el propio movimiento (en el periódico *Madrid15M* ha publicado numerosos artículos) indica:

> El 15M ha sido, y es, un intento de adaptación de las percepciones y de las prácticas de los movimientos antiglobalización al nuevo escenario marcado por la crisis en la que estamos inmersos desde 2007 (...) Conviene, sin embargo, que señale que ese intento de adaptación se ha saldado en una realidad distinta de la que proporcionaban los movimientos antiglobalización, en la medida en que nos ha situado, de nuevo, en el escenario, más próximo, de los barrios y de los pueblos (Taibo, 2017).

La propuesta de este texto es, como forma de clarificación, el diferenciar al menos dos tipos dentro del análisis de la acción colectiva y del conjunto de los movimientos sociales:

- *Movimientos sociales-marco o enmarcadores*, que son los macro movimientos sociales históricos (*macro social movements, framework and framing-movements*): crean y desarrollan marcos ideológicos de referencia que los convierten en corrientes de opinión y acción, que se mantienen al menos durante décadas. Los más conocidos son el movimiento obre-

ro/sindical, los movimientos por los derechos civiles y derechos humanos, el movimiento feminista, el ecologista, el pacifista, el ciudadano, el antiglobalización/altermundialista, etc. Cada uno sería el movimiento 'marco' o espacio común de enmarcamiento en el que se encuadran movimientos específicos, que son los:

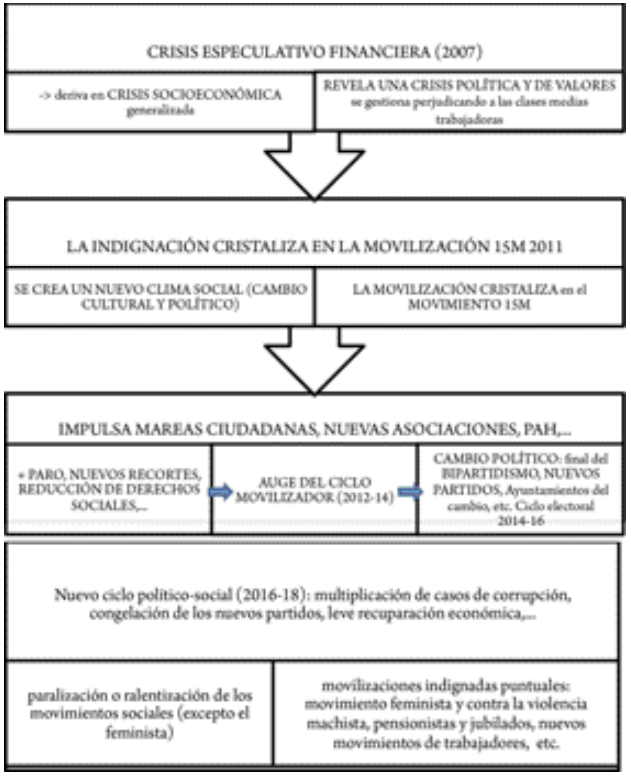
- *Movimientos sociales concretos, de «onda corta»* (*concrete 'short-wave' social movements*): surgen por una situación determinada, en una coyuntura específica, y cambian, se transforman o desaparecen cuando la situación ha cambiado sustancialmente, dependiendo de cada coyuntura histórica concreta, la EOP y la EOM (estructura de oportunidad mediática). Fácilmente se podrá considerar que son partes, derivaciones (o desviaciones) de los citados anteriormente. O, simplemente, son ejemplos concretos en territorios delimitados de los grandes movimientos enmarcadores, a los que dan nombres específicos.

Ejemplos serían: las primaveras árabes, el 15M y otros movimientos (Occupy Wall Street,...), que serían parte de los conocidos como «movimientos de indignados». La marea verde o la blanca también serían movimientos sociales concretos que formarían parte de los movimientos de indignados. Podemos considerar también en esta categoría otros ejemplos: el movimiento de las Madres de la Plaza de Mayo (Argentina), el Movimiento de los Sin Tierra (MST, Brasil), el movimiento estudiantil chileno contra las tasas universitarias, movimientos de apoyo a los refugiados (Europa, 2013-2017), movimiento contra la violencia machista y de denuncia de las mujeres asesinadas (España, 2016) … Todos estos movimientos sociales pueden ser considerados como ejemplos concretos de los grandes movimientos sociales anteriores: movimiento por los DDHH (Madres P.M., refugiados...), nuevos movimientos sindicales (MST), de mujeres/feminista (contra los crímenes machistas, Marea 8M) u otros: el del derecho a la vivienda, que incluye a la PAH, como parte del movimiento ciudadano/vecinal, etc.

Conclusiones

Vamos ahora a hacer una breve recopilación de la evolución de los procesos sociales vividos en España desde el comienzo de la crisis, que vemos resumido en el Gráfico 1. Finalmente se aportan algunas conclusiones sobre el 15M.

Gráfico 1. Procesos sociales movilizadores con sucesivas cristalizaciones (España, 2007-2018)



Fuente: elaboración propia.

La pregunta que nos queda entonces es: si el 15M ha sido un movimiento social y tuvo tanto éxito en sus comienzos ¿por qué se ha disuelto en tan poco

tiempo? ¿Qué factores le han impulsado a su desaparición? A partir del estudio de casos concretos, veamos brevemente unas consideraciones generales.

¿Por qué se optó por negarse a constituir una organización formal? Sergio Mesa considera que el 15M supuso

> Un paso adelante en la estrategia, en tanto que planteaba una impugnación del orden político y social con carácter general, pese a su carácter ciertamente difuso y su debilidad político-ideológica, pero un paso atrás en lo organizativo, limitándose generalmente a la forma asamblea, y repudiando cualquier forma de organización propia de partidos o sindicatos, algo promovido por el sistema y su campaña permanente contra estos (Mesa, 2016, p. 36)

En la misma obra, Mesa considera que «la dirección política general del movimiento [15M] fue hegemonizada en cierta medida por sectores de ideología pequeñoburguesa, radical-demócrata».

Efectivamente, durante décadas los principales medios de comunicación en España han contribuido al desprestigio de los sindicatos y también, en diferente medida, de todos los partidos políticos. Este desprestigio de las grandes organizaciones está muy arraigado en la sociedad española y viene históricamente no solo del franquismo sino, en buena parte, de más atrás: un arraigo histórico diferenciador, reflejado en la extensión del anarquismo y de las ideas libertarias en España. Una cultura muy popular de desconfianza hacia cualquier organización con estructuras de delegación.

La propia construcción burocrática y de aluvión de las estructuras sindicales en los años de la transición a la democracia y la escasa respuesta movilizadora o casi inanición sindical frente a la crisis y frente al aumento constante de los casos de corrupción provocaron que las ideas de horizontalidad y de democracia participativa se llevaran a una lectura radical máxima, negándose desde las primeras asambleas de las acampadas 15M a construir una organización con «representantes y representados». Ciertamente en ese momento seguramente fue un acierto, porque lo contrario fácilmente habría paralizado el crecimiento del movimiento, pero fue un factor de parálisis en la fase inmediata posterior.

¿Es posible funcionar solo con democracia directa? En una asociación, colectivo o movilización social es evidente que sí. Pero en un movimiento numeroso que quiere cambiar la sociedad nacional, parece evidente que la

experiencia del 15M nos indica precisamente lo contrario. No es posible un movimiento social de presión, que quiere cambiar la sociedad, organizado solo mediante asambleas y sistemas de democracia directa interna, a pesar del buen uso de las nuevas TIC.

De hecho, los hijos y sucesores del 15M, al menos los más conocidos, tienen estructuras que combinan la democracia directa y la representativa: la PAH, que ya existía; las mareas, claramente; y, mucho más jerarquizados, los nuevos partidos políticos o las plataformas electorales que se han presentado en los comicios municipales de mayo de 2015. Precisamente la dispersión del 15M desde 2013-2014 facilitó el crecimiento de Podemos y otras marcas electorales, con gente cansada de las reuniones interminables y de la falta de efectividad concreta. El partido Podemos no es el continuador o sucesor del 15M, pero sin este difícilmente habría existido.

Con el sistema asambleario, lo que sí ha sido posible es conseguir un gran proceso movilizador, provocando un cambio que ha contribuido decididamente a que de ahí surgieran nuevos movimientos y nuevas organizaciones sociales y políticas. El 15M, sin apenas estructuras, sin liberados, sin representantes y representados, ha conseguido impulsar ese profundo cambio y, como parte sustancial de esa nueva cultura, comenzar a cambiar la política y la sociedad.

En conclusión, más allá de sus evidentes éxitos, después de siete años podemos resumir los factores y causas de la crisis y práctica desaparición del movimiento 15M en:

1. El consenso a toda costa provocó debates interminables en las asambleas. La participación libre y abierta atrajo a muchas personas, pero fue desilusionando a otras que deseaban más acción y un funcionamiento más resolutivo.

2. El asamblearismo y la horizontalidad radical suponía no tener delegados, incluso no elegir portavoces públicos, salvo para casos puntuales, lo que ralentizó o paralizó la relación con los medios de comunicación y con la ciudadanía, también con otros movimientos, asociaciones, etc.

3. Junto a lo citado, negarse a construir una estructura organizativa formal, a constituir o registrarse como asociación nacional o internacional ni como lobby de presión, restó eficacia al movimiento. Si se hubiera

constituido algún tipo de nueva organización democrática y eficaz, seguramente una parte de sus activistas hubieran permanecido en el movimiento, no dando el salto a actuar solo en la política partidista electoral. Pasado el periodo de gran movilización social, sin organización clara y estable no hay posibilidad de pervivencia de un movimiento social en el medio plazo.

4. A pesar de la hábil utilización de las nuevas TIC y de las redes sociales, no consigue construir «medios de autocomunicación de masas» (Castells, 2010, p. 25) que tengan presencia estable y repercusión pública.

5. La soberanía de cada Asamblea local y el consenso necesario para aprobar acuerdos impidió la construcción de un programa reivindicativo del conjunto del 15M, aunque fuera de mínimos pero público y general. Esto fue posible solo al principio, cuando en la región madrileña existía la Asamblea Acampada Sol de Madrid y se publicaron varios manifiestos reivindicativos claros y concretos. Igualmente en 2011 cada Asamblea provincial sí realizó sus propios programas reivindicativos. Desde 2012, el 15M no reivindica un programa ni tiene unos objetivos estratégicos: se mimetiza con otras luchas y movimientos (mareas, PAH, etc.) pasando del movimiento-soporte de otros al movimiento esponja, diluyéndose.

6. De entre sus diferentes almas (la reformista-liberal, la radical económica, la libertaria...), se produce una inclinación paulatina hacia la orientación ideológica más izquierdista-purista (radical asamblearia y socialista-libertaria), que se convierte en predominante. Tal vez esta inclinación/radicalización se produce de una forma «natural», al ser todas las decisiones tomadas en asamblea: fácilmente se produce un apoyo asambleario a las posiciones más radicales, ya que no hay «comisiones» o delegados que tengan que negociar un programa con otros (sean instituciones u otros movimientos sociales) y que se tenga que llegar a concesiones o a puntos intermedios en las reivindicaciones, para poder llegar a acuerdos o a consensos sociales amplios. Las proclamas y las sucesivas reivindicaciones se mantienen en los máximos.

7. Falta de evaluación y de autocrítica.

8. Estos factores provocan que:

- Activistas del 15M se dediquen a crear colectivos y asociaciones para temas específicos o sectoriales: mareas, nuevas entidades locales, PAH, etc. Primero los crean y luego paulatinamente se dedican a esa nueva actividad y dejan de acudir a las asambleas 15M.
- Después, cuando comienza el ciclo electoral de 2014 a 2016, también hay activistas que se pasan a la participación directa en política (elecciones europeas, municipales) y a los nuevos partidos, principalmente Podemos y a las candidaturas municipales.

Aun así, subsiste (en 2018) un pequeño grupo que sigue autodenominándose 15M, muy connotado ideológicamente.

Pasado el ciclo electoral, el nuevo ciclo político-social que comienza a finales de 2016 se caracteriza por una nueva multiplicación de casos de corrupción, el desprestigio paulatino –o al menos la congelación– de la imagen de los nuevos partidos de izquierdas y una leve recuperación económica, más como fruto de una acomodación a la crisis que como una salida (reparto de la precariedad y aumento del precariado). La indignación con la situación aumenta, pero los movimientos sociales disminuyen, salvo casos puntuales de movilización (como la feminista y la de jubilados y pensionistas), de momento aislados… ¿hasta cuándo?

Bibliografía

Adell, R. (2011). La movilización de los indignados del 15-M. Aportaciones desde la sociología de la protesta. *Sociedad y Utopía*, 38, 125-140.

Alberich, T. (2012). Movimientos Sociales en España: Antecedentes, Aciertos y Retos del Movimiento 15M. *Revista Española del Tercer Sector*, 22, 59-96.

Alberich, T. (2016). *Desde las Asociaciones de Vecinos al 15M y las mareas ciudadanas [breve historia de los movimientos sociales]*. Madrid: Dykinson.

Alberich, T. (2017). Éxito, crisis y descendientes de movimientos indignados:

análisis, estudio de caso y observación participante en Asambleas 15M. *Revista Española del Tercer Sector*, 37, 73-108.

Castells, M. (2010). *Comunicación y Poder*. Madrid: Alianza.

Fernández-Savater, A. (2012). Cómo se organiza un clima. Recuperado el 13 de enero de 2012 de http://blogs.publico.es/fueradelugar/1438/%-C2%BFcomo-se-organiza-un-clima.

García-Rosales, C. y Penella, M. (2011). *Palabras para indignados. Hacia una nueva revolución humanista*. Madrid: Mandala.

Mesa, S. (2016). Análisis crítico sobre herramientas de acción. En *Mapa de Estrategias Sociales. La movilización social en España: necesidades estratégicas.* Madrid: Seminario de la Fundación por la Europa de los Ciudadanos (FEC).

Taibo, C. (2017). Desde abajo sin separaciones: seis años del 15M, *Madrid15M. Periódico de Asambleas del 15M,* 58, 10. Consultado el 20 de mayo de 2017 de http://madrid15m.org/publicaciones/madrid15m_n_58.pdf

Tilly, C. y Wood, L. J. (2010). *Los Movimientos Sociales 1768-2008, desde sus orígenes a Facebook*. Barcelona: Crítica.

Villasante, T. R. (2017). *Democracias Transformadoras. Experiencias emergentes y alternativas desde los comunes.* Barcelona: El Viejo Topo.

VALORACIÓN DE LA INTERPRETACIÓN POPULISTA

Antonio Antón

El presente trabajo aporta algunas reflexiones para avanzar en una teoría alternativa desde la valoración crítica del populismo, con su interpretación de 'pueblo' y la construcción de movimiento popular. Como se sabe, es una doctrina influyente en dirigentes de Podemos, eje de las fuerzas del cambio. Las necesidades prácticas y estratégicas de las fuerzas alternativas son muy grandes, y la capacidad teórica, pequeña. Además, está acompañada de una gran fragmentación e inadecuación con la realidad actual, con la correspondiente dificultad para ejercer una función de 'desvelamiento' o interpretación crítica que sirva para la transformación.

Parto de la exigencia colectiva de una elaboración y un debate teórico específico, vinculado con el cambio político pero superador del inmediatismo de la acción social y política cotidiana. Nos atañe, particularmente, a la intelectualidad progresista, lamentablemente, la mayoría de ella condicionada por esquemas del pasado e intereses del presente. El objetivo no es elaborar una teoría completa o una mezcla ecléctica de las teorías disponibles. La oportunidad es dar un impulso a la teoría social y política que favorezca la transformación sociocultural, económica e institucional y facilite la cohesión de las fuerzas del cambio.

Hago la interpretación desde la *hermenéutica social* y el *análisis crítico del discurso* (Alonso, 1998, y 2009; Beltrán, 2016; Ricoeur, 1999; Van Dijk, 2000), así como desde el *realismo crítico e histórico* con la revalorización del sujeto y su experiencia (vivida e interpretada) como agente de cambio de las relaciones de poder y la hegemonía política y cultural (Benítez, 2016; Domènech, 2016; Gramsci, 1978 y 2011; Jessop, 2008, 2017a y 2017b; Tilly, 1984, 2004 y 2009; Tilly *et al*., 2005; Thompson, 1977, 1979, 1981 y 1995).

En este texto explico dos aspectos. Primero, una valoración crítica de la ambigüedad ideológica y el idealismo discursivo de la teoría populista. Segundo, un nuevo enfoque crítico, social y realista para interpretar la dinámica de los movimientos sociales y populares.

Ambigüedad ideológica e idealismo discursivo de la teoría populista

La teoría populista de E. Laclau (1978 y 2013), Ch. Mouffe (2003, 2007 y 2012) y ambos (1987), como teoría del conflicto, aporta, respecto de las teorías funcionalistas y el consenso liberal o el determinismo economicista, criterios interpretativos más realistas para analizar el proceso de crisis sistémica, protesta social y conformación de un sujeto sociopolítico de cambio, experimentado esta última década en España. Pero presenta importantes limitaciones, no solo para interpretar el proceso sino, sobre todo, para facilitar una orientación estratégica al mismo.

La primera insuficiencia de la teoría populista es su ambigüedad ideológica: «El populismo es, simplemente, un modo de construir lo político» (Laclau, 2013, p. 11). O bien: «Por 'populismo' no entendemos un 'tipo' de movimiento –identificable con una base social especial o con una determinada orientación ideológica– sino una 'lógica política'» (Laclau, 2013, p. 150).

Hay una diversidad de movimientos sociales con rasgos comunes de tipo 'populista' (polarizado), pero son muy distintos, incluso completamente opuestos, por su carácter «sustantivo», su sentido respecto de la libertad y la igualdad de las capas populares. Ese carácter «indefinido» del papel y la identificación ideológico-política de un movimiento popular es el punto débil de esa teoría populista. Es incompleta porque infravalora un aspecto fundamental. Vale poco una teoría que es solo una «técnica» o una lógica

procedimental (antagonismo) compatible con movimientos populares contrapuestos por su contenido. La garantía de basarse en «demandas» salidas del pueblo, sin valorar su sentido u orientación, es insuficiente. Ese límite no se supera en el segundo paso de unificarlas, nombrarlas o resignificarlas (con significantes vacíos) con un discurso y un liderazgo cuya caracterización social, política e ideológica tampoco se define. El «momento» populista es secundario; lo principal es si hay crisis política por y con dinámicas igualitarias-emancipadoras.

La particularidad en España es que los límites de esa teoría se han superado y completado por el contenido cultural, la experiencia sociopolítica y el carácter progresista y de izquierdas de unas élites asociativas y políticas, dentro de un movimiento popular democrático con valores de justicia social; es decir, por el tipo de actor (o sujeto) existente.

La segunda insuficiencia de Laclau es el «idealismo discursivo», la sobrevaloración del papel del discurso en la construcción de la realidad sociopolítica.

Desde mi punto de vista, el enfoque realista e histórico de E. P. Thompson, tal como he desarrollado en otros textos (Antón, 2006a, 2006b, 2011, 2013, 2014, 2015, 2016 y 2018), es de los más sugerentes para explicar los procesos de conformación de los sujetos sociales y políticos, y cómo superar la dicotomía estructuralismo-posestructuralismo desde una óptica relacional de las propias capas populares y su experiencia y con una actitud transformadora.

Superando el esquema dicotómico anterior, el proceso real no sería interpretable adecuadamente desde el enfoque idealista-postmoderno (discurso, identidad y lucha popular) ni desde el determinista-estructuralista (clase, conciencia de clase, lucha de clases) –que también sería idealista, siguiendo a Thompson–. La conformación del sujeto como factor de cambio y la dinámica sociopolítica habría que interpretarla desde el realismo crítico, relacional e histórico (thompsoniano o gramsciano): experiencia relacional (participación en el conflicto social, posición en las relaciones sociales y «costumbres en común» y diferenciadas), conciencia social (pensamiento, subjetividad e interpretación de la gente común y las élites) y sujeto sociopolítico (construido a través de su práctica relacional y cultural). Las tres facetas forman un conjunto social interconectado e inseparable; solo es posible separarlo analíticamente.

Por otra parte, defino las limitaciones del enfoque populista de Laclau y Mouffe: por efecto péndulo de su acertada crítica al esencialismo y el reduccionismo del determinismo economicista, pasan al extremo de infravalorar la realidad social, económica e institucional o subsumirla en una concepción discursiva y contingente de la política. Ese enfoque idealista o postmoderno les dificulta la interpretación y, sobre todo, la elaboración de una teoría y una estrategia transformadoras enraizadas en esa realidad.

Desde una posición crítica al idealismo postmoderno hay que clarificar un par de conceptos. La palabra «significado» se refiere al contenido discursivo del análisis de un texto; el significante «sentido» contiene un criterio, juicio o significado colectivo que está en un discurso pero, sobre todo, en una práctica social. Y puede estar más o menos expreso o latente en el comportamiento del grupo social. Al tener por objeto el sentido de los hechos sociales, la interpretación es más compleja y debe considerar a ambos procesos, discursivo y práctico-relacional, incluyendo no solo las mentalidades y la dinámica social sino su sociogénesis, su evolución y los factores que la condicionan. En esa comprensión de la interacción de los dos elementos y su trayectoria está la base interpretativa de la hermenéutica social, más completa, multilateral e interactiva que el idealismo postmoderno o el determinismo estructuralista.

En consecuencia, la teoría populista es incompleta, como análisis y «orientación» para avanzar en la igualdad-libertad-solidaridad; o para conseguir hegemonía y conquistar el poder.

Laclau engloba o clasifica todos los movimientos populares bajo el mismo concepto de «populistas», atendiendo a una particularidad: su polarización con el poder… para alcanzarlo. En consecuencia, ese punto de partida es insuficiente y no desvela o critica lo principal: el papel sociopolítico-cultural o sentido ético-ideológico de un movimiento popular (y el poder). El aspecto fundamental de la realidad sociopolítica sobre la que clasificar e interpretar los movimientos populares debe ser su significado en el eje igualitario-emancipador o autoritario-regresivo. No es sobre la vieja tipología izquierda/derecha, dada la confusión sobre el significado de izquierda; pero sí sobre su sentido político-ideológico e histórico en relación con la igualdad-libertad-fraternidad o las relaciones de dominación. El análisis (científico) de la «realidad» se debe complementar con una actitud político-ética transformadora. Además,

esa realidad se debe seleccionar e interpretar desde un enfoque social y crítico o, si se prefiere, ético-normativo.

En ese autor hay también una infravaloración del contenido político-ideológico o ético de un movimiento popular y, en consecuencia, del tipo de cambio político que promueve. Esa pluralidad de realidades en que se concretaría su teoría demuestra una desventaja, no un elemento positivo o conveniente. Es incoherente al juntar tendencias con diferencias y antagonismos de sus características principales. Esa comparación basada en el «mecanismo» común refleja su ambigüedad ideológica y confunde más que desvela la realidad tan diferente, incluso opuesta, de unos movimientos u otros (ya sea Le Pen con Podemos, el nazismo con el PCI de Togliatti, el populismo latinoamericano con la Larga Marcha de Mao o los Soviets, o el etnopopulismo y el racismo con los nuevos movimientos sociales y de los derechos civiles).

¿Para qué sirve meterlos todos en el mismo saco de «populistas»? ¿Para destacar la validez de una teoría por su «universalidad», su amplia aplicabilidad histórica? Pero esa clasificación, ¿qué sentido tiene? ¿Solo el de resaltar un «mecanismo» constructivo, el del conflicto nosotros-ellos, en oposición al consenso liberal y en vez de la clásica lucha de clases? Esa diversa y amplia aplicabilidad no demuestra una teoría más científica (u objetiva) sino menos rigurosa y más unilateral respecto de lo sustantivo: su sentido político liberador.

Esa ambigüedad político-ideológica refleja su debilidad, su abstracción de lo principal desde una perspectiva transformadora: analizar e impulsar los movimientos emancipadores-igualitarios de la gente subalterna. Para ello, la teoría populista sirve poco y distorsiona. Como teoría del «conflicto» (frente al orden) es positiva en el contexto español, con actores definidos en ese eje progresista-reaccionario. Partir de los de abajo le da un carácter «popular». Pero lo fundamental de su papel lo determina según en qué medida conecta y se complementa con un actor sociopolítico concreto, con su cultura, experiencia y orientación sustantiva… igualitaria-emancipadora (como en España). Aquí, sus insuficiencias se contrarrestan con el sentido progresivo (justicia social, democracia…) de la ciudadanía activa española y sus líderes, incluidos los de Podemos, que se han socializado en la cultura progresista, democrática… y de izquierda (social).

Laclau pone de relieve algunas deficiencias de la clásica interpretación estructural-marxista y su lenguaje obsoleto. Pero tampoco es realista; comparte su idealismo, aunque se va al otro extremo constructivista. Y, sobre todo, infravalora elementos internos sustantivos (éticos o ideológico-políticos) para evitar su conexión con actores autoritarios-regresivos. Es su inconveniente y la crítica principal.

Así, el enfoque procedimental de la teoría populista es incompleto para definir una orientación sustantiva político-ideológica o estratégica y construir un tipo de poder democrático y emancipador. Y para rellenar ese vacío, cada sector populista debe echar mano de una política o ideología al uso, presente en la sociedad y de carácter más o menos reaccionario o progresista (o centrista, nacionalista, estatista, de extrema derecha, izquierdista…). Es decir, la «lógica» política (polarización nosotros/ellos e idealismo discursivo) es insuficiente para caminar hacia un horizonte transformador para la gente subalterna. Al menos, debe definirse e incorporar valores clave como la igualdad, la libertad, la fraternidad y la democracia (o bien, sobre la desigualdad, la dominación, la segregación y el autoritarismo), así como desarrollar una posición solidaria, integradora e intercultural ante los actuales conflictos nacionales, la diversidad cultural y contra la tendencia xenófoba y prepotente de la demonización del «otro». Pero esa mezcla da lugar a populismos concretos diversos a los que hay que juzgar, precisamente, por su «sentido» político, no por su lógica. Los campos políticos principales no se clasifican por cuáles son populistas o cuáles no, sino por si la fuerza sociopolítica que representa cada polo desempeña un papel democrático-igualitario-solidario o una función autoritaria, discriminatoria y segregadora.

Por tanto, dada la importancia de las necesidades políticas y estratégicas del movimiento popular en España, la diversidad de corrientes de pensamiento entre las fuerzas alternativas y, específicamente, la tarea de cohesión y consolidación de la nueva representación en torno a Podemos y el conjunto de sus aliados y confluencias, es imprescindible un esfuerzo cultural y un debate teórico para avanzar en un pensamiento crítico que favorezca la transformación social. Aun sin luces largas (estrategia global), hay que enfocar mejor con las luces cortas (análisis concreto, arraigo con la gente), contando con la experiencia y las mejores tradiciones de los movimientos emancipadores de los dos últimos siglos.

En definitiva, la cuestión analítica y política principal es si un movimiento popular es reaccionario o progresivo, autoritario o democrático (y democratizador), opresivo o emancipador, etc., y adoptar una posición política sobre ese eje político-ideológico. Son secundarios otros rasgos como el emocional o el liderazgo; importa escuchar, dialogar y representar bien a la gente. La teoría populista de Laclau es una teoría del «conflicto», más adecuada que el «consenso» liberal respecto del carácter de la actual pugna sociopolítica… en España (y dejando al margen el conflicto territorial ante el que hay que destacar la convivencia y la fraternidad). Pero tiene unos inconvenientes de fondo, particularmente su ambigüedad ideológica, que no le permiten aportar suficiente claridad interpretativa y orientación política a las tareas estratégicas del movimiento popular (en España, Europa o Latinoamérica). La reafirmación en ella (salvando aspectos parciales) no es un avance respecto de un pensamiento crítico sino un lastre teórico a superar. Su déficit hay que corregirlo con una teoría política que priorice un enfoque social y crítico, un proyecto sustantivo para un proceso emancipador-igualitario. Es una tarea difícil y compleja; la mejor intelectualidad europea está, cuando menos, perpleja, pero dadas las necesidades del cambio político de progreso es necesario abordarla. Esa es la pretensión de estas reflexiones.

Un nuevo enfoque crítico, social y realista

La caracterización del «momento» populista como expresión del conflicto de nuevas fuerzas populares frente a las viejas élites tradicionales, aparte de la acertada clasificación en un campo o en otro de dichas fuerzas, es un asunto analítico y normativo secundario. Visto desde el poder establecido, es un problema de descenso de la legitimidad pública de la élite política normalizada o clase gobernante, es decir, de su necesidad estratégica de recomponer su credibilidad y, por tanto, su poder. Es una situación de crisis política, más o menos profunda, que puede llegar a la transformación del régimen político (y económico y nacional). Como todas las crisis, son una oportunidad para el cambio, al estar debilitadas las estructuras de poder.

Pero dentro de las dinámicas sociopolíticas emergentes y sus pugnas y equilibrios con el poder establecido (la clase o fracción dominante) para establecer una nueva hegemonía, hay que explicar dos cosas: la profundidad

del cambio y el doble (o diverso) «sentido» transformador. Es decir, si las tendencias nuevas solo llegan a una remodelación superficial de las élites gobernantes y el sistema político o alcanzan modificaciones profundas de los núcleos del poder institucional, socioeconómico y nacional-territorial. Y respecto de su trayectoria y orientación, si van en un sentido democrático-igualitario-solidario o en un sentido autoritario-regresivo-segregador (o con fórmulas intermedias o mixtas según qué aspectos).

Fenómenos populistas se han producido en regímenes políticos inestables, es decir, sin la hegemonía de una clase gobernante potente y creíble y que ha incumplido su función colectiva. O sea, que ha frustrado con su gestión los fundamentos de legitimidad ciudadana y cohesión política y nacional derivados del cumplimiento del contrato social o pacto colectivo de seguridad y bienestar colectivo.

Por tanto, junto con la base social de descontento popular emerge una o varias dinámicas de reajuste o recomposición de esa clase política o régimen institucional, con mayor o menor nivel de ruptura o continuidad con el viejo orden y la vieja élite política gobernante. Estos procesos se pueden dar no solo en países desestructurados institucionalmente, sino en los Estados más avanzados y/o democráticos (como Estados Unidos, Reino Unido y Francia, o bien, Holanda, Austria y Suecia); al igual que en otro momento los Estados «modernos» del Eje (Alemania, Italia y Japón), aun con fuertes fracasos históricos respecto de sus expectativas imperiales o hegemónicas y un pasado de gran descontento social, a menudo con importantes movimientos de izquierdas. Así, el contexto es diferente al del típico populismo latinoamericano con unas clases gobernantes más frágiles y fragmentadas, aunque con unos desafíos nacionales, institucionales y de cohesión social también relevantes.

Dos elementos de fondo son comunes: crisis de legitimidad de las élites político-institucionales y grandes retos geoestratégicos, socioeconómicos y nacionales. La vieja clase política (o el sistema institucional) es incapaz de abordarlos bien y necesita una mayor movilización popular y de recursos estructurales para recomponer la nueva élite y la nueva hegemonía o reequilibrio del poder. El populismo, por tanto, es una lógica de acción política antagonista y discursiva frente a las viejas élites políticas, con la tarea de instaurar un nuevo orden hegemónico.

Hasta ahora, prácticamente no he definido el sentido de las oportunidades de cambio con esa crisis y la nueva movilización política. No obstante, lo principal para el poder establecido y las fuerzas emergentes y, especialmente, para el análisis y la posición política y estratégica de progreso, es el peso (u oportunidad como relación de fuerzas) de la tendencia hacia una salida igualitaria-democrática-solidaria u otra reaccionaria-regresiva-autoritaria. Es decir, los procesos históricos y los campos políticos se definen, fundamentalmente, por su sentido sustantivo, no procedimental. La tarea de las fuerzas del cambio de progreso es el debilitamiento del poder establecido de las clases poderosas, regresivas y autoritarias (incluida la presión derechista-xenófoba), y el empoderamiento «popular» democrático-igualitario. Ese es el eje principal de la polarización en los últimos siglos, por supuesto con diferencias en cada campo y con zonas intermedias y transversales.

Y no es un asunto menor el papel contradictorio y ambivalente que juega la socialdemocracia u otros actores intermedios (pertenecientes a los de arriba y a los de abajo y, según qué temas y momentos, al medio), así como la necesaria diferenciación entre la derecha y la extrema derecha. Otra cosa es la «composición social» de una fuerza oligárquica, de derecha o extrema derecha, que puede apoyarse en sectores populares o de clase trabajadora (descendentes), o su supuesto perfil «social» pero divisionista y segregador respecto de otras capas populares (inmigrantes, extranjeros). Y aunque cuenten, desigualmente, con apoyos «populares» o sean más o menos patrióticos o «protectores». O sea, su valoración política y ética no depende, sobre todo, de su composición y su perfil (que son un síntoma significativo), sino del «sentido» de su trayectoria sociopolítica y cultural y su proyecto de sociedad, aspectos que conforman su identidad real.

Los poderes establecidos liberal-conservadores y todo su aparato académico y mediático no ven mal esa caracterización polisémica de los distintos populismos: son todos los que cuestionan la gobernabilidad de su poder, del «sistema» político. Enlaza con su lógica de mezclar y desprestigiar a «ambos extremos». Pero esa delimitación de campos, poder liberal-conservador frente a «extremistas» o antisistema de ambos colores –izquierdistas y derechistas– es nefasto desde una óptica transformadora progresista. No deja ver los grandes conflictos políticos y de valores de igualdad, libertad y fraternidad contra los que, a veces, hay coincidencias entre la extrema derecha

y la derecha liberal. Por tanto, desorientan sobre las estrategias políticas y las alianzas emancipadoras.

En definitiva, hay que superar (aparte de las teorías funcionalistas, liberal-conservadoras o socioliberales) el enfoque populista, del simple antagonismo ligado al idealismo discursivo postmoderno, así como el determinismo economicista, de la sobrevaloración de las estructuras económicas e institucionales que se imponen a la propia gente como actor sociopolítico y conllevan un inevitable futuro. Hay que desarrollar un enfoque realista, social y crítico con el acento puesto en la importancia del propio sujeto, de sus condiciones de vida y sus contextos relacionales de dominación y subordinación, de su experiencia y su subjetividad, de su práctica social y su diferenciación cultural y política. Sobre esa interpretación se podrá elaborar una estrategia de cambio de progreso más clara y acertada.

Bibliografía

Alonso, L. E. (1998). *Una mirada cualitativa en sociología. Una aproximación interpretativa.* Madrid: Fundamentos.

Alonso, L. E. (2009). *Controversias sobre el individualismo contemporáneo*. Madrid: UAM.

Antón, A. (2006a). *Precariedad laboral e identidades juveniles.* Madrid: GPS-Fundación Sindical de Estudios.

Antón, A. (2006b). *El devenir del sindicalismo y la cuestión juvenil.* Madrid: Talasa.

Antón, A. (2011). *Resistencias frente a la crisis. De la huelga general del 29-S al Movimiento 15-M*. Valencia: Germanía.

Antón, A. (2013). *Ciudadanía activa. Opciones sociopolíticas frente a la crisis sistémica*. Madrid: Sequitur.

Antón, A. (2014). *Sujetos y clases sociales*. Madrid, *Fundación 1 de Mayo*, Estudio 83, marzo (41 pp.).

Antón, A. (2015). *Movimiento popular y cambio político. Nuevos discursos.* Barcelona: UOC.

Antón, A. (2016). *La democracia social hoy. Un nuevo ciclo sociopolítico por la democracia y la igualdad.* Madrid: Editorial Académica Española.

Antón, A. (2018). El sujeto de cambio. En *La clase trabajadora*, VV.AA. Ma-

drid: Akal.
Beltrán, M. (2016). *Dramaturgia y hermenéutica: para entender la realidad social.* Madrid: CIS.
Benítez, P (2016). La actualidad política de E. P. Thompson. Multitud y 15-M. En J. Sanz, J. Babiano y F. Erice (eds.), *E. P. Thompson. Marxismo e Historia social*. Madrid: Siglo XXI (pp. 299-328).
Domènech, X. (2016). La condescendencia de la posteridad: lucha de clases, clases y conciencia de clase. En J. Sanz, J. Babiano y F. Erice (eds.), *E. P. Thompson. Marxismo e Historia social*, Madrid: Siglo XXI (pp. 115-151).
Gramsci, A. (1978). *Antología*. México D.F.: Siglo XXI.
Gramsci, A. (2011). *¿Qué es la cultura popular?* Valencia: Universidad de Valencia.
Jessop, R. (2008). *El futuro del Estado Capitalista*. Madrid: La Catarata.
Jessop, R. (2017a). *El Estado: Pasado, Presente; Futuro*. Madrid: La Catarata.
Jessop, R. (2017b). *La renovación del pensamiento de Gramsci: entrevista con Bob Jessop*, por Carlos Prieto y Juan Carlos Monedero. Público, 26 de abril (40 pp.). En línea: http://www.publico.es/opinion/renovacion-pensamiento-gramsci-entrevista-bob.html
Laclau, E. (1978) [1977]. *Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo, populismo*. Madrid: Siglo XXI.
Laclau, E. (2013) [2005]. *La razón populista.* Buenos Aires: FCE.
Laclau, E. y Mouffe, Ch. (1987). *Hegemonía y estrategia socialista hacia una radicalización democrática.* Madrid: Siglo XXI.
McAdam, D., Tarrow, S. y Tilly, CH. (2005). *Dinámica de la contienda política*. Barcelona: Hacer.
Mouffe, Ch. (2003) [2000]. *La paradoja democrática.* Barcelona: Gedisa.
Mouffe, Ch. (2007). *Retorno a lo político.* Buenos Aires: FCE.
Mouffe, Ch. (2012). *El desafío de Schmitt*. Buenos Aires: Prometeo.
Thompson, E. P. (1977) [1963]. *La formación histórica de la clase obrera. Inglaterra: 1780-1832* (tres tomos). Barcelona: Crítica.
Thompson, E. P. (1979). *Tradición, revuelta y consciencia de clase.* Barcelona: Crítica.
Thompson, E. P. (1981). *Miseria de la teoría.* Barcelona: Crítica.
Thompson, E. P. (1995). *Costumbres en común.* Barcelona: Crítica.
Tilly, Ch. (1991) [1984]: *Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones*

enormes. Madrid: Alianza.
Tilly, Ch. (2007) [2004]: *Contienda política y democracia en Europa 1650-2000*. Barcelona: Hacer.
Tilly, Ch. (2010) [2009]. *Los movimientos sociales, 1768-2008. De sus orígenes a Facebook*. Barcelona: Crítica.

LAS RUPTURAS POSTCRISIS. SALTO CULTURAL, MOVILIZACIÓN SOCIAL Y ARTICULACIONES PROBLEMÁTICAS

Ion Andoni del Amo

El impacto de la crisis económica ha abierto una crisis política y social, que está transformando y convirtiendo en problemáticas algunas relaciones entre instituciones, movimientos sociales y nuevas expresiones políticas. En parte, estas crisis suponen la cristalización y estallido público de algunos de los cambios sociales que venían gestándose de forma semisoterrada durante la globalización. Y también su contestación, en muchos casos espontánea, y con distintas articulaciones y rupturas.

El presente trabajo pretende ser una aproximación teórica y conceptual para ayudar a comprender e interpretar todas estas transformaciones y relaciones problemáticas. Para ello, se basa en la combinación de análisis de contexto y trabajos empíricos previos en el campo de la cultura, los movimientos sociales y los nuevos imaginarios postcrisis.

El contexto: la globalización y sus límites, una sociedad fragmentada

Las dinámicas globalizadoras han supuesto una fragmentación y precarización social, especialmente del mundo del trabajo (Alonso y Fernández, 2013). Desde finales de los años 70, y especialmente durante la siguiente década,

la gran empresa fordista se ve desmembrada en base a toda una suerte de externalizaciones, subcontratas e internacionalizaciones, precarizando las estructuras de relación estables del mundo social del trabajo, desde las organizaciones sindicales a las más informales. La flexibilidad se convierte en el argumento y el relato dominante:

> La flexibilidad se inscribe entonces –y ello durante una década, es decir, hasta la reaparición de un movimiento crítico de gran magnitud a finales de 1995– en un relato que va a volverse más rígido con el tiempo y que aporta a la evolución de los últimos veinte años un carácter a la vez impersonal y fatalista, congruente con una visión organicista o darwinista de la historia (Boltanski y Chiapello, 2002, p. 286).

La nueva economía global se muestra fuertemente excluyente (Castells, 1997). Al aumento de la movilidad e inestabilidad social se suma una progresiva diferenciación entre los niveles de renta y la pérdida global del poder adquisitivo de las capas populares (Kerbo, 2004), parcialmente enmascarada por el mecanismo del crédito fácil hasta 2007. La parte salarial en la renta mundial habría descendido en 20 años del 66% al 59% (OIT, 2013).

Richard Sennett (2000, 2006), en dos ensayos que ya son clásicos, deja constancia de las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo, en el que nada es a largo plazo. Ello supone, para muchos trabajadores condenados a pensar sólo en el presente, serias dificultades para organizar su proyecto de vida personal en un capitalismo que dispone de nosotros y nos deja a la deriva, y que se configura con frecuencia como un régimen de poder ilegible (Sennett, 2000), unos amos sin rostro (Jameson, 1995). En este sentido, Boltanski y Chiapello registran distintos indicadores de anomia que interpretan «no sólo como un efecto automático del desarrollo de la miseria y de la precariedad, sino también como señal de la desaparición de los asideros de los que las personas disponían en su entorno social». Se generan así confusión y dificultades, apunta Sennett, para llevar a cabo una proyección de futuro, al tiempo que incertidumbre «con respecto al valor atribuible a los dispositivos y convenciones que regulaban el viejo mundo (las relaciones familiares, los títulos académicos, la obtención de un contrato

de trabajo, las categorías socioprofesionales, etc.)» (Boltanski & Chiapello, 2002, p. 530-531).

La postmodernidad sería la lógica cultural de este capitalismo tardío:

> En esta medida, lo postmoderno bien pudiera ser poco más que un periodo transicional entre dos fases del capitalismo en el que las formas anteriores de lo económico se están reestructurando a escala global, incluidas las antiguas formas de trabajo y sus instituciones y conceptos organizativos tradicionales. No hace falta un profeta para predecir que un nuevo proletariado internacional (adoptando formas que ni siquiera podemos imaginarnos) resurgirá a partir de este revuelo: pero nosotros aún estamos en pleno meollo, y nadie puede decir cuánto tiempo habremos de seguir ahí (Jameson, 1998, p. 339-340).

Así, al tiempo que el propio mercado fordista uniforme se reestructura de las crisis que sacudían los años 70 sustituyendo el producto estandarizado de la producción en masa por el producto personalizado, dirigido a sectores específicos, que incorpora elementos de diseño (Alonso & Conde, 1994), en la lógica cultural hegemónica la diferencia se impone también progresivamente como garantía de legitimidad (Yúdice, 2002). La lógica cultural de la postmodernidad es también en gran medida el resultado de las batallas y reivindicaciones culturales de los 70 y contiene, sin duda, grandes dosis de democratización de la cultura: el rechazo de las categorizaciones normativas e ideologías totalizantes que ahogan al individuo apunta a una defensa de los microrrelatos personales, de la libertad individual y de la pluralidad. Pero la denuncia de las narrativas totalizantes del siglo xx, se confunde con el rechazo al concepto de «totalidad» como una forma filosófica (Jameson, 1998), y las lógicas postmodernas y multiculturales devienen en una fragmentación cultural.

De tal forma que durante la recomposición del postfordismo se produce un progresivo desmantelamiento y debilitamiento de los dos grandes mecanismos forjadores de identidades fuertes de la modernidad, el Estado-nación y la clase económica articulada en torno al mundo del trabajo, produciendo una fragmentación en identidades múltiples, débiles, líquidas (Bauman, 1999). El compromiso y la búsqueda de consenso a largo plazo, incluso las

propias construcciones identitarias sólidas, aparecen carentes de sentido. Castells apunta que la dimensión cultural resultante

> Puede comprenderse en el punto de intersección de dos pares de tendencias contrapuestas (aunque no incompatibles): el desarrollo paralelo de una cultura global y de múltiples culturas identitarias; y el ascenso simultáneo del individualismo y el comunalismo como dos modelos culturales opuestos, aunque igualmente poderosos, que caracterizan nuestro mundo. La capacidad o incapacidad para crear protocolos de comunicación entre estos marcos culturales contradictorios define la posibilidad de comunicación o mala comunicación entre los sujetos de los distintos procesos de comunicación (Castells, 2009, p. 90).

En el plano ideológico-político todo ello se expresará como tolerancia (Zizek, 2009), ideología ciudadanista (Delgado, 2007) o postpolítica (Ranciere, 2004). Esto es, la idea de una sociedad despolitizada tiene en cuenta a cada grupo y le confiere su propio estatus, en una suerte de procesos de gubernamentación, de gerenciamiento o administración de poblaciones (Yúdice, 2002; Zizek, 2009).

La fragmentación e individualización del mundo del trabajo facilita, sin duda, la recuperación de la tasa de ganancia empresarial. La gestión de la información y el conocimiento, al tiempo, se constituyen en el motor de la nueva economía globalizada, que se encuentra sometida a flujos económicos y financieros muchas veces inestables e impredecibles, que en búsqueda de inversiones y beneficios rápidos han protagonizado unas cuantas burbujas inmobiliarias en Gran Bretaña, Estados Unidos y Japón, así como varias crisis bursátiles (Castells, 1997). Kerbo (2004) pone nombre a algunos de los protagonistas principales de esos flujos: los inversores institucionales, los grandes fondos de inversión y de pensiones norteamericanos, que acumulan los beneficios de los procesos de privatización y desregulación.

Pero la pérdida general de poder adquisitivo de la masa salarial plantea un problema en la dimensión de la demanda. La paradoja se resolverá mediante un doble desplazamiento temporal. Hacia atrás, aprovechando el colchón material acumulado por las generaciones anteriores. El desplazamiento hacia adelante supone una externalización de costes hacia el futuro (medioambien-

tales) o en el espacio (a los países periféricos) y, especialmente, se solventa mediante el mecanismo de crédito fácil y barato ideado por la Reserva Federal estadounidense y extendido a Europa, y que permite además alimentar movimientos especulativos, especialmente en el campo inmobiliario. El espejismo, que era insostenible, se desploma a partir de 2007 con una nueva crisis:

> El reparto de las riquezas está en el corazón de la crisis. La bajada prácticamente universal de la parte que corresponde a los asalariados es una de sus causas esenciales: son las rentas captadas en detrimento de los asalariados las que han alimentado la burbuja financiera (Husson, 2010).

La crisis estructural, sin embargo, confronta también a las dinámicas globalizadoras con sus propios límites, como el calentamiento global y el agotamiento de los combustibles fósiles (Azkarraga, 2017). Sennett (2009) sentenciará: «la desglobalización ha empezado, no volveremos al viejo régimen».

Así, la crisis y el ciclo de movilizaciones postcrisis suponen varias rupturas y rearticulaciones, permitiendo vislumbrar esas nuevas formas que Jameson en 1998 anticipaba aunque aún sin ser capaz todavía de imaginar.

La transformación en las movilizaciones sociales: las protestas espasmódicas

En primer lugar encontramos una transformación en las movilizaciones sociales, que convierte en problemática su coexistencia con la institucionalización actual. El propio diseño de participación institucional, derivado del periodo fordista, se basaba en la existencia de vínculos sociales, afectivos y solidaridades estables, que podían mantenerse en el tiempo. Surge como una potencial última etapa de este *continuum* temporal movilizador, con el movimiento sindical y los movimientos sociales como principal expresión.

Sin embargo, en un contexto social fragmentado y marcado por la (auto) comunicación digital más inmediata, ejemplificada por internet y las redes móviles, en que los sujetos pueden construir sus propias redes de comunicación (Castells, 2009), el modelo de movilización que emerge del ciclo de protesta postcrisis se expresa de un modo más convulsivo, a través de episodios explosivos de actividad, grandes eventos: Syntagma, 15M, Occupy,

Nuit Debout, Portugal, Reino Unido, Italia, la huelga y las movilizaciones feministas del 8M, las protestas en torno a las pensiones…

> Una «dislocación física» que, como señala Jacques Rancière, da lugar a una comunidad política, no como un reflejo pasivo de lo social, sino como un desacuerdo en la división de lo sensible, en los datos mismos que configuran esa realidad social y los papeles que juega cada sujeto en ella. Esto es lo que este autor llama «estética de la política» (Casanovas, 2012, p. 17).

Estas irrupciones urbanas, estos episodios espasmódicos pueden manifestarse con mayor o menor frecuencia, pero expresan una ruptura con el largo plazo, así como con la socialidad directa y la actividad constante mantenida en el tiempo. La oposición al capitalismo resulta como él, efímera, incapaz de expresarse en largos plazos (Harvey, 2008 y 2014).

Todo ello conduce a una situación paradójica respecto a la dimensión temporal: una institucionalización derivada del modelo a largo plazo de movilización anterior, en un contexto sociopolítico definido por una acción colectiva más espasmódica. De tal forma que esta problemática coexistencia deviene, en estas nuevas movilizaciones, en una frecuente y virulenta crítica y desconfianza general para con las élites institucionales.

Las nuevas movilizaciones postcrisis, a menudo, tampoco definen una alternativa coherente a largo plazo, como hiciera el movimiento obrero o los movimientos sociales, sino que sobre todo expresan un malestar de fondo de los damnificados de la globalización para con las élites institucionales, a las que vienen a decir «sabemos que no sabéis» (Gabilondo, 2017). Así, el propio Gabilondo define estos movimientos como populismo negativo de los síntomas, y reitera una característica esencial, que se suma al carácter espasmódico: ese malestar resulta contagioso, pasa fácilmente de un lugar a otro, o de un tema de movilización a otro.

Los nuevos imaginarios: lo común-popular antagónico

En segundo lugar, estas movilizaciones sociales postcrisis alumbran también nuevos imaginarios con dos características principales: una fuerte idea de lo común, sin identidades particulares politizadas, y la construcción de un antagonismo radical respecto al poder (Del Amo, 2017). Ello supone una triple ruptura cultural.

Así, de un lado, supone un cambio respecto a los imaginarios anteriores de los movimientos sociales, que pivotaban sobre la dimensión identitaria desde el giro cultural de la década de 1960, y que de acuerdo a la concepción gramsciana entendían la cultura como un terreno de lucha (Yúdice, 2002). Sin embargo, las identidades políticas particulares resultan ahora sospechosas de división frente a la emergencia de construcciones más universalistas, que priman lo común y compartido, como el «pueblo» o «el 99%».

De hecho, la creciente conveniencia de la diferencia como garantía de legitimidad en la postmodernidad (Yúdice, 2002) venía convirtiendo en problemática esa politización de las identidades oprimidas operada por los movimientos sociales y las denominadas *identity politics*:

> El formato temprano de Marx se aplicó a otros sujetos marginales –negros, mujeres, Tercer Mundo, incluso, algo desproporcionadamente, a los estudiantes– cuando se reescribió la doctrina de las «cadenas radicales» durante los años sesenta. Sin embargo ahora, con el pluralismo de los grupos colectivos, y por muy «radical» que sea el sufrimiento o la marginación del grupo en cuestión, ya no puede cumplir ese papel estructural, por la sencilla razón de que la estructura se ha modificado y el papel se ha suprimido (Jameson, 1998, p. 271).

Reconociendo el valor y los aportes de las luchas culturales e identitarias, sin embargo, con las transformaciones estructurales y culturales de la postmodernidad, el confinamiento en batallas meramente culturales e identitarias podría suponer el riesgo de despolitización:

> El precio que acarrea la despolitización de la economía es que la esfera misma de la política, en cierto modo, se despolitiza: la verdadera lucha política se

> transforma en una batalla cultural por el reconocimiento de las identidades marginales y por la tolerancia con las diferencias (Zizek, 2009, p. 59).

Zizek incide en la crítica de esas formas de lucha política en el contexto postmoderno y de la multiculturalidad:

> La política identitaria postmoderna de los estilos de vida particulares (étnicos, sexuales, etc.) se adapta perfectamente a la idea de la sociedad despolitizada, de esa sociedad que «tiene en cuenta» a cada grupo y le confiere su propio status (de víctima) en virtud de las discriminaciones positivas y de otras medidas *ad hoc* que le habrían de garantizar la justicia social. (…) Lo que se celebra como «política postmoderna» (tratar reivindicaciones específicas resolviéndolas negociadamente en el contexto «racional» del orden global que asigna a cada parte el lugar que le corresponde), no es, en definitiva, sino la muerte de la verdadera política (Zizek, 2009, pp. 46-47).

Yúdice (2002, p. 68) apunta en la misma línea: «La aceptación del pasaporte identitario para negociar el respeto y los recursos es atrapada por los procesos de gubernamentación, en el sentido foucaultiano de gerenciamiento o administración de poblaciones». Por la postpolítica. No se trata de «inculpar a las víctimas» que defienden las políticas de la identidad y la multiculturalidad, sino, más bien, cuestionar la eficacia de ésta:

> Los multiculturalistas no son unos tontos incapaces de ver que están comprando la revolución en el centro comercial; en todo caso, creen que es posible jugar el juego de la ciudadanía mediante el consumo no solo de mercancías sino, lo que es más importante, de representaciones. Subyacente en esta política de consumo se halla el presupuesto de que existe un adecuado imperio de la ley. La desventaja estriba en que (…) la *fuerza performativa* (un término que prefiero al de «sociedad del espectáculo») está sobredeterminada y capitalizada en gran parte por los medios masivos y el mercado, o bien circunscribe a los beneficiarios de la inclusión en redes compensatorias para la distribución de valor (en sectores de la academia, del mundo del arte y del empresariado) (Yúdice, 2002, p. 201).

En suma, la crítica hacia las políticas de la identidad y de ciudadanía cultural apunta ante todo a que éstas oscurecen la creciente diferencia de clases y su movilización política:

> Llegados a este punto, cabría preguntarse si tales nociones de ciudadanía cultural, aunque importantes para eliminar los impedimentos a la inclusión, no han oscurecido (sobre todo cuando se las interpreta a través del medio de las representaciones centradas en el consumidor) la creciente diferencia de clases, que puede ser medida más o menos objetivamente en términos de disparidad de ingresos (Yúdice, 2002, pp. 264-265).

Y es precisamente en este sentido que el ciclo de protesta postcrisis desarrolla, en gran medida de forma espontánea, nuevos imaginarios que suponen una triple ruptura cultural. En primer lugar, supone un giro material en temáticas e imaginarios respecto a las políticas identitarias y culturales anteriores: un recrudecimiento de las cuestiones de la crítica social, más materiales (explotación, precariedad, paro) que afectan transversalmente a diversas categorías sociales, potenciadas en función de las condiciones estructurales de clase, la raza, el género o la edad (Letamendia, 2014; Standing, 2013). En segundo lugar, y en relación con lo anterior, supone también una segunda ruptura, con la lógica multicultural postmoderna, en el sentido de la emergencia de construcciones más universalistas de lo común-popular: el pueblo, la gente, el 99%… Se trata de un fenómeno que también puede registrarse en otros campos como el cultural, donde asimismo predominan los elementos indiferenciadores frente a las construcciones identitarias diferenciadoras, las «tribus» (Del Amo, Letamendia & Diaux, 2016). Y también, en tercer lugar, porque estas construcciones de lo común-popular se realizan al tiempo desde el establecimiento de un antagonismo radical que rompe la lógica consensual de la postpolítica: «el pueblo frente a la casta», «el 99% frente al 1%», «*for the mayor, not the minor*»…

Se trata de un momento populista, en el sentido formulado por Laclau (2005): en el «pueblo» del populismo estamos ante una parcialidad que se reclama como la totalidad de la comunidad. Así, mientras en el caso de un discurso institucionalista, multiculturalista y postpolítico todas las diferencias son consideradas igualmente válidas dentro de una totalidad más amplia, en el caso del populismo esto se quiebra: hay una parte que se identifica con el

todo. Va a tener lugar una exclusión radical dentro del espacio comunitario, en un doble proceso de identificación y de división:

> Sabemos que el populismo requiere la división dicotómica de la sociedad en dos campos –uno que se presenta a sí mismo como parte que reclama ser el todo–, que esta dicotomía implica la división antagónica del campo social, y que el campo popular presupone, como condición de su constitución, la construcción de una identidad global a partir de la equivalencia de una pluralidad de demandas sociales (Laclau, 2005, p. 110).

Con todo, como bien apunta Gabilondo (2017), a diferencia del marco del Estado-nación en el que se mueven las descripciones de Laclau, el momento populista y los nuevos imaginarios postcrisis hay que situarlos y entenderlos en el marco de la globalización y sus efectos.

La articulación política: los nuevos populismos

En tercer lugar, el momento populista en los imaginarios y movilizaciones de protesta espasmódica postcrisis posibilita la construcción del «pueblo» como actor político, en la que la nominación y el afecto tienen su rol constitutivo. La rápida articulación en movimientos populistas permite así recomponer, en la esfera política y simbólica, la fragmentación social y cultural operada por la globalización capitalista, y dota de dimensión política a estas rupturas, articulando un desafío que aúna la construcción antagonista de lo común y la reivindicación de inmediatez. Con todo, la propia ambigüedad de la definición de «el pueblo» deriva en dos proyectos principales respecto de los nuevos populismos.

Por un lado, un populismo social y nacional, donde la crítica se dirige contra las élites e instituciones neoliberales, locales y globales, aún en forma fundamentalmente negativa, como síntoma, como una expresión de «sabemos que no sabéis» (Gabilondo, 2017). En algunos casos, como Escocia (Azkune, 2016) o Cataluña (Letamendia, 2018), entremezclándose con reivindicaciones de soberanía de nacionalismos históricos, a los que impregna del carácter antagonista y de lo común-popular de los imaginarios postcrisis; la reivindicación deja de ser tanto un reconocimiento simbólico o cultural

para apuntar a la construcción material de un Estado propio, y sobre argumentos materiales y económicos.

De otro, un populismo reaccionario, donde el antagonismo, además de contra las élites e instituciones neoliberales, se dirige también contra el extranjero, especialmente con carácter antiislamista. Pero también de forma virulenta contra lo que considera «privilegios» derivados de las políticas de la identidad de protección a minorías (Frazer, 2017; Gabilondo, 2017). A todos ellos se les considera una «otredad» externa a la redefinición neonacionalista operada por el populismo reaccionario. Este populismo, además, se vertebra en torno a un significante maestro, una figura carismática que manifiesta «saber aquello que los demás no saben» (Gabilondo, 2017).

La reivindicación central en estos populismos de la recuperación de la soberanía popular puede apuntar a formas de democratización, pero también y sobre todo a un desafío desglobalizador. Ambos populismos se nutren, de hecho, de la misma base social –los damnificados de la globalización y la crisis–, aunque difieren en la distribución rural-urbano.

También se aprecian diferencias norte-sur en Europa, con el populismo nacional y social predominante en el sur o periferia, el populismo reaccionario en el norte y centro, y la presencia de ambos en países como Francia, Gran Bretaña, Grecia, o en una división norte-sur en la propia Italia, donde el M5S ha elaborado la ruptura más lograda del eje derecha-izquierda. La propia atención académica aparece asimismo escindida entre un mayor interés en el norte acerca de los movimientos populistas reaccionarios y antiislamistas, y lo propio en el sur en torno a los nuevos populismos sociales y nacionales. En todo caso, a estas diferentes articulaciones políticas en Europa no resultan ajenas las estrategias de las élites dirigentes europeas, que manteniendo la retórica cosmopolita, al tiempo parecen emprender un proyecto desglobalizador de control geoestratégico de recursos, y de reducción de las distancias, que aumenta las desigualdades económicas, sociales y de poder entre los países del norte y sur.

Closing time: la tensión desglobalizadora y sus nuevas formas

En suma, todos estos cambios dibujan un escenario en interacción continua e inestable, que aúna un salto cultural y de construcción de nuevos imaginarios y formas de movilización social y política, en una relación problemática, tanto con la institucionalidad como con los movimientos sociales previos. Estas nuevas formas de movilización espasmódica y los nuevos imaginarios postcrisis de lo común-popular antagónico deben interpretarse en el contexto de los efectos de desarticulación social operados por la globalización del capitalismo tardío y sus formas culturales postmodernas, contra las que espontáneamente en parte reacciona.

Así, el carácter espasmódico y contagioso de las movilizaciones expresa una ruptura temporal con el largo plazo, producto al tiempo del desmantelamiento de las estructuras sociales estables operado por la globalización del capitalismo tardío, junto a la inmediatez proporcionada por las nuevas tecnologías de la comunicación y la información. Los nuevos imaginarios, que desarrollan nociones más materiales y universalistas como lo común-popular y un antagonismo radical respecto de las élites institucionales, cuestionan y en cierta manera tratan de revertir la fragmentación cultural de la lógica postmoderna y multicultural y la lógica consensual postpolítica, permitiendo, al menos en el plano de la nominación, la reconstrucción de un sujeto político movilizador con reivindicaciones más materiales y menos cultural-simbólicas.

Afirmaba Jameson que lo postmoderno bien podría servir para nombrar ese periodo transicional entre dos fases del capitalismo, en el que las formas anteriores de lo económico se están reestructurando a escala global, incluidas las antiguas formas de trabajo y sus instituciones y conceptos organizativos tradicionales. Las nuevas formas que surgirían de ese revuelo eran aún, a decir de Jameson, difíciles de imaginar. Pero quizás, al menos en cuanto a las formas de protesta y movilización política, estemos comenzando a salir del meollo de la postmodernidad y empecemos a poder atisbarlas.

Así, el concepto de populismo se está constituyendo en una herramienta conceptual útil para interpretar estas nuevas formas de movilización emergentes. En efecto, algunas de las definiciones clásicas encajan bien en la descripción de las protestas y movimientos sociales y políticos postcrisis, pero

siempre que trascendamos el marco nacional-estatal clásico y lo interpretemos a la luz de los efectos derivados de la globalización del capitalismo tardío.

De hecho, la construcción del «pueblo» como actor político que operan rápidamente los populismos políticos, en la que la nominación y el afecto tienen su rol constitutivo, permite superar en el plano político y simbólico la fragmentación social y cultural derivada de las dinámicas globalizadoras. Pero tanto el populismo social negativo antiélites, como el soberanista o el populismo reaccionario neonacional apuntan además a dinámicas materiales de ruptura con la globalización; resultan movimientos desglobalizadores. Habrá que seguir atentos a su evolución.

Referencias

Alonso, L. E. & Conde, F. (1994). *La Historia del consumo en España. Una aproximación a sus orígenes y primer desarrollo*. Madrid: Debate.

Alonso, L. E. & Fernández, C. J. (2013). *Los discursos del presente. Un análisis de los imaginarios sociales contemporáneos*. Madrid: Siglo XXI.

Azkarraga, J. (2017). *Trantsizio ekosoziala helburu: ondo bizi, denok, muga biofisikoen barruan*. Bilbao: Hegoa.

Azkune, J. (2016). Democracia, soberanía y populismo en la unión europea: la emergencia de la izquierda independentista escocesa. *Clivatge,* 4, pp. 31-60.

Bauman, Z. (1999). *Modernidad líquida*. Buenos Aires: FCE.

Boltanski, L. & Chiapello, E. (2002). *El nuevo espíritu del capitalismo*. Madrid: Akal.

Casanovas, M. (2012). *Organizar el rechazo: vanguardias culturales y política revolucionaria*. Izquierda Anticapitalista.

Castells, M. (1997). *Local y global. La gestión de las ciudades en la era de la información*. Madrid: Taurus.

Castells, M. (2009). *Comunicación y poder.* Madrid: Alianza.

Del Amo, I. A. (2017). El retorno del pueblo. En E. Díaz Cano & R. L. Barbeito (Eds.), *XV Premio de Ensayo Breve de la Asociación Castellano-Manchega de Sociología Fermín Caballero*. Toledo: ACMS, pp. 63-85.

Del Amo, I. A., Letamendia, A. & Diaux, J. (2016). ¿El declive del significado social de la música? *Revista Crítica de Ciências Sociais*, 109, pp. 11-32.

Delgado, M. (2007). *El espacio público como ideología*. Madrid: Catarata.
Frazer, N. (2017). The End of Progressive Neoliberalism. *Dissent*, 2 de enero.
Gabilondo, J. (2017). *Populismoaz: subiranotasun globala eta euskal independentzia*. Tafalla: Txalaparta.
Harvey, D. (2008). *La condición de la postmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*. Buenos Aires y Madrid: Amorrortu.
Harvey, D. (2014). El derecho a la ciudad y la revolución urbana anti-capitalista. Entrevista con David Harvey en Quito. *Grupo de investigación de Derecho a la Ciudad*. Recuperado el 2 de octubre de 2018, de https://derechoalaciudadflacso.wordpress.com/2014/01/28/el-derecho-a-la-ciudad-y-la-revolucion-urbana-anti-capitalista-entrevista-con-david-harvey-en-quito/
Husson, M. (2010). Crisis y reparto de las riquezas. *Viento Sur*, abril.
Jameson, F. (1998). *Teoría de la postmodernidad*. Madrid: Trotta.
Kerbo, H. R. (2004). *Estratificación social y desigualdad. El conflicto de clase en perspectiva histórica, comparada y global*. Madrid: McGraw-Hill.
Laclau, E. (2005). *La razón populista*. Buenos Aires: FCE.
Letamendia, A. (2014). Las formas de la protesta colectiva en Euskal Herria y la crisis neoliberal, años 2010-2013. En S. Aguilar (ed.), *Anuari del conflicte social 2013*. Barcelona: UB, pp. 416-431.
Letamendia, A. (2018). Movilización, represión y voto: rastreando las claves del referéndum de autodeterminación del 1 de octubre de 2017 en Catalunya. *Anuari del conflicte social 2017*. Barcelona: UB.
OIT (2013). *Informe sobre el Trabajo en el Mundo 2013: Reparando el tejido económico y social*. Organización Internacional del Trabajo.
Rancière, J. (2004). Introducing Disagreement. *Angelaki: Journal of the Theoretical Humanities*, 9 (3), pp. 3-9.
Sennett, R. (2000). *La corrosión del carácter*. Barcelona: Anagrama.
Sennett, R. (2006). *La cultura del nuevo capitalismo*. Barcelona: Anagrama.
Sennett, R. (2009). La desglobalización ha empezado, no volveremos al viejo régimen. *El País*, 22 de diciembre.
Standing, G. (2013). *El precariado. Una nueva clase social*. Barcelona: Pasado y presente.
Yúdice, G. (2002). *El recurso de la cultura. Usos de la cultura en la era global*. Barcelona: Gedisa.

Žižek, S. (2009). *En defensa de la intolerancia*. Madrid: Sequitur.

ELEMENTOS PARA EL ANÁLISIS DE UNA NUEVA EXTREMA DERECHA ESPAÑOLA

Antonio Álvarez-Benavides

Introducción

La extrema derecha española siempre ha estado conectada con la dictadura franquista. Sus demandas, estilos, símbolos e ideología han estado impregnados de la exaltación nostálgica del pasado «glorioso» de la dictadura. Con el advenimiento de la democracia, estos grupos nunca han llegado a tener un éxito político o social relevante, también en parte porque, como muestran las encuestas, el voto de extrema derecha en España se ha centrado en opciones políticas más moderadas como el Partido Popular.

La extrema derecha española no ha tenido una evolución importante, limitándose a diferentes formaciones neofranquistas y neonazis poco cohesionadas y más visibles en eventos deportivos, como el fútbol, o en acontecimientos aislados, que en la arena política o social. Pero en los últimos años, coincidiendo con la crisis económica, podemos ver un cambio importante con el nacimiento de nuevos grupos de extrema derecha. Por un lado, han dejado los símbolos, discursos y expresiones extremistas eminente y abiertamente fascistas y franquistas, para articular lo que llaman la «lucha por la justicia social» del pueblo español. Sin renunciar a un mensaje «españolista»,

antisionista, antimusulmán y antimulticultural, han adoptado estrategias y acciones similares a las de los movimientos sociales progresistas. Reclaman justicia social, luchan contra el capitalismo y la precariedad laboral, ocupan edificios, realizan campañas de donación de alimentos, dan conferencias, organizan eventos artísticos, etc.

Sus similitudes con los movimientos sociales progresistas contemporáneos nos obligan a plantearnos la utilización de las mismas categorías analíticas o metodologías para estudiarlos de manera similar a otros movimientos como el 15M y, sobre todo, sus derivaciones.

¿Estamos verdaderamente ante un nuevo movimiento social? ¿Podemos hablar de una nueva extrema derecha española? Los estudios sobre nuevos y novísimos movimientos sociales, ¿nos pueden dar claves para entender estos procesos? ¿Podemos analizar estos movimientos de extrema derecha desde el marco de los procesos de subjetivación o desubjetivación? ¿Necesitamos herramientas y metodologías de análisis específicas?

Este texto pretende discutir estas y otras cuestiones a través de los principales resultados de una etnografía de Hogar Social Madrid –como el ejemplo de una nueva extrema derecha española cercana a la configuración de un movimiento social– y del análisis de entrevistas realizadas en los medios, conferencias, manifestaciones y sus actividades en las redes sociales.

Breve historia de la extrema derecha en España

La extrema derecha española no ha tenido una relevancia significativa desde la muerte del dictador. Con la transición se fragmentó en distintas facciones que no llegaron a tener un liderazgo continuado y una mínima representación política en el ámbito nacional. A deferencia de otras extremas derechas europeas, que desde los años 70 y marcadas por el nacimiento de la *Nouvelle Droit* fueron aumentando su apoyo popular y su importancia política, la extrema derecha española no supo ni calar en la sociedad en general ni tener una mínima relevancia en la arena política.

Para el historiador Rodríguez Jiménez (2012), este fracaso se puede explicar en la evolución de la extrema derecha española durante la transición y la democracia. Así, durante los primeros años de la Transición, tanto las corrientes neofranquistas como neofascistas pensaban que la acción golpista,

el levantamiento militar, era la única opción para alcanzar el poder. De esta manera, no aportaron ningún elemento novedoso a la ideología del nacionalcatolicismo o al fascismo español de los años 30, como sí había hecho la nueva derecha europea. No se consiguió consolidar un verdadero proyecto político ni un programa que atrajera a un electorado más amplio que a las personas mayores nostálgicas del franquismo o a los jóvenes, principalmente varones, atraídos por la estética militar y la retórica nacionalista.

Con una segunda generación de líderes de la extrema derecha, su situación política y, sobre todo, su imagen social no solo no mejoraron, sino que empeoraron de forma significativa. Es el momento en el que nacen los grupos neofascistas y neonazis de jóvenes con estética *skin*, algunos universitarios, pero sobre todo hinchas de equipos de fútbol, con simbología abiertamente fascista y que salían a la caza de rojos, homosexuales y drogadictos. Aunque Bases Autónomas, surgida en 1983, intentó centralizar el movimiento, nunca llegó a producirse esa unidad por la falta de un partido hegemónico.

En los años 90, con el crecimiento del lepenismo, hubo nuevos intentos por imitar lo que sucedía en Francia, pero de nuevo la falta de unidad, la falta de un programa y la nostalgia franquista combinada con la violencia *skin* de esos años no granjearon a la nueva derecha española un soporte social suficiente que le permitiera trascender a la política nacional.

Será a partir de 2004 y en el ámbito municipal donde por primera vez desde la dictadura franquista y al menos durante dos legislaturas la extrema derecha recobre algo de representatividad política y de apoyo social. Aunque no se abandonan las referencias clásicas de la extrema derecha, se suavizan, tanto a nivel simbólico como discursivo. La estética *skin* empieza a dejarse de lado, se limitan las referencias al franquismo, y el discurso se centra en la reivindicación de los derechos de los españoles en un contexto de fuerte crecimiento de la inmigración. En definitiva, el discurso es abierta y claramente xenófobo e islamófobo. Ciertos partidos, como España 2000 en la Comunidad Valenciana o Plataforma Per Catalunya, obtienen representación política en varios municipios.

La crisis económica se percibió como una oportunidad política para la nueva extrema derecha, pero los descontentos sociales se tradujeron mayoritariamente en iniciativas progresistas y en el nacimiento de nuevos partidos tanto en el ámbito nacional como en el local. Sin embargo, en este contexto,

aunque los partidos de extrema derecha pierden la mayor parte de su soporte político, se producen dos situaciones que dan una nueva vida a la extrema derecha española: por un lado, el nacimiento de nuevos movimientos de extrema derecha, de una generación muy joven, que abandona de manera definitiva la simbología fascista, que articula un discurso relativamente novedoso y que tiene una dimensión local pero que a su vez está por primera vez bien conectada a nivel internacional; por otro lado, la normalización y la naturalización de elementos importantes del discurso y del ideario de la extrema derecha por partidos políticos y en contextos sociales no vinculados necesariamente con la extrema derecha.

Esta normalización del ideario de la extrema derecha, impulsado por el proceso de independencia de Cataluña y sustentado de nuevo en el discurso xenófobo, hará que estos nuevos colectivos sociales consigan suavizar su imagen para una parte cada vez mayor de la sociedad civil, algo que no consiguieron otros grupos neofascistas en el pasado y, al mismo tiempo, que nuevos partidos de extrema derecha encuentren una arena política perfecta en la que cosechar cada vez más réditos y soportes (Álvarez-Benavides, 2018).

Fascismos del tercer milenio

Bajo el nombre de fascismos del tercer milenio (Lazaridis & Gampani, 2016) se encuentra toda una serie de organizaciones de extrema derecha a nivel nacional e internacional que tienen unas características, tanto en sus acciones como en sus discursos, distintas a las organizaciones de extrema derecha que les precedieron. Muchas de estas iniciativas y partidos no son nuevos, y también muchos de sus militantes han participado en otros partidos y agrupaciones de extrema derecha; sin embargo, desde el punto de vista programático se han producido cambios importantes.

El ejemplo más característico en España es Hogar Social Madrid, un colectivo que surgió alrededor de 2014 y que desde 2016 aparece de manera asidua en los medios de comunicación. Se definen como una organización española dedicada a la ayuda social para los españoles más desfavorecidos y en situación de precariedad. Entre sus acciones más destacadas se encuentran el reparto de alimentos y ropa a españoles, la ocupación de edificios para

actividades culturales y para el realojo de familias españolas sin vivienda, y manifestaciones en favor de los derechos de los españoles.

El colectivo está inspirado en CasaPound Italia, nacido en Roma en 2003 y ampliamente analizado por investigadores italianos como Toscano y Di Nunzio (2011) o Bartolini (2010), que lo definen como un nuevo «fascismo a la carta» que coge aquellos elementos más desdeñables del fascismo y los esconde, de la misma manera que evita cualquier simbología que recuerde al nazismo o al fascismo, para centrarse en acciones culturales y sociales como vehículo para difundir su mensaje político.

En el caso de Hogar Social, las referencias al fascismo o al franquismo son más obvias, ya que su centro lleva el sobrenombre de Ramiro Ledesma y no tienen reparos en cuestionar ante los medios de comunicación el Holocausto, pero la simbología franquista se evita, del mismo modo que esvásticas o cualquier estética neonazi. Este paso ya se había dado en la nueva derecha europea, principalmente en el Frente Nacional Francés y en Movimiento Social Italiano desde los años 70 (Ignazi, 1994; Rodríguez, 2006), como la aceptación del juego democrático como modo de acceder al poder y conseguir sus objetivos sociales y políticos; sin embargo, en España estos dos aspectos no se habían combinado tan claramente y sobre todo de manera intencionada.

La acción social es su gran baluarte y aparece de forma omnipresente en su discurso. Melissa, la creadora, líder y responsable de Hogar Social, afirma: «No tenemos programa político. No hemos formado una especie de pensamiento o programa complejo. Hay gente aquí que proviene del movimiento de izquierdas, del 15M o Stop Desahucios». Después de evitar comentar su pasado en grupos neonazis y de negar que Hogar Social sea un colectivo de extrema derecha, afirma: «creo que hay estrategias erróneas y yo pienso que la política es una ciencia de la calle y no historia. A la gente le importa tener casa, trabajo, sanidad y educación. Eso es hacer política, estar donde están las preocupaciones de la gente» (Torrús, 2017b). En su página de Facebook, el 90% de las entradas son fotografías relacionadas con el reparto de alimentos o los «servicios sociales» que proporcionan: alojamiento para familias sin hogar, ludoteca y guardería, biblioteca, gimnasio, incluso charlas informativas sobre la cláusula suelo, además de toda una serie de actividades culturales como debates, exposiciones y proyecciones.

Esta sería la primera gran novedad de esta nueva extrema derecha: la acción social como referente principal del movimiento; de hecho, se definen como socialistas, anticapitalistas, antiglobalización y antiestablishment.

En el caso de CasaPound, la dimensión cultural y concretamente la música han sido determinantes en el desarrollo del movimiento, como afirman Toscano y Di Nuncio (2011). Así, muchos jóvenes, sin ser de ideología fascista, acuden a estos conciertos, escuchan esa música y poco a poco van formando parte del colectivo. Esta dimensión cultural es fundamental en la nueva derecha española, y además de Hogar Social varias asociaciones regionales similares han organizado conciertos con el mismo propósito, incluso invitando al grupo de referencia de CasaPound, Zetazeroalfa, en ciudades como Madrid, Valladolid, Jaén o Murcia.

Hay una clara intencionalidad en articular un discurso social aparentemente de izquierdas, por lo que también se ha definido esta ideología como fascismo de izquierdas, combinado con elementos de tipo cultural, algo que para ellos ha sabido explotar especialmente bien la izquierda. En las palabras de Melissa:

> La derecha es liberal, nosotros no, somos socialistas (…). Me parecen fundamentales las aportaciones de Gramsci. Estoy muy de acuerdo en que para conquistar el Estado hay que conquistar la cultura y las herramientas que rodean al Estado. Tenemos que politizar la cultura, la música, la poesía... Es fundamental... y en eso la izquierda nos lleva mucha ventaja (Torrús, 2017b).

Hay sin duda muchas similitudes con discursos de la izquierda, pero también con las tácticas y acciones de movimientos progresistas tanto pasados como futuros, como la okupación de edificios (movimiento okupa y movimiento antiglobalización), algo parecido a las asambleas (15M), *performances* de tipo cultural para evitar desahucios (Stop Desahucios), cuelga de pancartas gigantes para distintas reivindicaciones (acciones ecologistas), incluso un intento de manifestación delante del Congreso (Rodea el Congreso).

Los nuevos espacios hacia el gran salto

Otro espacio en el que la extrema derecha ha desembarcado con fuerza son las redes sociales. Sobre las relaciones entre redes sociales y nuevas formas de hacer política, de ampliar la democracia, de hacerla más participativa, se ha escrito mucho. Sobre las nuevas formas de comunicación y su relación con la libertad, con la ruptura de la censura, de la unidireccionalidad de la información, también. El ciberoptimismo y las consecuencias positivas de las redes sociales han sido una parte importante en los estudios de los movimientos sociales principalmente desde 2010, manifestaciones en las plazas pero también en las redes, experimentación en la calle pero también de manera virtual, así como denuncias de abusos que pasan desapercibidos de manera intencionada en los medios de comunicación tradicionales, herramientas para extender y globalizar la Primavera Árabe, la indignación de los españoles, las ocupaciones en Norteamérica y Gezi Park, etc.

Pero igualmente existe una utilización negativa del poder de amplitud y de cercanía que tienen las redes sociales. Donde más se ha abordado el estudio del lado perverso de las redes sociales y su capacidad de influencia global es quizá en el terrorismo yihadista y en la radicalización y captación de jóvenes para organizaciones terroristas como Daesh.

Algo similar ocurre con los nuevos fascismos. Si antes el adoctrinamiento se producía en persona, en la calle, en locales más o menos ocultos, en los estadios de fútbol o en ciertos bares, ahora las redes permiten tener un público masivo y una capacidad de difusión y captación planetaria.

La acción de Hogar Social en Facebook es tan importante como sus acciones en la calle. Cuentan con cerca de 50.000 seguidores, a los que habría que sumar los de cuentas y asociaciones afines como Asociación Cultural Alfonso I de Cantabria, Iberia Cruor en Jaén, Lo nuestro Murcia, Acción Social Cádiz, Málaga 1487, Centro Social y Nacional de Salamanca, etc. Son muy conscientes de la importancia en las redes, como también señala el líder de Cruor Jaén: «El mensaje que lanzamos estaba ahí antes, pero ahora todo el mundo tiene un móvil en la mano con acceso a internet. Dentro de nuestras limitaciones, hemos crecido bastante» (Torrús, 2017a).

Hogar Social ha sabido combinar de una manera bastante lograda esta doble dimensión del activismo en las redes y el activismo en la calle. Es un

ejemplo claro de la utilización de los mismos mecanismos que tanto el 15M como después los movimientos vecinales han ido practicando. Cuidan mucho sus actividades en distintos barrios de Madrid, con reparto de alimentos que publicitan antes y después, visitando también otras ciudades e interesándose por problemas sociales concretos de cada una de ellas, y promoviendo a su vez tanto el movimiento como la ayuda entre los distintos vecinos españoles.

El tercer escenario es el internacional: además del hermanamiento con Amanecer Dorado y con CasaPound, la extrema derecha española –y principalmente Hogar Social– formaría parte de lo que se conoce como la apuesta transversal, que pretende la alianza de distintas iniciativas, organizaciones y partidos políticos de extrema derecha en Europa; se reconocen, respetan y valorizan las diferencias entre naciones y colectivos de extrema derecha, pero se apuesta por dos grandes cuestiones comunes: la defensa y reivindicación de una identidad nacional, esto es, la preferencia nacional o la atribución exclusiva a los nacionales de los derechos políticos, económicos y sociales; la aversión a la sociedad multicultural y la limitación de la inmigración.

Además, también se incluirían dentro del llamado movimiento identitario, muy presente en Norteamérica, lo que también se conoce como el extremo centro alto. No se abandona el discurso nacionalista, ni anti-inmigración, pero se construye de una manera distinta:

> Los activistas del fascismo del siglo xxi se llaman Identitarios y rechazan ser catalogados como extrema derecha. Sus símbolos han sido renovados: no llevan esvásticas ni cabezas rapadas. Rechazan igualmente el comunismo y el capitalismo, el eje izquierda-derecha, y se hacen llamar social-patriotas. Afirman que adoran más que nadie la rica diversidad étnica y cultural del mundo. Reivindican el etnopluralismo, esto es, no considerar ninguna raza o cultura superior a otra, sino apreciar la diversidad y tratar de conservarla evitando que se mezclen, es decir, evitando la inmigración, el multiculturalismo y el mestizaje. Los identitarios italianos incluso han realizado viajes a zonas de conflicto para entregar ayuda humanitaria. Porque si en sus países están bien, no vendrán a buscar fortuna a los nuestros (Ramos, 2017).

Conclusiones

Las nuevas formas en las que se articula la extrema derecha española en la actualidad son novedosas respecto al pasado; se abandona la simbología fascista y se utiliza un discurso populista, social, también basado en preceptos fascistas, pero que oculta los aspectos más desdeñables de esta ideología.

Esta nueva ultraderecha, tanto en España como en Europa, utiliza elementos, herramientas, tácticas y discursos relacionados con movimientos sociales de tipo progresista y con iniciativas políticas y colectivos de izquierdas.

Han sabido aprovechar de una forma significativa tanto las nuevas tecnologías de comunicación como las acciones a nivel local y los lazos internacionales, un elemento también presente en los nuevos movimientos sociales de izquierda. Hogar Social tiene cada vez más delegaciones en distintas ciudades españolas, cada vez más simpatizantes, especialmente entre gente joven. De la misma manera que los movimientos sociales progresistas, como el 15M –a pesar de sus diferencias obvias de tamaño, articulación, alcance, etc.–, han ido trasvasando tanto ideas como activistas a la política tradicional, no sería de extrañar que Hogar Social sea un actor más, con creciente importancia, en el trasvase de ideas, activistas, simpatizantes y votantes de extrema derecha a la política tradicional e, incluso, a la acción social española.

Hace solo unos meses parecía poco probable que la extrema derecha española tuviera en el futuro próximo un éxito político relevante; sin embargo, muchas de las ideas que normalmente se le asocian, como la defensa a ultranza de la unidad nacional o la primacía de los derechos de los españoles sobre los inmigrantes, poco a poco han sido naturalizadas y normalizadas por la sociedad española, pasando también al ideario y al programa de partidos más moderados (Álvarez-Benavides, 2018). Como afirma Miquel Ramos:

> La extrema derecha está viendo cómo uno de sus ejes básicos, que es la unidad y homogeneidad de España, está siendo reforzado, apuntalado, reivindicado e incluso catapultado por partidos políticos tradicionales y medios de comunicación. Se sienten respaldados y legitimados. Están consiguiendo impregnar el debate público con su discurso, que está siendo comprado o asimilado en términos muy similares por partidos como el PP (Torrús, 2017c).

Este ha sido el caldo de cultivo perfecto para que nuevas formaciones abiertamente de ultraderecha, como Vox, con una infraestructura mucho más poderosa que colectivos como Hogar Social, estén encontrando una fuente de votos en un electorado que abraza con normalidad estas ideas y que no las considera extremas. De hecho, el centro político que tradicionalmente era el espacio mayoritario de captación de votos se ha ido desplazando cada vez más a la derecha, haciendo que la competición política se articule en propuestas de política interior y exterior cada vez más radicales, que partidos como el PP o Vox, pero también otros aparentemente más moderados, como Ciudadanos e incluso el PSOE, consideren que el rédito político pasa hoy, en mayor o menor medida, por el populismo fascista.

Bibliografía

Álvarez-Benavides, A. (2018). Fascism 2.0: The Spanish Case, *Digitcult*, 3 (3), pp. 61-74.

Bartolini, S. (2010). I «nipoti del Duce» tra eredità. Novità, persistenze e sviluppi all'alba del nuovo secolo, *Quaderni di Farestoria dell'Istituto Storico della Resistenza e della Società Contemporanea di Pistoia*, Anno X, 3, pp. 4-33.

Di Nunzio, D. & Toscano, E. (2011). *Dentro e Fuori CasaPound*. Roma: Armando.

Ignazi, P. (1994). *L'estrema destra in Europa*. Bolonia: Il Mulino.

Lazaridis, G. & Gampani, G. (2016). *The Rise of the Far Right in Europe: Populist Shifts and 'Othering'*. Londres: Macmillan.

Ramos, M. (2017). ¿Cómo dejamos de preocuparnos y comenzamos a amar a la nueva ultraderecha? *New York Times*, 19 de julio. Recuperado el 28 de septiembre de 2017 de https://www.nytimes.com/es/2017/07/19/como-dejamos-de-preocuparnos-y-comenzamos-a-amar-a-la-nueva-ultraderecha/

Rodríguez, J. L. (1998). ¿Nuevos fascismos? Extrema derecha y neofascismo en Europa y Estados Unidos. Barcelona: Península.

Rodríguez, J. L. (2006). De la vieja a la nueva extrema derecha (pasando por la fascinación por el fascismo). *Historia Actual Online*, 9, pp. 87-99.

Rodríguez, J. L. (2012). Historia de un Fracaso y ¿de una refundación?: de

la vieja a la nueva extrema derecha en España (1975-2012). *Estudios de Historia Contemporánea*, 30, pp. 231-268.

Torrús, A. (2017a). Fascismo 2.0: del gueto a la transversalidad para intentar el «gran asalto». *Público*, 22 de febrero. Recuperado el 28 de septiembre de 2017 de https://www.publico.es/sociedad/fascismo-gueto-transversalidad-asalto.html

Torrús, A. (2017b). Melisa D. Ruiz, de Hogar Social: «Somos más de Amanecer Dorado que de Le Pen». *Público*, 23 de febrero. Recuperado el 28 de septiembre de 2017 de https://www.publico.es/politica/extrema-derecha-melisa-d-ruiz.html

Torrús, A. (2017c). Cuando la extrema derecha ocupa el centro sin que salten las alarmas. *Público*, 29 de septiembre. Recuperado el 29 de septiembre de 2017 de https://www.publico.es/politica/extrema-derecha-ocupa-centro-salten-alarmas.html

SEGUNDA PARTE

TRANSFORMACIONES Y NOVEDADES EN LAS MOVILIZACIONES FEMINISTAS

ETNOGRAFÍA DEL IMPULSO FEMINISTA Y LA DERIVA PATRIARCAL EN LAS ASAMBLEAS DEL MOVIMIENTO 15M

Adriana Razquin

La irrupción del movimiento 15M en el panorama político del Estado español ha concitado gran cantidad de estudios desde las más diversas perspectivas, y multiplicidad de aproximaciones teóricas y empíricas. Sin embargo, no abundan los trabajos dedicados a abordar en profundidad la dinámica interna del movimiento y sus impulsos hacia la democratización de su propia orgánica, un elemento central en el marco de las condiciones de posibilidad del mantenimiento del espacio plural y clave en la construcción de procesos de enmarcado eficaces con posibilidades de vertebración ciudadana (Cress y Snow, 2000; Moreno Pestaña, 2013; Razquin, 2017).

En esta dirección, este texto está dedicado a desarrollar, desde una perspectiva antropológica, el modo, grado, espacios y momentos del proceso en el que el propio movimiento acogió la eterna interpelación feminista a cualquier experiencia política: a) no puede existir un proceso político democrático construido sobre dinámicas patriarcales; b) todo proceso político que no se esfuerce por identificar, analizar y erradicar la lógica patriarcal de cada una de sus experiencias prácticas estará produciendo y reproduciendo dominación social y, por tanto, c) ahogará, en el mejor de los casos, cualquier esfuerzo emancipador que se autoproponga.

El impulso feminista en el movimiento 15M

Una interrogación de la práctica política del movimiento 15M desde la exigencia de radicalidad democrática feminista va a requerir, ineludiblemente, de una descripción de prácticas y análisis multisituado y minucioso. Pues en esto también el movimiento se presentó variado, heterogéneo, cambiante y, frecuentemente, incongruente.

Siguiendo la revisión panorámica realizada por Cruells y Ezquerra (2015, pp. 48-55) en diversas concreciones locales del 15M (Madrid, Barcelona, Vigo, Palma, Cádiz y Santiago de Compostela), tanto a nivel discursivo como práctico, destacan comisiones y grupos de trabajo feministas con un altísimo nivel de actividad y profundidad política, pero con una recepción intermitente y parcial en el resto del movimiento; permeando en algunos casos (especialmente en la inclusividad del lenguaje utilizado para los manifiestos y posicionamientos públicos), sufriendo violentos rechazos en otros, donde la falta de protocolos para la toma de decisiones y para el tratamiento de los vetos se concretó de manera significativa, haciendo que «(…) en asambleas de 300 o 400 personas un solo hombre pudiera bloquear la aprobación de propuestas feministas» (Cruells y Ezquerra, 2015, p. 51).

De hecho, atendiendo a la rica reconstrucción de Galdón (2016, pp. 169-202) el elemento que movilizó la masiva afluencia de feministas dispersas en otras comisiones de trabajo y la fuerza de la confluencia en la Comisión de Feminismos Sol fue, precisamente, el violento abucheo y la posterior arrancada de la pancarta «La revolución será feminista o no será» de la valla de publicidad comercial de la Puerta del Sol.

> Hasta ese momento las señales eran ambiguas, camufladas en la euforia colectiva, y en ese espacio inclusivo, reconfortante e idílico del 15M en que todo el mundo parecía tener cabida. Todas las personas que estaban en Sol decían y escribían en pancartas todo lo que desean expresar. Nadie determinaba lo que se podía o no se podía hacer, lo que era o no era 15M (…). Pero aquí, en este caso concreto, y justamente con el feminismo, el 15M, de alguna manera y bajo el influjo del inconsciente colectivo, se traicionó a sí mismo y a su planteamiento de no exclusión con un rotundo, público y notorio no al feminismo (Galdón, 2016, pp. 182-183)[1].

1 Y no será la primera vez. Pocos días después, la Comisión de Feminismos Sol

Un suceso que fue recibido con espanto por las activistas feministas en el resto de acampadas del 15M, generando multitud de reacciones al interior de los circuitos y redes de comunicación del movimiento feminista de todo el Estado español, así como manifiestos nacidos desde el interior del 15M proponiendo tomar posición defendiendo no solo la pertinencia, sino lo fundamental que suponía el feminismo para cualquier articulación teórica y práctica de la lucha que se proponía el proceso. Como señala Trujillo, este conflicto

> fue uno de los más sonados, pero no fue el único, ni en Sol ni en las otras ocupaciones de plazas a lo largo y ancho del Estado. Y no se trataba únicamente de cuestiones sexistas, sino también actitudes homófobas, en forma de eslóganes alusivos al sexo anal como epítome de la opresión política y económica, insultos, etc. o las referidas a la estigmatización de las trabajadoras sexuales, a través de, por ejemplo, lemas contra los políticos (Trujillo, 2016, p. 10).

En esa misma línea se desarrollaron los acontecimientos en el 15M de una capital andaluza donde he desarrollado el estudio de caso, dando lugar a varios eventos en la misma línea. Entre el segundo y tercer día de acampada (19 y 20 de mayo de 2011), la asamblea se posicionó mayoritariamente contraria a que se desarrollase en la plaza ocupada una concentración contra la LGTBI-fobia, enmarcada en la campaña internacional al calor de la actualización del DSMIV y organizada por un colectivo de homosexuales, bisexuales, transexuales e intersexuales de la ciudad junto con un puñado de organizaciones feministas, ONGDs y secretarías de la mujer y comisiones de género de partidos políticos de izquierda y sindicatos agrupadas en una coordinadora.

Estas organizaciones tenían solicitados los permisos en la Subdelegación del Gobierno con anterioridad, y especial interés en hacer la concentración en la plaza que había ocupado el 15M, precisamente por su localización contigua al ayuntamiento. Ante las dimensiones que había tomado la acampada, una representante del colectivo convocante tomó la palabra al comienzo de la asamblea para exponer que iban a realizar un acto al día siguiente (20 de mayo). Se encadenaron una serie de intervenciones sobre esta, desplazándose la tensión hacia el uso de la bandera del arcoíris (concebida como uno

tendrá que responder (y argumentar) a una propuesta tramitada en el orden del día, para que cambie su nombre a "Comisión de Igualdad Real Ya" (Galdón, 2016, p. 186).

más de los símbolos excluidos) y posibles carteles, pancartas o distintivos de organizaciones políticas o sindicales que parecía presumirse llevarían las activistas por estar en periodo electoral. Finalmente, y mediante un proceso deliberativo y de toma de decisiones algo difuso (hasta que no se incorporaron ciertos elementos, votación en unos casos, consenso práctico en otros, la moderación trataba de interpretar la respuesta directa a las intervenciones y concluir las decisiones) se decidió compartir el espacio pero poner como exigencia el no porte de material alguno que respondiera a siglas de partidos y organizaciones sindicales, incluyendo en la *prohibición* la bandera arcoíris.

Una chica habitual en las convocatorias y actividades del movimiento LGTBI y activista de la acampada tomó la palabra para explicar que la bandera del arcoíris no era una bandera que se identifique con ningún partido político, sino una bandera de reivindicación del orgullo LGTBI, un colectivo maltratado e ignorado, insistió. Pero fue respondida con rechazo mayoritario y varios aplausos efusivos pero aislados. Al día siguiente, durante la mañana, en la acampada (fuera del espacio institucionalizado para la toma de decisiones), uno de los colectivos convocantes negoció un espacio en la plaza y la posibilidad de desplegar la bandera del arcoíris. La decisión de la noche anterior fue ligeramente revocada por un grupo de quienes acampaban.

Finalmente la actividad se desarrolló sin incidentes a un costado de la plaza. Unas veinte personas, casi todas mujeres, se congregaron colocando velas alrededor de una bandera arcoíris de unos cuatro metros. Dos mujeres de un grupo feminista (que en esa fecha había desaparecido oficialmente) perteneciente más o menos a los circuitos militantes de los grupos convocantes pero una generación más joven, tomaron la palabra en la asamblea que se realizó una hora más tarde. Poco antes, habían decidido en una reunión tomar la palabra en la asamblea tras valorar las intervenciones relativas al acto LGTBI y la reacción negativa y violenta que generó en un sector de la acampada de la Puerta del Sol el despliegue de la pancarta «La revolución será feminista o no será».

Escogieron leer dos puntos del documento elaborado por el grupo de feminismos de Acampada Sol, que no habían podido exponer después de descolgar el lienzo. Tras deliberar, habían considerado que leer todo el comunicado podría resultar inapropiado por ocupar mucho tiempo, así que seleccionaron aquello sobre lo que preveían podía haber una recepción más

positiva y mayoritaria. Uno expresaba la necesidad de incorporar en las demandas laborales una regulación del trabajo doméstico; y otro hacía una reflexión crítica del uso de un lenguaje excluyente con el masculino universal e invitaba a trabajar por un lenguaje inclusivo y no sexista. Nadie en toda la plaza levantó los brazos en forma de equis mostrando su desacuerdo, nadie lo hizo de viva voz; mayoritariamente la plaza mostró un apoyo masivo a las dos propuestas, las personas más sensibilizadas con más euforia[2].

Este momento operó como ejercicio simbólico de restitución y de empoderamiento de muchas activistas feministas que se habían quedado horrorizadas, cabreadas y fuera de juego la noche anterior.

Sin embargo, la comisión feminista de esta acampada tardará más de un año en concretarse, dada la configuración de esta asamblea y los tiempos y escasa fuerza de un movimiento feminista local, que se encontraba en sus horas más bajas[3].

Aunque resulte paradójico (o no tanto, quizá también ahí residió el impulso), justamente la creación del grupo de feminismos se concretó en el momento en que el proceso se cerraba sobre una lógica patriarcal ciertamente densa. El grupo fue entonces posible, eso sí, siempre que mantuviese su actividad en los confines del grupo. Pues lo que quedaba de asamblea general (me detendré en explicar el vaciamiento del proceso en el siguiente punto) sostenía una relación deformada con el feminismo –no extraña en el campo político (partidos y sindicatos principalmente, pero también algunas organizaciones de los movimientos sociales)–: la articulación de demandas feministas puede hacerse hacia fuera, pero se rechaza que las herramientas de análisis sean utilizadas para objetivar las derivas de la dominación patriarcal al interior de las propias organizaciones. Formalmente se asume que es una lucha legítima, pero informalmente se tiende a sostener dinámicas y creencias

2 Se puede ver la reconstrucción completa en Razquin (2017).

3 Dos procesos estaban solapándose: por un lado, como he reconstruido en otro lugar (Razquin, 2014, pp. 83-121), las rupturas políticas y personales que cristalizaron tras la organización y desarrollo de los actos de las Jornadas Feministas Estatales de 2009 entre el grupo anfitrión (el más significativo en potencia política, trayectoria histórica y cantidad de activistas entre el feminismo autónomo local). Por otro, los efectos ya notorios de la crisis económica y social habían movilizado a gran cantidad de jóvenes activistas hacia otros territorios en la búsqueda de empleo.

machistas que el espacio feminista (comisión, sección, grupo de trabajo, etc.) no puede cuestionar. Volveré a esta cuestión enseguida.

Por su parte, el enfoque feminista se extendió bastante en dos de las asambleas barriales por la significativa participación en ellas de activistas feministas y el funcionamiento mayoritario desde la cultura de la colaboración. Pero en la asamblea general rápidamente se pasó de la concreción antifeminista (que aunque estaba ciertamente lejos de ser mayoritaria, se había impuesto) a la posibilidad en el confín; en el no trascender. A pesar de la capacidad de movilización del grupo y de que fue responsable, en varias ocasiones (como el 8 de marzo de 2012), del insuflo de frescura y adhesión a un 15M que, no obstante, moría poco a poco y perdía presencia en la política local.

Por otro lado, si se atiende a la interseccionalidad del discurso, un potente indicador del grado de integración de la lógica política feminista, se pueden identificar focos potenciadores de la misma, concentrados en asambleas feministas y *queer*, pero estaba ausente en las comisiones dedicadas a la cuestión laboral o económica; pues, aun cuando se reconocen inicialmente las desigualdades concretas sufridas por las mujeres, no son incorporadas al enmarcado del discurso respecto del mercado laboral o el sistema económico neoliberal (Cruells, 2012, pp. 57-59).

Sin embargo, al mismo tiempo, el desarrollo de los discursos en la movilización del 15M presentó una

> fuerte alineación con los marcos cognitivos de *la vida y la precariedad* desarrollados desde los feminismos tanto desde dentro del 15M como con anterioridad a esta movilización. Esta alineación situó los discursos feministas en el centro de la red de movilización (Cruells y Ezquerra, 2015, p. 52).

Esta situación de ambivalencia, de incorporación de elementos profundos pero de frecuente rechazo a la enunciación feminista de los mismos (siempre parcial y desde algunos sectores del movimiento, pero enunciado de manera violenta y tajante; y lo más importante: teniendo espacio de posibilidad para emerger con legitimidad) acompañó al 15M. Haciéndose especialmente patente en las acampadas, mientras este proceso ciudadano mantuvo la forma de movimiento popular, quedando más atenuado a medida que avanzó a su formulación como movimiento social. Es decir, mientras se mantuvo masiva la participación en los espacios decisorios y organizacionales de participantes

sin vinculación con las estructuras organizativas militantes. Porque a medida que el movimiento popular iba progresivamente siendo colonizado por la lógica militantista fue transformándose en un movimiento social. Y a este proceso le acompañó un vaciamiento de las asambleas, una estabilización militante y la participación más activa y determinante de activistas con largas trayectorias militantes insertas en el espacio de los movimientos sociales[4], donde el trabajo político feminista tiene una dilatada trayectoria, siendo la clave de la merma de reacciones virulentas hacia las formulaciones feministas.

Aperturas y cierres a la participación

Una tensión constante recorrió cada experiencia asamblearia mientras permaneció en pie el campamento. Por un lado, la masificación de las plazas favorecía la circulación de energía emocional que consolidaba las cadenas de rituales de interacción (Collins, 2009), dotando al espacio de una alta capacidad de convocatoria y mediatización (abriendo, por tanto, un espacio de posibilidad para instalar el relato político en el centro del campo); pero al mismo tiempo impedía la participación directa y establecía unos derechos de entrada para la toma de la palabra demasiado exigentes. Por el otro, como ciertamente gobernaba el proceso la cultura de la colaboración, cuya máxima era la inclusión absoluta y el consenso elaborado con una altísima exigencia democrática, se ensayaron y establecieron multitud de procedimientos encaminados a impulsar en la mayor medida posible las dinámicas democráticas: taller de moderación, manual de asamblearismo, coordinadora de grupos, explosión de asambleas de barrios, pueblos, grupos de trabajo y comisiones y asambleas de voces (asambleas con deliberación no encaminada a la toma de decisiones; al menos a corto y medio plazo). Así, el 15M, como todo proceso participativo vivo, mantuvo aperturas y cierres a la participación constantes, simultáneas (lo que para algunas personas facilitaba la participación podía, para otras, entorpecerla) y cambiantes en su concreción práctica.

A continuación presento pequeños resúmenes a este respecto, siguiendo la estructura diacrónica de cuatro momentos en la que lo he definido. Estos cuatro momentos están establecidos atendiendo no solo a las formas en las que

4 Puede verse un desarrollo en profundidad de esta cuestión en Razquin (2017, pp. 199-322).

el 15M interpeló a la política profesional, a los partidos con representación parlamentaria, al Gobierno o al partido de la oposición, sino la propia relación con la política y las lógicas que dinamizan el campo político (Bourdieu, 2000; Mathieu, 2007; Mauger, 2013), tanto en el espacio partidista como en el de los movimientos sociales: la ruptura entre la profesionalidad y la profanía y la lucha por la universalización del punto vista, análisis, conceptualización, valoración, restitución, prioridades, sujetos políticos, etc.

I. Primer momento
(Primera semana y primera mitad de la segunda semana)

I.a. Prácticas prestigiosas: actividades que acompañan exhibición corporal (sostenimiento de infraestructuras, moderación de asambleas) y riesgo: mediación con la policía. Pernoctar en la acampada. Ejercer portavocías.
I.b. Prácticas imposibles: expulsión. Agresión física o verbal. Pertenencia a una agrupación política o sindical (se oculta).
I.c. Discursos prestigiosos: hermanamiento, celebración del evento, información relevante de sucesos en otras acampadas (o en otras experiencias internacionales). Relatos vivenciales.
I.d. Tabúes: análisis y evaluación en clave política de la situación. Posiciones polarizadas.
I.e. Elementos que frenan la entrada o que expulsan: falta de concreción de demandas y posición política. Origen político incierto. Evento masivo.

II. Segundo momento
(De la segunda mitad de la segunda semana a la primera mitad de la tercera semana)

II.a. Prácticas prestigiosas: actividades que acompañan exhibición corporal (sostenimiento de infraestructuras, moderación de asambleas) y riesgo: mediación con la policía. Manejo en la incipiente estructura organizativa de la acción militante.
II.b. Prácticas imposibles: expulsión. Agresión física o verbal. Pertenencia a una agrupación política o sindical (se oculta).
II.c. Discursos prestigiosos: hermanamiento, celebración del evento,

información relevante de sucesos en otras acampadas (o en otras experiencias internacionales). Relatos vivenciales.
II.d. Tabúes: análisis y evaluación en clave política de la situación. Posiciones polarizadas. Ideaciones sobre un desmontaje de la acampada.
II.e. Elementos que frenan la entrada o que expulsan: falta de concreción de demandas y posición política. Evento masivo. Densidad asamblearia, los tiempos y ritmos de la toma de decisión.

III.Tercer momento
(Final de la segunda semana hasta el final de la acampada)
III.a. Prácticas prestigiosas: actividades que acompañan exhibición corporal (moderación de asambleas) y riesgo: mediación con la policía. Manejo en la estructura organizativa de la acción militante. Resolución en un bloqueo asambleario.
III.b. Prácticas imposibles: expulsión asamblearia.
III.c. Discursos prestigiosos: hermanamiento, celebración del evento, información relevante de sucesos en otras acampadas (o en otras experiencias internacionales).
III.d. Tabúes: posiciones polarizadas. Discusión abierta sobre levantar la acampada.
III.e. Elementos que frenan la entrada o que expulsan: falta de concreción de demandas y posición política. Evento masivo. La vida al interior de la acampada. Densidad asamblearia, los tiempos y ritmos de la toma de decisión.

IV. Cuarto momento
(Del final de la acampada hasta el primer aniversario)
IV.a. Prácticas prestigiosas: actividades que acompañan exhibición corporal y riesgo: mediación con la policía. Manejo en la estructura organizativa de la acción militante. Resolución en un bloqueo asambleario.
IV.b. Prácticas imposibles: participación en la asamblea general y en DRY.
IV.c. Discursos prestigiosos: posiciones polarizadas. Discusión abierta sobre levantar la acampada. Análisis y evaluación en clave política de la situación.

> IV.d. Tabúes: posiciones ideológicas no revolucionarias. Medición objetiva de fuerzas movilizadoras. Debilidad del movimiento.
> IV.e. Elementos que frenan la entrada o que expulsan: densidad asamblearia, los tiempos y ritmos de la toma de decisiones. Tensión del campo discursivo, violencia verbal instalada en el debate asambleario.

Quiero detener el análisis justo en este cuarto momento, caracterizado por la polarización de posiciones y la lucha por la dominación tras el establecimiento de una relación de rivalidad entre distintas facciones, porque implicó un proceso de salida masiva del espacio común.

Si el primer movimiento de salida del espacio de la acampada (entre el segundo y el tercer momento) había estado motivado por un hartazgo con las dinámicas que terminaba instalando la máxima de integración total en el espacio masificado («me agota la asamblea», «es angustiante estar horas y no llegar a nada porque dos no quieren»), este segundo vendrá, precisamente, cuando la lógica de la competencia y la rivalidad entre posiciones devore el espacio inclusivo que sostenía esta cultura. Y resultará infinitamente más costoso para el movimiento. Mientras el primer proceso de salida de la asamblea general había propiciado la ampliación del entramado militante del 15M, al tiempo que había permitido incorporar a multitud de nuevos y nuevas participantes, levantando muchas asambleas barriales y de pueblos, este segundo implicó la desafección y ruptura (frecuentemente absoluta) con todo el entramado militante del 15M. Y más aún, fue la condición de posibilidad de la deriva patriarcal.

La deriva patriarcal

El proceso que he denominado «la deriva patriarcal» se instala en la concreción local del 15M que he estudiado en el marco de un deterioro democrático más amplio que implicó el quiebre de la cultura de la colaboración y la imposición de la lucha por el control y la definición de los fines y medios de lucha. Pero se concreta, de manera significativa, sobre algunos elementos:

a) Una masculinización de la composición de determinados espacios de deliberación y acción militante (especialmente asamblea general, comi-

siones de laboral, Stop Desahucios y otras que precisamente son donde se va a concentrar buena parte del interés y actividad relacionada con otras organizaciones), en una doble dimensión. Por un lado, presencia mayoritaria de activistas varones (se invierte la tendencia habitual de presencia masiva de mujeres) y, parejo a esto, hiperrepresentación masculina en las actividades prestigiosas (portavocías especialmente) y de toma de la palabra.

b) Una división sexual del trabajo militante, dándose una masculinización de las tareas de trabajo intelectual (elaboración de manifiestos, planes políticos, etc.) y una feminización de las tareas reproductivas fundamentales para el sostenimiento de la vida del movimiento (mantenimiento de las comunicaciones, venta de productos para sostener económicamente la acción militante, transcripción de actas, etc.).

c) Concreción de la acción deliberativa y de acción colectiva densificada por la lógica patriarcal: lucha y sometimiento hacia quienes piensan diferente, sobrerrepresentación del capital guerrero (Sauvadet, 2005 y 2006) y fin de la lógica de los cuidados, especialmente hacia el interior del colectivo; todo ello movilizado por el encantamiento sobre grandes proezas en claves bélicas.

Un ejemplo etnográfico concreto y tremendamente representativo: 1) se fuerzan los tiempos y la democracia interna en el proceso asambleario, no dando tiempo a que determinadas asambleas barriales puedan siquiera deliberar sobre lo apropiado, oportuno, eficaz o no, y los términos de la acción, para imponer la ocupación de un edificio[5]. 2) La acción se planifica por una vanguardia autodesignada que opera en secreto, sin mandato de límites asambleario, plan de contingencia, definición y delimitación de estrategias de resistencia, plan de autocuidado colectivo, etc. (un *grupo de afinidad* al que se entra por invitación y que es el primero en forzar la cerradura y entrar al edificio). 3) La ocupación es sostenida por una retaguardia, a la que se convoca de urgencia por las redes sociales, que será quien defienda, finalmente, cara a cara, cuerpo a cuerpo, conteniendo la acción policial, la culminación de la acción (con la altísima exposición a la acción punitiva

5 Se concretó sobre esta actividad, pero podría ser cualquier otra, porque lo que importa es la estructura y la dinámica de los acontecimientos, que por lo demás se dieron sobre otras actividades.

que implica). 4) La acción no tiene éxito, no se consigue apoyo ciudadano masivo y el edificio es desalojado. 5) El proceso de deterioro democrático en la relación entre diferentes asambleas se agudiza.

d) Utilización de la feminización (en el sentido patriarcal del término: dominar, ridiculizar, rutinizar, someter) como estrategia de desprestigio de espacios en competencia.

Ejemplo etnográfico: en la discusión sobre el ordenamiento de la toma de decisiones (establecido sobre si la asamblea general debía ser una instancia orgánica superior versus si debía ser un mero espacio de coordinación de asambleas autónomas de barrio), tratar de reducir las asambleas barriales a espacios rutinizados y de actividad insignificante, utilizando el lenguaje y la óptica del patriarcado: «en las asambleas de barrio se tratan temas domésticos, menores, si una farola funciona o no funciona», «los barrios son las bases del movimiento», «sí, ahí se habla de: –¡Ay! Que mi marido me pega… [risa general]»[6].

A modo de conclusión

A lo largo de este texto hemos ido viendo cómo la interrogación sobre la influencia y presencia política de los feminismos en el 15M requiere de una descripción concreta de momentos y prácticas, pues frecuentemente acontecen procesos en direcciones opuestas y en aparentes paradojas. Así, podemos identificar expresiones abiertamente antifeministas paralelas a una actividad política intensísima de comisiones y grupos de trabajo feministas y una buena recepción en múltiples sectores del 15M.

Sin embargo, he querido enfatizar una descripción objetivada de la instalación de la lógica patriarcal atravesando las prácticas concretas de la vida activista, precisamente más invisibles, pero más frecuentes y, ciertamente, más dañinas. Porque todo proceso con voluntad emancipadora no puede dejar de autotrabajarse, siempre, día a día, en cada rincón, la implementación de

6 Son extractos de comentarios reales sucedidos en ese orden. Lo más terrible es que el comentario lo realiza una activista; lo más violento: la risotada general que aplaudió la supuesta broma. Por lo demás, no creo necesario argumentar sobre el más que obvio calado político de la lacra de la violencia machista y de un problema de iluminación en algún sector poblacional.

estrategias y espacios para la identificación, el análisis y la erradicación de la lógica patriarcal; si no, terminará produciendo y reproduciendo dominación social. Y más: perderá toda su potencia política y su capacidad de movilización social; porque los espacios deteriorados democráticamente producen a corto y a largo plazo enorme desafección.

Lo peor de un cierre democrático en un espacio aparentemente igualitario es el silencioso deterioro de la vida común que produce y las resistencias a la objetivación que moviliza, especialmente cuando lo hace en el mundo activista[7]. Como bien ha identificado el feminismo, y el patriarcalismo ejecuta sin pudor, lo que no se nombra, objetiva y describe, no existe.

Bibliografía

Bourdieu, P. (2000). *Propos sur le Champ Politique.* Lyon: Presses Universitaires de Lyon.

Cress, D. M. y D. A. Snow (2000). The Outcomes of Homeless Mobilization: The Influence of Organization, Disruption, Political Mediation, and Framing. *The American Journal of Sociology*, 105 (4), pp. 1063-1104.

Cruells, M. (2012). La interseccionalidad entre las luchas por la igualdad en el 15M; avances destacados. *Viento Sur*, 123, pp. 54-60.

Cruells, M. y Ezquerra, S. (2015). Procesos de voluntad democratizadora: La expresión feminista en el 15-M. *An International E-Journal for Critical Geographies*, 14 (1), pp. 42-60.

Collins, R. (2009). *Cadenas de rituales de interacción*. Madrid: Anthropos.

Mathieu, L. (2007). L'espace des mouvements sociaux, *Politix*, 77, pp. 131-151.

Mauger, G. (2013). *Repères pour résister à l'ideologie dominante*. Bellecombe-en-Bauges: Éditions du Croquant.

7 Hace dos años, una revista de pensamiento ligada al activismo (me reservo el nombre simplemente porque la desidentificación del caso concreto facilita la objetivación etnográfica) me pidió un artículo sobre el movimiento 15M. Le entregué un texto dedicado a las implicaciones, en la práctica activista y las asambleas, de la instalación de la deriva patriarcal. Cinco días después me contestaron que no era «la forma en la que querían abordar el tema (por más que se haya reconocido que puede servir para que podamos aprender sobre ciertos comportamientos)». Habían decidido vetarlo.

Moreno Pestaña, J. L. (2013). Democracia, movimientos sociales y participación popular. Lógicas democráticas y lógicas de distinción en las asambleas del 15M. En Javier Escalera Reyes y Agustín Coca (eds.), *Movimientos sociales y participación en Andalucía*. Sevilla: Aconcagua.

Galdón, C. (2016). *La interacción entre los movimientos sociales y el feminismo: El movimiento 15M y la Comisión de Feminismos Sol.* Tesis doctoral no publicada, Universidad Rey Juan Carlos, España.

Razquin, A. (2014). Apuntes para una recepción de la dominación masculina de Pierre Bourdieu entre el feminismo del Estado español. En González Martínez, N., Miranda Medina, C.F. y Núñez Olguín, J. C. (coords.), *Discurso, compromiso e historia. Una aproximación al trabajo intelectual y político* (pp. 83- 121). Barranquilla: Ediciones Simón Bolívar.

Razquin, A. (2017). *Didáctica ciudadana: la vida política en las plazas*. Etnografía del movimiento 15M. Granada: Universidad de Granada.

Sauvadet, Th. (2005). Causes et conséquences de la recherche de «capital guerrier» chez les jeunes de la cité. *Déviance et Société*, 29 (2), pp. 113-126.

Sauvadet, Th. (2006). *Le capital guerrier*. París: Armand Colin.

Trujillo, G. (2016). La protesta dentro de la protesta. Activismos queer/cuir y feministas en el 15M. *Encrucijadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales*, 12, pp. 1-18.

DEL MOVIMIENTO 15M A LA HUELGA FEMINISTA DEL 8M. UN RECORRIDO Y ALGUNAS CLAVES PARA ENTENDER EL PRESENTE DEL MOVIMIENTO FEMINISTA

Carmen Galdón

Presentación

En los últimos años, el movimiento feminista ha sido protagonista de las mayores movilizaciones de su historia. Es un fenómeno global que, en concreto, en nuestro país, se traduce en episodios de protesta multitudinarios con un fuerte componente intergeneracional. Movilizaciones que sucesivamente y desde hace tiempo están desbordando todas las previsiones, dando cuenta de un movimiento social activo y rejuvenecido como pocos. Esto contrasta con el hecho de que, no mucho tiempo atrás, la media de edad de las mujeres en las organizaciones feministas en el Estado español superaba los 50 años y, en consecuencia, el relevo generacional era una preocupación muy presente entre sus militantes (Galdón, 2018a).

Los orígenes de esta renovación y ensanchamiento de los márgenes del movimiento feminista hay que buscarlos, en gran medida, en la primavera de 2011 y en el movimiento 15M. En las acampadas, donde ya se podía apreciar una importante base social de jóvenes que acabarían por dar identidad al movimiento (Díez & Laraña, 2018), y donde, junto a consignas que reclamaban «democracia real ya», se alzó una proclama con la leyenda «La revolución

será feminista o no será». Una pancarta en torno a la que se organizó un grupo de feministas atraídas por el ambiente de inclusividad y apertura que se respiraba en las plazas.

A través del recorrido temporal que supone las movilizaciones que se producen a partir de 2011, es posible establecer un hilo conductor que se prolonga hasta el momento actual, cuando nos encontramos ante una maquinaria perfectamente engrasada para la activación social frente a alertas feministas. Un ejemplo de ello fueron las respuestas masivas ante el fallo del denominado «Juicio a La Manada» que tuvo lugar el 26 de abril de 2018, y que provocó que una multitud saliera espontáneamente a la calle al grito de «no es abuso, es violación»[1].

El objetivo de este texto es facilitar algunas claves para entender el presente del movimiento feminista en el Estado español. Dar elementos que contribuyan a comprender qué es lo que ha ocurrido para que las convocatorias feministas estén sucesivamente desbordando todas las previsiones, evidenciando que hoy la sociedad se siente más interpelada que nunca ante su discurso. Pero, sobre todo, cuáles son algunos de los códigos organizativos e identitarios que el activismo dentro del movimiento feminista está manejando para haber alcanzado la fuerza movilizadora que ha conseguido, no sin muchas dificultades y con las grandes dosis de esfuerzo que siempre conlleva la gestión de la diversidad. Una diversidad que, ahora más que nunca, se alza como una de sus características más sobresalientes; paradójicamente, cuando por fin consigue movilizarse detrás de pancartas unitarias.

Fuentes. Testimonios de activistas feministas

Las reflexiones y conclusiones que se exponen a lo largo de estas líneas son resultado del análisis de diferentes fuentes. Entre ellas, ocupan un lugar destacado las más de cincuenta horas de grabación recogidas a través de cuarenta y tres entrevistas en profundidad realizadas hasta el momento y desde 2012. Además de diez encuestas cualitativas, entre individuales y grupales, efectua-

1 En las fiestas de San Fermín de 2016, una joven de 18 años acusa a cinco hombres de violarla en grupo. El fallo, con un voto particular de absolución, exculpa a los acusados de agresión sexual y de violación, considerando los hechos «abuso sexual con prevalimiento» y sin intimidación.

das en 2018. Todas ellas –entrevistas y encuestas– contestadas por activistas feministas que han sido protagonistas directas de grandes movilizaciones.

En concreto, en el marco del movimiento 15M, entre los años 2012 y 2014, se recogieron los testimonios de integrantes de la Comisión de Feminismos Sol (CFS) que surgió durante la Acampada del mismo nombre. Paralelamente, fueron entrevistadas las que, dentro del estudio, se denominaron feministas de larga trayectoria (FLT), con el fin de conocer sus reflexiones y análisis sobre el 15M y sobre la existencia de feministas dentro de un movimiento social mixto. El criterio de selección aplicado fue el de mujeres con más de 20 años de militancia y referentes dentro del movimiento feminista de nuestro país. Es decir, feministas con proyección pública y capacidad para generar debates y corrientes de opinión[2].

Otras entrevistadas con posterioridad han sido las involucradas en procesos organizativos de dos grandes hitos del feminismo contemporáneo: la Marcha Estatal contra las Violencias Machistas, que tuvo lugar el 7 de noviembre de 2015, y la manifestación y Huelga Feminista del 8 de marzo de 2018 (en adelante 7N y 8M, respectivamente).

Las encuestas, por su parte, se han realizado en el marco de una investigación sobre la participación del Fórum de Política Feminista en el 8M. Una organización de ámbito estatal, con una importante presencia territorial, más de 30 años de antigüedad, y referente de un feminismo político y de la igualdad.

La investigación que concierne al 15M estuvo centrada en la Acampada de la Puerta del Sol de Madrid, mientras que los estudios aún abiertos sobre el 7N y el 8M contemplan una cierta perspectiva territorial con, hasta el momento, las entrevistas y encuestas a mujeres pertenecientes a catorce provincias y ocho comunidades autónomas. Esto, unido al propio conocimiento situado en Madrid de quien escribe, hace necesario advertir que, si bien muchas de las conclusiones que se van a exponer aquí pueden ser extrapolables al conjunto del movimiento feminista del Estado español, las mismas van a adolecer de un cierto sesgo local.

2 Por orden alfabético: Rosa Cobo, Ana de Miguel, Beatriz Gimeno, Yayo Herrero, Alicia Miyares, Justa Montero, Pilar Morales, María Pazos, Empar Pineda, Begoña San José y Nuria Varela.

Activismo de *código abierto*, una oportunidad para el feminismo

Una de las principales claves para entender el momento actual del feminismo es la presencia de feministas organizadas dentro del 15M. Las acampadas fueron espacios heterogéneos e inclusivos, en donde ellas pudieron tener acceso a personas que de otra manera nunca se habrían acercado al feminismo. Lugares donde la inteligencia colectiva se puso enseguida en marcha para gestionar la diversidad. Para convertir estos espacios en abiertos e integradores, con el fin de avanzar en dirección a ese horizonte simbólico del 99%, frente al 1% de políticos y banqueros. Un camino no exento de dificultades, donde no tardó en ponerse de manifiesto el rechazo y los prejuicios hacia el feminismo. Lo que representó para ellas un campo de pruebas y aprendizaje para, en las distancias cortas, intentar desmontarlos, apoyadas –precisamente– en ese *deber ser* integrador e inclusivo que el movimiento deseaba proyectar de sí mismo (Galdón, 2017 y 2018b).

Esta dinámica integradora que se instaló en las plazas, en gran medida provenía y estaba muy influenciada por la lógica Red del espacio virtual, por una forma de funcionar propia de una juventud *nativa digital*, acostumbrada a los intercambios de las redes sociales. Una manera de hacer abierta, distribuida y horizontal. Ideada para facilitar la expansión y que ponía en ese momento en práctica, en el espacio físico, lo que llevaba tiempo experimentado en el virtual (Colectivo Madrilonia, 2012; Muñoz, 2011). Lo que ya se había ensayado en torno a reivindicaciones como, por ejemplo, las que tuvieron lugar en defensa de la cultura libre y contra la Ley de Economía Sostenible, más conocida por Ley Sinde, en alusión a la ministra que la impulsó. De hecho, muchos de los testimonios de quienes participaron en el 15M, así como de analistas del fenómeno social, identifican la reacción contra esta ley como uno de los detonantes que contribuyeron a crear un clima de movilización previo a la manifestación del 15 de mayo de 2011 (Conversaciones 15M cc, 2012)[3].

3 Una técnica de análisis desarrollada por Alberto Lumbreras, investigador del equipo de Datanalysis15M, de la Universidad Oberta de Catalunya, muestra que el 31% de las personas que utilizaron el hashtag #spanishrevolution habían utilizado antes #nolesvotes, directamente vinculado a la protesta contra la Ley Sinde (França, 2013). El mismo nombre contiene un leísmo intencionado que se explica en que «les» alude a las iniciales de la Ley de Economía Sostenible, en la cual la denominada Ley Sinde está incluida como disposición final.

El resultado fue el traslado a las plazas de un activismo y una forma de funcionar que podemos llamar de «código abierto», muy afín a la cultura libre. En la práctica, esto suponía organizarse en torno a grupos y comisiones de trabajo diversos. Una suerte de ramificación del conjunto en pequeños nodos que, en contraste con la heterogeneidad que caracterizaba al todo, se constituían en torno a elementos identitarios muy marcados y de una gran funcionalidad.

La malla articuladora de todo ello fueron las asambleas. En ellas, más allá de unas elementales normas de cortesía y orden, no había disciplina de asistencia ni permanencia. Eran lugares completamente abiertos. Cualquiera que lo deseara podía estar presente y participar o simplemente observar, así como también, en cualquier momento, salir. Esto, sin duda, llamó la atención de las feministas que se concentraron en Sol:

> La apertura mental que te crea el hecho de que sea una asamblea en la que puede entrar y salir cualquier persona. No es lo mismo lo que tú dices con tu gente que ya sabes, que cuando hay gente que no sabes qué es lo que piensa. Te explicas más, te coloca en una posición totalmente diferente (CFS-E1-2012)[4].

Esta dinámica permitió que las asambleas de Sol llegaran a aglutinar en torno a mil personas. Una multitud diversa que difícilmente en otro contexto habría tenido contacto alguno con feministas. La CFS tuvo claro desde el principio que ello representaba una oportunidad:

> En la Comisión de Feminismos la mayoría de las mujeres que estamos desde el principio éramos ya feministas, veníamos de otras luchas, de otros colectivos. Entonces vimos como una gran oportunidad de luchar juntas, y de conocernos, y de juntarnos, y de visibilizar la lucha feminista al resto del Movimiento (CFS-E3-2012).

4 Adriana Razquin, a partir de su trabajo etnográfico sobre una acampada en una ciudad andaluza, realiza una caracterización de participantes. Entre las tipologías que establece están las personas que denomina «observadoras puras». Por el efecto que provocan en el conjunto, las considera como una suerte de «agentes de control respecto de los cuales acontece el discurso y se orientan las prácticas» (Razquin, 2017, p. 135), algo muy en concordancia con la idea que trasmite este testimonio.

> Yo desde los primeros días que fui a la plaza sentía que se hablaba mucho de cambiar el sistema, pero se hacía desde un punto de vista capitalista, y no patriarcal, y veía que era una oportunidad para hacerlo entender a la gente que tiene un poco esas ganas de cambiar el mundo (CFS-E5-2012).

Las asambleas se convirtieron en el centro neurálgico de las acampadas. En ellas el consenso, de manera casi natural, se impuso, no solo como mecanismo para la toma de decisiones, sino también como potente herramienta facilitadora de cohesión y de transformación social. La clave estuvo en poner el foco, no en la decisión última, sino en el proceso hasta llegar al punto de confluencia que permitiera tomarla, y que lejos de ser el resultado de la imposición de unas ideas sobre otras, se planteaba como la elaboración de algo diferente, atribuible a una suerte de inteligencia colectiva. Algo apropiable, que todas las personas presentes pudieran asumir sin sensación de renuncia o exclusión. Así, el proceso se convierte en un fin en sí mismo, en un recorrido que debe de hacerse sin prisas, que necesita su tiempo para facilitar que quienes participan hagan suyo lo que se está decidiendo, lo que se está construyendo, transformándose, con ello, en el camino. En definitiva, estaríamos hablando del fundamento de una «revolución cocinada a fuego lento» (Spanish Revolution, 2011). Explicado por la Comisión de Dinamización del 15M (2011):

> Dos personas con ideas diferentes ponen sus energías en construir algo. No se trata entonces de mi idea o la tuya. Son las dos ideas juntas las que darán un producto nuevo que a priori no conocíamos ni tu ni yo. (…) El pensamiento colectivo nace cuando entendemos que todas las opiniones, las nuestras y las diferentes, todas, son necesarias para generar la idea de consenso. Una idea que tras su construcción de forma indirecta nos transforma.

Son estos procesos los que van a permitir ir sumando para configurar un sentido común alternativo. El feminismo, tan acostumbrado a lidiar con los prejuicios, encuentra aquí también su oportunidad. En las distancias cortas y en los espacios abiertos que permitan hacer transformaciones tan profundas como la que supone luchar contra el patriarcado, un sistema –como ya argumentara la antropología feminista– no solo universal, sino también pancultural (Ortner, 1979). En palabras de una de las integrantes de la CFS: «El

15M es la necesidad de cambiar lo que pensamos, lo que creemos, lo que sentimos, de repensarnos absolutamente enteras» (CFS-E6-2012).

Y después de la acampada, ¿qué? Un breve recorrido por los hitos del feminismo reciente

Cuando la Acampada de Sol se levanta el 12 de junio de 2011, las feministas de la CFS, así como las que se han contagiado de las formas de hacer del 15M, continúan con su activismo. Siguen reuniéndose dentro de sus comisiones feministas, están presentes en las asambleas de los barrios y los pueblos, en donde la acampada se ha descentralizado, y acuden también a las grandes convocatorias del movimiento quincemayista. Coinciden, además, con otras mujeres en espacios de confluencia para la organización de movilizaciones unitarias feministas. Entretanto, la política institucional persiste en su dinámica de alternancia, ajena, sin parecer sentirse aún interpelada por la eclosión social que está teniendo lugar.

Así, el 20 de noviembre el Partido Popular sustituye al PSOE en el gobierno. Gana las elecciones generales con mayoría absoluta y una agenda claramente antifeminista. Entre sus medidas más destacadas: la reforma de la ley del aborto. Se trata de pasar de una ley de plazos a una de supuestos que, de aprobarse, restringiría de manera drástica el derecho de decisión y autonomía de las mujeres sobre su propio cuerpo. En definitiva, un enorme paso atrás en el camino recorrido. Ello sin duda representa un elemento de confluencia para el feminismo, que sale a las calles y se encuentra con un objetivo claro y frente a un enemigo común.

El resultado es casi tres años de movilizaciones intensas cuyo momento álgido se produce el 1 de febrero de 2014, cuando una multitud de mujeres llegadas de todas partes de la geografía española y también del exterior ocupa el centro de la capital del país para protestar contra la reforma: es El tren de la libertad. Una movilización impulsada desde Asturias por la Tertulia de Les Comadres y la organización Mujeres por la Igualdad de Barredos, con una importante implicación de feministas del PSOE, así como un fuerte apoyo de los sindicatos mayoritarios.

En septiembre de 2014, ante la impopularidad de la reforma, el gobierno retira el anteproyecto de ley, y el ministro de Justicia, Alberto Ruíz Gallar-

dón, abanderado de su defensa, dimite. El movimiento feminista, tan poco acostumbrado a victorias tan claras y rotundas, recibe una inyección de optimismo: siente que *sí se puede*.

Las feministas herederas del 15M han contribuido a ello. También han salido a las calles para protestar contra el anteproyecto de ley, si bien, en su mayoría, no se han sentido interpeladas por El tren de la libertad. Por una movilización con una alta presencia de banderas de partidos y sindicatos, que tan poco gustaban al colectivo quincemayista. Así mismo, no ayudaba a su adhesión el hecho de que fuera una convocatoria sobre la que existía la posibilidad de sumarse, pero que no daba la opción de participar en el proceso. En definitiva, de apropiarse de ella según los parámetros quincemayistas.

Las contagiadas por las formas del 15M están inmersas ahora en procesos que han denominado «La quincena feminista» o «Recrear el 8 de marzo». Realizan encuentros con la idea de hacer de esta fecha identitaria del feminismo algo más abierto y con mayor impacto social. Reclaman que en las convocatorias de referencia del movimiento, esas que se repiten todos los años, ellas tengan la oportunidad de aportar, de –como sucede en el software libre– dejar su impronta con cada réplica. En palabras de una de las integrantes de la CFS:

> Hacía falta. Era el: *pero es que también estamos nosotras y también queremos aportar*. Fue por eso por lo que empezó a haber cambios en el 8 de marzo el año pasado [2013]. (…) Se terminó ese proceso con la sensación de que se podía cambiar las cosas, que hacía falta cambiar las cosas, que había que renovar un poco todo eso, y que el 8 de marzo no se podía quedar tampoco en un día de manifestación en una calle pequeña, cerrada, invisible. Y a partir de ahí surgió lo que se llamó, Recrear el 8 de marzo, que consistió en varias reuniones, que empezaron a crear una tela de araña organizativa (CFS-E7-2014).

Se trata de un proceso complejo, no exento de resistencias, dificultades y desencuentros, que finalmente concluyó con la asunción de cambios y las incertidumbres que ello supone, y que no tardan en verse recompensadas. Así, el 8 de marzo de 2014, el movimiento feminista ocupa la Gran Vía de Madrid, en una manifestación bien visible que discurre desde Cibeles hasta Plaza de España. Atrás queda el tradicional y el mucho más discreto itinerario entre

las calles Benavente y Atocha. Una vez más *sí se ha podido* y, lo que es más importante, se tiene la sensación de que esto no ha hecho más que empezar.

El 28 de febrero de 2015, un grupo de mujeres, pertenecientes en su mayoría a plataformas y organizaciones feministas, se reúne en Madrid. Están respondiendo a un llamamiento que la Coordinadora Feminista de Valencia ha hecho a través de las redes sociales. En concreto, para realizar una gran movilización, unitaria y estatal, que exija la aplicación de medidas específicas que aborden las violencias machistas de manera integral y como una cuestión de estado. A partir del acuerdo inicial que se produce en esta primera reunión se van incorporando territorios que se coordinarán en la distancia, sobre todo mediante una lista de correo y una página web, pero también a través de un total de cuatro asambleas presenciales que tienen lugar en Madrid. Las decisiones se toman por consenso y la idea va tomando forma durante un proceso que dura nueve meses. De esta manera, el 7 de noviembre, la Marcha Estatal Contra las Violencias Machistas, más conocida como 7N, inunda el centro de la capital, en una movilización que los medios de comunicación esta vez no pueden ignorar, hasta el punto de que algunos llegan a calificarla de histórica (Borraz & Domenech, 2015; La Sexta, 2015). En ella participan mujeres procedentes de toda la geografía española, que marchan tras una pancarta común que reza «Movimiento feminista» en todas las lenguas de Estado. Se acuerda que los partidos políticos y sindicatos vayan detrás. Apoyan, pero deben dejar todo el protagonismo al movimiento feminista. No solo es una movilización histórica, sino también un hito dentro de la historia del feminismo.

Durante el siguiente periodo, el movimiento feminista cada vez exhibe más capacidad de convocatoria, especialmente en sus fechas identitarias y más emblemáticas (8 de marzo, 28 de septiembre y 25 de noviembre…). Sobre todo, el 8 de marzo, con manifestaciones que cada año superan en cifra y repercusión a la anterior. En este ambiente, procedente de América Latina, se hace un llamamiento para realizar un Paro Internacional el 8 de marzo de 2017, que finalmente en España no llega a cuajar. Pareciera que el movimiento feminista del Estado español está saboreando e instalado en los éxitos casi seguros en que se han convertido las movilizaciones, y un Paro Internacional no era lo que podría decirse un *programa testeado*. Hacerlo suponía salirse de ese bucle de reproducción segura, de la zona de confort. En ese momento no formaba parte de su imaginario colectivo. Aún.

De hecho, la experiencia fallida del Paro Internacional enseguida es retomada para mejorarla –otra vez, como sucede en el software libre– con la siguiente réplica. Hace falta tiempo, para organizarlo y para permitir la apropiación de la idea. Así, tras una evaluación del Paro de 2017, la Comisión 8M decide apostar por la convocatoria de una Huelga Feminista que se llevaría a cabo el 8 de marzo de 2018. Y lo hace con un planteamiento abierto y, por consiguiente, lleno de incertidumbres. Con muchos interrogantes a los que nadie puede contestar al inicio porque hacerlo supondría saltarse el proceso, cerrarlo a la participación. Y con una intuición, cercana a la certeza, de que solo aquello que deja espacio a mejoras incentiva los aportes necesarios para conseguir que, finalmente, los márgenes de lo previsible puedan llegar a desbordarse. En palabras de una de las integrantes de la Comisión 8M de Madrid:

> Hay esta lógica [en la Comisión 8M] de que para que las cosas sean masivas y funcionen y lleguen a todo el mundo se tiene que salir un poco de lo que está bajo tu control. Entonces esto al principio, cuando empezamos el proceso de la huelga generaba incertidumbre y hasta un poco de mosqueo. Nos llamaban y decían: *oye, no entiendo, es que esta decisión ¿cómo se va a tomar? ¿y, esto otro?… y es que ¡no lo sé!, iremos viendo, tú proponlo*. Es como que está todo abierto, son lógicas de abrir. Y esto yo sé que a muchas mujeres les genera como incertidumbre y así como un poco de salto al vacío (C8M-E36-2017).

No había tiempo que perder. Así, desde el mismo mes de abril se convocan encuentros para, a partir de dinámicas participativas, empezar a dar forma a un concepto de huelga feminista, aun por construir y con muchas resistencias. De esta manera, se forman comisiones y grupos de trabajo, que se articulan a través de asambleas periódicas. Son espacios que se presentan siempre abiertos a nuevas incorporaciones en cualquier fase del proceso. En casi doce meses de preparación de la manifestación y huelga feminista tienen lugar jornadas de trabajo, dos encuentros estatales descentralizados (en Elche y Zaragoza), talleres, *perfomances* en las calles, campañas en las redes… Los encuentros y jornadas de trabajo, así mismo, incluyen actividades tales como la proyección de documentales sobre los antecedentes de otros paros feministas, o la elaboración colaborativa de una línea del tiempo que rescata la genealogía del movimiento…. Con independencia de que la huelga llegara a ser el éxito de convocatoria que fue, esto de por sí estaba ya representando un

auténtico logro: porque estaba conformando una épica feminista, haciendo feminismo e incorporando a mujeres a la causa, sin remedio, sin vuelta atrás, empoderándolas. Como señala una de sus participantes: «la huelga es un día, pero el proceso de la huelga es lo que nos queda después» (8M-E36-2018).

Conclusiones

Como con elocuencia expresa la leyenda «Dormíamos, despertamos» que se pudo ver en muchas plazas aquella primavera de 2011, el movimiento 15M supuso para una parte considerable de la ciudadanía salir del largo letargo de dejación respecto a la política y lo público en el que estaba sumida. En especial, estimuló a una juventud, que ahora se hacía visible reclamando en las plazas *democracia real ya*.

Entre la multitud concentrada en las acampadas, había feministas que acudieron atraídas por el ambiente de inclusividad y apertura que se respiraba allí. Estas enseguida se reconocieron desde un *nosotras* feminista y se organizaron desde su especificidad, pero sin dejar de formar parte del movimiento mixto, lo que sin duda representó una oportunidad para su causa, que ellas supieron ver desde el principio. De esta manera, quedándose a pesar de las dificultades, formando parte, pudieron contribuir, así mismo, a dar forma a un movimiento en gestación.

Una oportunidad que se vio potenciada por la especial intensidad en términos de espacio, tiempo e interrelación que supusieron las acampadas. En efecto, la «explosión de conciencia» que se produce en los episodios de protesta, y que puede llegar a transformar radicalmente la forma de ver y estar en el mundo de quienes participan en ellos (Della Porta & Diani, 2011; Johnston, Laraña & Gusfield, 1994; Klandermans, 1994, entre otros), en las acampadas del 15M, por sus especiales características, se vio incrementada notablemente.

Así, las acampadas fueron lugares donde personas diversas permanecieron concentradas y en intercambio constante durante 28 días con sus respectivas noches. La forma de gestionar la heterogeneidad que esta intensidad espacio-temporal supuso estuvo muy influenciada por la lógica red de *código abierto* que la juventud –*nativa digital*– trajo consigo. Una forma de funcionar

abierta y distribuida muy afín a la cultura libre que actuaría como facilitadora de expansión y potenciadora de la capacidad de integración de la diversidad.

En este contexto, las feministas tuvieron acceso a personas que de otra manera nunca se habrían acercado al feminismo. En las distancias cortas, y en ese ambiente de inclusividad, tuvieron la oportunidad de introducir otros imaginarios y de empezar a normalizar el feminismo y a las feministas. En definitiva, de comenzar a desmontar las barreras de los prejuicios construidos en torno al mismo y a ellas.

Una vez que las acampadas se levantan, las feministas del 15M continúan reuniéndose en sus comisiones específicas, en la calle cuando se puede y, cuando no, en centros autogestionados. Están también presentes en otros muchos espacios: en las asambleas de sus barrios y pueblos donde el movimiento quicemayista ha decidido extender su red, en iniciativas diversas de economía social y colaborativa que no dejan de proliferar y en movilizaciones de diversa naturaleza. En definitiva, siguen en *modo distribuido.*

Se encuentran asimismo con otras feministas en espacios de confluencia para la organización de grandes manifestaciones. Primero en las movilizaciones contra la reforma de la ley del aborto del gobierno del PP, consiguiendo, después de tres años saliendo a la calle, la retirada del anteproyecto en una primera gran victoria feminista que les hace tomar conciencia de su fuerza. Paralelamente, las manifestaciones del 8 de marzo son *recreadas,* con la implicación activa de una juventud heredera del 15M que apela a su deseo de participar. De dejar su impronta y ampliar los límites del feminismo. Así, cada fecha identitaria se va haciendo sucesivamente más multitudinaria que la anterior. Entre tanto, tiene lugar también una histórica macha unitaria contra las violencias machistas.

En este recorrido, un grupo de activistas llegan al punto de pensar que una Huelga Feminista es posible y se lanzan al vacío. Con un planteamiento abierto, sin certezas, lleno de incertidumbres. Los vacíos se van llenando de contenido en el proceso de organización y casi un año después, el 8 de marzo de 2018, tiene lugar la Huelga Feminista que, en efecto, desborda todas las previsiones. Como ya señalaran Gamson y Meyer (1996/1999, p. 407), son «las percepciones 'poco realistas' de lo que es posible, lo que puede alterar lo posible».

Bibliografía

Borraz, M. & Domenech, M. (2017). Una marcha histórica y multitudinaria toma la calle contra la violencia machista. *Eldiario.es*, 7 de noviembre. Recuperado el 30 de agosto de 2018 de https://www.eldiario.es/sociedad/feminismo-exigir-violencia-machista-cuestion_0_449705164.html

Colectivo Madrilonia (2012). Cuando la gente reinventa la política: lenguajes y actitudes del movimiento 15-M. En J. Fernández; C. Sevilla y M. Urbán (eds.), *¡Ocupemos el mundo!*, pp. 53-65. Barcelona: Icaria.

Comisión de Dinamización (2011). Guía rápida para la dinamización de asambleas populares. *Madrid.tomalaplaza.net.* Recuperado el 15 de julio de 2018 de https://madrid.tomalaplaza.net/2011/05/31/guia-rapida-para-la-dinamizacion-de-asambleas-populares/

Comisión de Feminismos Sol (2011). Dossier de la Comisión de Feminismos Sol, *Madrid.tomalaplaza.net.* Recuperado el 20 de julio de 2018 de https://madrid.tomalaplaza.net/2011/07/22/dossier-de-comision-de-feminista/

Díez, R. & Laraña, E. (2017). *Democracia, dignidad y movimientos sociales.* Madrid: CIS.

França, J. (2013). El 15-M ha permitido hibridar participación digital y analógica. *Eldiario.es*, 22 de febrero. Recuperado el 10 de septiembre de 2018 de https://www.eldiario.es/catalunya/permitido-hibridar-participacion-digital-analogica_0_103939610.html

Galdón, C. (2017). Feminismo como indicador de coherencia revolucionaria. Una aproximación al feminismo en el movimiento 15M. *Atlánticas. Revista Internacional de Estudios Feministas*, 2 (1), pp. 220-245.

Galdón, C. (2018a) Cosmovisiones feministas en clave generacional. Del movimiento 15M a la Huelga Feminista del 8M. *Encrucijadas*, vol. 16, pp. 1-26.

Galdón, C. (2018b) Interacción entre los movimientos sociales y el feminismo: Estrategias feministas en la Acampada de la Puerta del Sol de Madrid. En Comité Organizador Noviembre Feminista 2016 (Comp.), *Hilos violeta. Nuevas propuestas feministas*, pp. 229-240. Madrid: Instifem. Universidad Complutense de Madrid.

Gamson, A. W. & Meyer, D. S. (1996/1999). Marcos interpretativos de la oportunidad política. En D. McAdam, J.D. McCarthy & M. N. Zald (eds.),

Movimientos sociales: perspectivas comparadas, pp. 389-412. Madrid: Istmo.

Grueso, S. (dir.). *Conversaciones 15M cc.* [Entrevistas]. Madrid: Proyecto 15M cc.

Gusfield, J., Jonhston, H. & Laraña, E. (1994). Identidades, ideologías y vida cotidiana en los nuevos movimientos sociales. En E. Laraña & J. Gusfield (eds.), *Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad*, pp. 3-42). Madrid: CIS.

Klandermans, B. (1994). La construcción social de la protesta y los campos pluriorganizativos. En E. Laraña & J. Gusfield (eds.), *Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad*, pp. 183-219. Madrid: CIS.

La Sexta (2015). Marcha histórica y masiva en Madrid contra la violencia machista [Telediario, 7 de noviembre]. Recuperado el 25 de agosto de 2018, de https://www.lasexta.com/noticias/sociedad/marcha-masiva-historica-madrid-violencia-machista_20151107572450266584a81fd88298ba.html

Muñoz, A. (2011). Del síndrome Wikileaks a la democracia 2.0. Las redes sociales y el 15-M. En A. Llurba (ed.), *Las voces del 15-M*, pp. 34-43. Barcelona: Los panfletos del lince.

Ortner, S. (1979). ¿Es la mujer con respecto al hombre lo que la naturaleza con respecto a la cultura? *Biblioteca Virtual de las Ciencias Sociales*. Recuperado el 10 de julio de 2018, de http://www.museo-etnografico.com/pdf/puntodefuga/150121sherryortner.pdf

Razquin, Adriana (2017). *Didáctica ciudadana: la vida política en las plazas. Etnografía del movimiento 15M*. Granada: Universidad de Granada.

Spanish Revolution (2012). Como cocinar una revolución pacífica. *Legal Team International*, 12 de marzo. Recuperado el 8 de septiembre de 2018 de https://legalteaminternational.wordpress.com/2012/03/12/como-cocinar-una-revolucion-pacifica/

TERCERA PARTE

VIEJOS Y NUEVOS CONFLICTOS. CAMBIOS DE CONTEXTO Y NUEVAS GENERACIONES DE ACTIVISTAS

TRANSFORMACIONES EN EL TRABAJO Y NUEVAS RESPUESTAS EN EL ÁMBITO LABORAL

Francisco Fernández-Trujillo

Introducción

Desde el comienzo de la crisis en 2008 han sido estudiadas y analizadas muchas dimensiones de las problemáticas que han sido transversales a ésta, y el trabajo no ha sido menos. Las investigaciones que han explorado el empleo y las cuestiones laborales han determinado de manera frecuente que nos encontramos ante una nueva transformación de sus formas. Ante esto es pertinente preguntarse si, por tanto, los procesos de movilización y las organizaciones constituidas en torno al trabajo, así como los perfiles de las personas que se han movilizado en los últimos años en torno a cuestiones laborales en diferentes formas, han cambiado y cómo lo han hecho (Beneyto, 2017).

En este sentido, además de las instituciones de representación política, como las estructuras supranacionales o los partidos, otras instituciones han sido afectadas por la llamada crisis de representación. Unas de ellas han sido las de representación laboral, es decir, los sindicatos (Bernaciak, Gumbrell-McCormic & Hyman, 2014). Así, las consecuencias de la crisis enmarcada en un momento de transformación del sistema productivo han supuesto distintas incidencias en los sindicatos, sus repertorios y sus niveles

de afiliación (Fita & Goerlich, 2017, p. 38). Además de esto, la incapacidad de acción de la que son acusados los sindicatos, las rápidas transformaciones que experimenta el trabajo como consecuencia de las políticas laborales y la introducción de nuevos elementos técnicos en el ámbito laboral han llevado a la aparición en España de nuevas experiencias enmarcadas en el terreno del conflicto laboral. Estas no corresponderían con las formas habituales del sindicalismo e incorporarían repertorios más típicos de los movimientos sociales (Meyer, 2017, p. 1130). Tanto las características definitorias de los sindicatos tradicionales como actores del pacto social en las democracias contemporáneas, como los repertorios que les han sido reconocidos como propios y habituales, les diferencian de los grupos que son presentados aquí.

Si bien en Estados Unidos ha sido abordado un estudio de estrategias, organizaciones y movimientos con características similares, son todavía pocas las investigaciones que se han aproximado en España. Por tanto, lo que se plantea aquí es cómo la crisis de popularidad de los sindicatos, la precariedad laboral, las nuevas situaciones vitales, el desempleo, la aparición de nuevos empleos y el cambio en los ya existentes han sido determinantes en la aparición de una serie de nuevas formas de organizaciones relativas al trabajo. Así, a continuación se presentan algunas de las organizaciones que han surgido en los últimos años con el propósito de incidir en la realidad de la precariedad en conflictos laborales concretos, por qué pueden ser abordadas desde el concepto de *social movement unionism* y los elementos contextuales que han creado la situación proclive para el surgimiento de estas organizaciones.

Nuevas formas de movilización en el ámbito laboral

Desde el ámbito académico y, especialmente, desde las disciplinas que estudian las movilizaciones laborales y sindicales se ha señalado que en los últimos años se ha dado la aparición de nuevos movimientos en el campo laboral. Estos se han caracterizado por la presencia de trabajadores informales, precarizados y marginalizados que generan nuevas formas de organización en el ámbito del trabajo, que recientemente se ha abordado desde el concepto de *social movement unionism* (Paret, 2013; Engeman, 2015; Dixon, 2014; Meyer, 2017). Esto se enmarca, parafraseando a Marcel Paret, en que las condiciones de precariedad crecientes en el mercado laboral y un descenso de

la relevancia social de los sindicatos ha llevado a la puesta en marcha de una «política precaria», caracterizada por su lucha no sindical y el protagonismo de grupos de trabajadores con malas condiciones salariales e inseguridad laboral (Paret, 2013, p. 758).

Aunque con características, origen y trayectorias diferentes, en España pueden ser identificadas distintas experiencias que suponen nuevas formas de movilización en el ámbito del trabajo, diferenciadas de los sindicatos y relacionadas o vinculadas con los movimientos sociales y sus formas. Entre estas experiencias de movilización en el terreno laboral se pueden observar casos como el de Oficina Precaria, una agrupación que combinaba asistencia laboral, especialmente jurídica, y un repertorio de movilización similar al de Juventud Sin Futuro[1], aunque centrado exclusivamente en cuestiones de índole laboral. A diferencia de JSF, el repertorio de la Oficina Precaria está caracterizado por una confrontación con los adversarios más específica (empresarios y centros de trabajo concretos) y no tan generalista o difusa (instituciones). Asimismo, aunque la actividad de la Oficina Precaria sería intergeneracional, su actividad está más centrada en la juventud, teniendo su principal actividad en Madrid.

De la misma manera, en el contexto de la crisis económica y tras el 15M se han generado los llamados Sindicatos de Barrio. Éstos prestan atención a lo que consideran necesidades del barrio determinado en el que desarrollan su actividad, que van desde cuestiones relacionadas con la vivienda o la pobreza energética hasta carencias alimentarias de vecinos del barrio. También desarrollan una actividad en el terreno laboral, con asistencia jurídica y un repertorio de acciones entre lo político y lo sindical. Su actividad estaría centrada en empleos que, por sus condiciones, no suelen intervenir en formas sindicales tradicionales. Algunos de estos grupos son Sindicat de Barri de Gràcia, Oficina de Apoyo Mutuo de Manoteras o Sindicat de Barri del Poble Sec.

También habrían emergido grupos que podríamos denominar de autodefensa laboral. Estos grupos o colectivos tienen una actividad de defensa de las condiciones laborales marcadas por estar al margen de los sindicatos, aunque

1 Juventud Sin Futuro es un colectivo ya inactivo que nació y se consolidó en Madrid en 2011. Participó en la organización de la manifestación del 15 de mayo de 2011 y estuvo muy activo durante el movimiento de los *indignados*. Después puso en marcha una serie de campañas relacionadas con distintas problemáticas de la juventud y desarrolló un discurso enmarcado en las problemáticas de la crisis.

con repertorios semejantes en determinadas ocasiones, que van desde la asesoría legal a la negociación con la empresa. Sin embargo, ponen en marcha repertorios al margen de los habituales de los sindicatos y más asociados a los movimientos sociales como la pegada de carteles y campañas en las ciudades y barrios en los que están implantados. Ejemplo de este tipo de grupos serían el de Autodefensa Laboral de Carabanchel (ADELA) en Madrid, la Red de Autodefensa Laboral de Navarra, o Eragin y Harian en el País Vasco.

Asimismo es importante tener en cuenta que las experiencias citadas en España se caracterizan por cierta independencia de los sindicatos, lo que las diferencia de las estudiadas en Estados Unidos desde el concepto de *social movement unionism*, ya que estas frecuentemente suelen ser concebidas más como una estrategia de los sindicatos (Engeman, 2015, p. 446) que como experiencias independientes de estos, aunque relacionadas e interconectadas a través de colaboraciones de distinto tipo. Ha de ser tenido en cuenta que, como señala Engeman, las aproximaciones recientes de *social movement unionism* se basan en el objetivo del cambio social sin estar limitados a las tareas de representación y negociación, y en consolidar alianzas con otros actores para lograr estos objetivos (Engeman, 2015, p. 447).

Desde esta aproximación, es fundamental la importancia de la comunidad y el peso de lo local a la hora de generar estos espacios de movilización laboral (Waterman, 1999; Meyer, 2016 y 2017; Paret, 2013). Un reflejo de esto es la importancia del valor local y barrial en los colectivos conformados en España, donde buena parte del peso discursivo recae sobre las vinculaciones y relaciones que son necesarias para llevar a cabo las acciones en los barrios y en la importancia de las peculiaridades del barrio o ciudad en cuestión en que está implantada cada organización.

Las aproximaciones a este tipo de experiencias en el tiempo reciente y la concepción misma desde el término *social movement unionism* están fuertemente vinculadas al estudio y conceptualización de los movimientos sociales (Meyer, 2017, pp. 1128-1129). Asimismo, la vinculación de estas organizaciones con los movimientos sociales también se ve reflejada en las trayectorias militantes de sus miembros, dada la experiencia previa de los militantes de estas organizaciones en movimientos sociales fuera del ámbito laboral (Milkman & Voss, 2004, p. 10). En este mismo sentido Marc Dixon explica que

el uso de repertorios asociados a los movimientos sociales supondría una nueva forma de sindicalismo (Dixon, 2014, p. 1185).

También debe tenerse en cuenta que no todas las formas de movilización en el ámbito laboral surgidas en los últimos años pueden ser agrupadas de la misma manera con las presentadas anteriormente. En este sentido, estas se diferenciarían de otras experiencias recientes en el terreno laboral como los conflictos en servicios de limpieza protagonizado por el colectivo de las Kellys, repartidores a domicilio a través de plataformas digitales o vendedores ambulantes, ya que no están centradas en una actividad concreta.

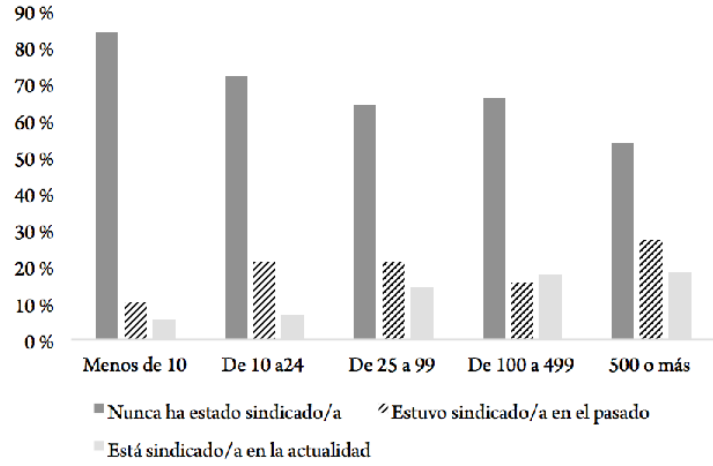
Los contextos de la movilización laboral en España

Como ha sido señalado anteriormente, las apariciones de estas formas de movilización en el ámbito laboral responden a características concretas del contexto en el que se forman (Waterman, 1999; Fantasia & Voss, 2004; Paret, 2013; Engeman, 2015; Dixon, 2014; Meyer, 2017). Así, pueden ser diferenciados tres campos contextuales a través de los cuales se observan motivaciones para la aparición de organizaciones diferenciadas de los sindicatos: los cambios y la situación del mercado de trabajo, el estado del sindicalismo en España y la trayectoria de la movilización social y política.

Cambios y transformaciones en el mercado laboral

En los últimos años en España, y especialmente durante el periodo de crisis, se han dado una serie de transformaciones en el trabajo. En el ámbito empresarial se han producido externalizaciones y un «adelgazamiento» en las grandes compañías (Calderón & López Calle, 2010, p. 5). Así, aquellas con más capacidad económica externalizan numerosos servicios que son prestados por autónomos o pequeñas empresas, observándose una tendencia a la desaparición de las grandes empresas en favor de las pequeñas en lo relativo al número de trabajadores.

Gráfico 1. Porcentaje de afiliación sindical en función del número de trabajadores de la empresa en España

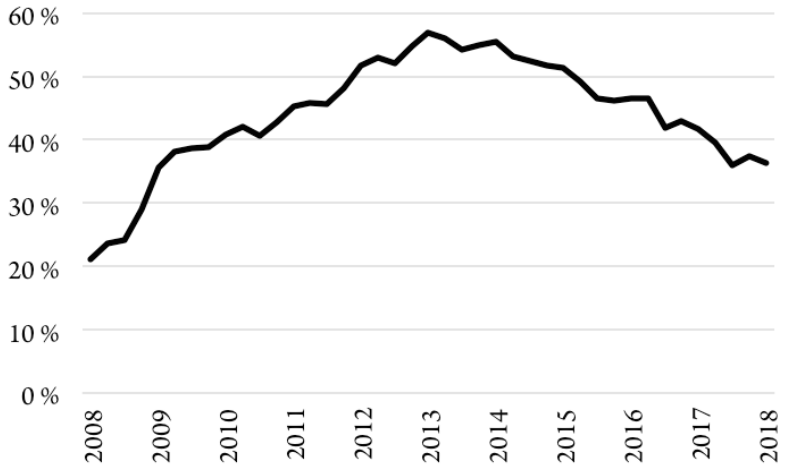


Fuente: European Social Survey, 8ª oleada.

Asimismo, el mercado de trabajo se ha visto también afectado por los cambios tecnológicos. La progresiva incorporación de actualizaciones y novedades técnicas no solo ha afectado a los puestos de trabajo ya existentes, los cuales se han visto modificados, sino que ha implicado la desaparición y la aparición de empleos. Degryse señala que el aumento de la velocidad de las redes de internet, la difusión e implantación de la utilización del Big Data y la mejora y extensión a cada vez un número mayor de personas de los terminales móviles ha implicado cambios profundos en la economía. En determinados sectores, los servicios tradicionales están siendo sustituidos por las tecnologías que permiten acceso a información digital desde terminales conectados a la red. Asimismo, la creación de nuevos empleos y la transformación de algunos de los ya existentes en el sector servicios tenderían a un cambio en las relaciones laborales, cada vez más orientadas hacia el autoempleo o empleos sujetos a relaciones laborales con la empresa distintas a las que se han venido dando hasta ahora (Degryse, 2016, pp. 7-36). Así, estos procesos están manifestando «efectos sobre la conformación de las relaciones laborales y, por tanto, sobre la organización y la acción sindicales» (Fita & Goerlich, 2017, p. 44).

Durante la crisis del mercado laboral, la juventud ha experimentado un empeoramiento especialmente pronunciado (Bouffartigue, 2015, p. 13). Esto se concreta en una complicada y tardía entrada en el mercado de trabajo, siendo difícil para buena parte de los jóvenes encontrar su primer empleo, así como en grandes periodos de desempleo (Santos & Martín, 2012, p. 101). Asimismo, la escasa contratación de jóvenes en el periodo de la crisis ha estado caracterizada por la temporalidad de los contratos. A esto hay que añadir que los puestos de trabajo generados durante la crisis han estado caracterizados por la precariedad, especialmente por lo bajo de los salarios y por ser contratos a tiempo parcial (Santos & Martín, 2012, pp. 100-103).

Gráfico 2. Tasas de desempleo en menores de 25 años en España



Fuente: Instituto Nacional de Estadística.

Santos y Martín (2012, pp. 95-99) indican que la quiebra del discurso que planteaba que aquellas personas que dispusieran de altos niveles de formación y cualificación dispondrían de altas probabilidades de encontrar un buen empleo habría supuesto un elemento desencadenante del desencanto para la generación que se incorporaba al mercado de trabajo durante la crisis. Esto se pronuncia cuando además de una difícil incorporación al mercado de tra-

bajo o hacerlo en malas condiciones se suma una dificultad de ir alcanzando objetivos vitales como la emancipación.

Así, la precariedad estaría caracterizada por una carencia de poder estructural en el puesto de trabajo (Meyer, 2017, p. 1130). Esto implicaría la necesidad de crear nuevos instrumentos con capacidad de intervenir en los conflictos al margen de las herramientas tradicionales de la movilización laboral.

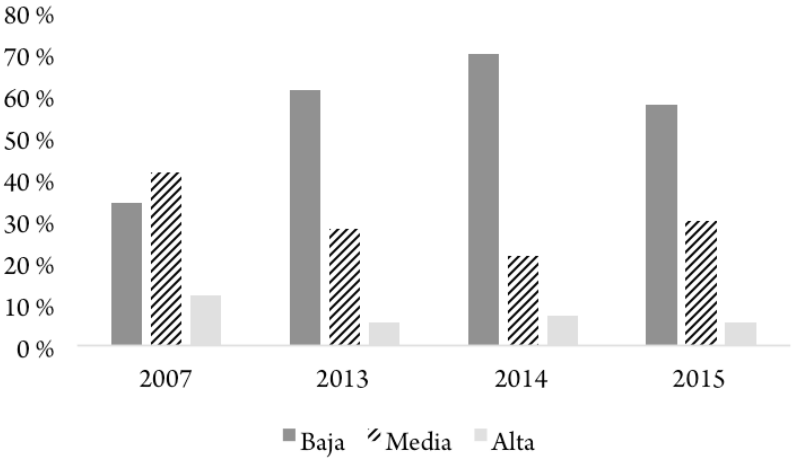
Dificultades en el panorama sindical en España

En el ámbito sindical, como indica Beneyto, se han experimentado

> diferentes cambios y mutaciones (…) que han venido modificando tanto el escenario como los actores e instituciones de las relaciones laborales (…), erosionando los procesos identitarios de los trabajadores, sus recursos organizativos y las estrategias de intervención de los sindicatos, con el resultado de una caída generalizada, aunque desigual, de sus tasas de afiliación (presencia), representación (audiencia) y cobertura de la negociación colectiva (influencia) (Beneyto, 2017, pp. 15-16).

Tras el comienzo de la crisis, el número de personas afiliadas a sindicatos ha descendido de 2.953.000 en 2008 hasta 2.360.000 en 2014. Parafraseando a Beneyto, Alós, Jódar y Vidal, la afiliación sindical directa y la legitimidad social de los sindicatos se ven aumentados cuando son considerados como instrumentos útiles para mejorar las condiciones laborales y sociales de los trabajadores y trabajadoras tanto a nivel micro como macro; sin embargo, como ha ocurrido en los últimos años consecuencia de la crisis, de la reforma laboral y de sus propios errores, los sindicatos se han debilitado y perdido eficacia y visibilidad (Beneyto, Alós, Jódar & Vidal, 2016, p. 34).

Gráfico 3. Porcentaje de confianza en los sindicatos



Fuente: Centro de Investigaciones Sociológicas, Estudios 2735, 2984, 3021 y 3080.

También la problemática de las dificultades para la afiliación y la actividad sindical ha afectado de manera manifiesta a un número creciente de personas en España en el último periodo, como señalan Calderón y López Calle. Estos se refieren a aquellos que

> no son exactamente trabajadores por cuenta ajena, pero que comparten todas sus características (ceden su fuerza de trabajo por un tiempo determinado o están sujetos a relaciones de dependencia organizativas y de acceso al mercado), y que, además, se ven afectados indirectamente por los resultados de la negociación colectiva. Hablamos de los becarios, los autónomos, los trabajadores voluntarios, o incluso algunos pequeños empresarios. (Calderón & López Calle, 2010, p. 6).

Según indican Santos y Martín (2012, p. 94), el empeoramiento de las condiciones laborales y vitales a partir del comienzo de la crisis ha implicado un

aumento y surgimiento de movimientos de protesta en clave generacional y juvenil.

Movilización y movimientos sociales

Aunque, como indican Santos y Martín (2012, p. 107), una parte de los jóvenes en España ha transigido y aceptado su situación, a través del 15M se han dado varios procesos de expresión de la inconformidad con la situación de la juventud. Esto se habría manifestado en los primeros años de la crisis con colectivos como Juventud Sin Futuro, fuertemente asociado al 15M. Así, para estos investigadores, en los años posteriores al inicio de la crisis se habría generado un discurso de «auto-reconocimiento y expresión pública más que como 'generación flexible' o 'generación perdida' como clase social, enclaustrada en los más bajos estratos sociolaborales» (Santos & Martín, 2012, p. 108).

Así, para Oñate (2013), las repercusiones del 15M implicaban que se pudiera observar cierta aceptación de la movilización y de sus motivos por parte de la población española. Oñate sitúa el movimiento del 15M como un punto de inflexión, que habría implicado un cambio de paradigma en la movilización y la protesta en España (Oñate, 2013, pp. 39-41). Con respecto al estilo de actuación, señala Oñate, el 15M ha implicado una transformación con respecto a los repertorios tradicionales de buena parte de las organizaciones previamente existentes:

> la negociación, el pacto/concertación y la eficacia como criterio de éxito bajo el paraguas de la racionalidad instrumental y estratégica empiezan a ser sustituidos por el radicalismo, el inmovilismo, el maximalismo y la innegociabilidad como principio, y la defensa de los principios por encima de la eficacia como criterio para la acción (Oñate, 2013, p. 42)

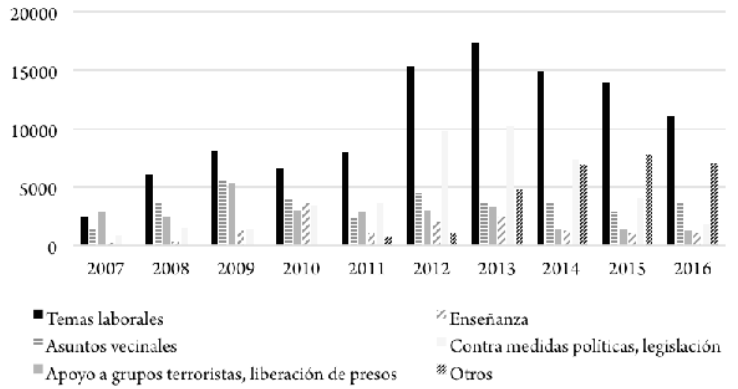
Como señala Beneyto, el sindicalismo ha tenido dificultades para incluir a colectivos situados en los márgenes del mercado laboral, como «parados, jóvenes precarios y estudiantes», quienes son «precisamente los principales protagonistas de los 'novísimos' movimientos sociales de los últimos años

(antiglobalización, 15M, *indignados*, PAH…), surgidos en el contexto de la crisis» (Beneyto, 2017, p. 25).

Sin embargo, a pesar de las repetidas discusiones en torno a la desconexión entre el 15M y el ámbito del trabajo, el movimiento de los *indignados* supuso un proceso determinante en lo relativo a movilización en España en buena parte de la discusión pública, lo que se verá reflejado también en la conflictividad laboral.

Calvo y Garciamarín (2016) señalan que el número de manifestaciones que se han dado con mayor frecuencia desde 2007 hasta 2013 son aquellas que tienen que ver con temas laborales. Asimismo, son los sindicatos aquellos que más convocatorias de movilización comunican al Ministerio del Interior en España (Calvo & Garciamarín, 2016, pp. 13-14). En su trabajo, estos investigadores plantean que la participación y la movilización han estado caracterizadas por ser mayoritariamente de carácter material, así como que los cambios de tendencia en los años más recientes –especialmente a un menor número de manifestaciones– tienen que ver, entre otras cuestiones, con la aparición de una nueva oferta electoral, de manera que la participación es expresada mediante vías electorales, en lugar de movilizaciones al margen del voto (Calvo & Garciamarín, 2016, p. 17).

Gráfico 4. Número de manifestaciones por motivaciones en España



Fuente: Anuarios Estadísticos del Ministerio del Interior de España, Anuarios de 2007 a 2016 (seleccionadas únicamente las motivaciones de convocatorias con más de 2000 casos en algún año). Elaborado con datos disponibles en www.interior.gob.es.

Conclusiones

Las recientes investigaciones desde los ámbitos académicos estadounidenses han determinado el surgimiento de una serie de nuevos procesos de movilización en el ámbito laboral, dentro y fuera de Estados Unidos (Mayer, 2017; Paret, 2013). Como ha sido señalado, estos procesos han respondido a condiciones específicas de mercados de trabajo en transformación, una situación complicada para los sindicatos en los últimos años y unas condiciones concretas de la movilización alrededor del mundo. Procesos similares habrían venido ocurriendo en España, donde se han dado una serie de condiciones para que se vengan produciendo cambios en el panorama de la movilización laboral (Beneyto, 2017).

La aparición de estos colectivos está íntimamente ligada a lo que Beneyto considera uno de los principales retos del sindicalismo y de la movilización laboral en el momento actual: «formar alianzas estratégicas con otras organizaciones y movimientos sociales, mediante las que ampliar la intervención sindical más allá del ámbito laboral, reforzando su dimensión socio-política para la defensa y promoción de los derechos sociales y de ciudadanía» (Beneyto, 2017, p. 25). Así, las características del contexto español, como ha sido expuesto, hacen que las experiencias presentadas en España se asemejen a las formas y estrategias de las organizaciones categorizadas como *social movement unionism*, aunque se enmarquen de manera diferente en el plano organizativo a otros procesos estudiados (Fantasia & Voss, 2004; Engeman, 2015; Waterman, 1999; Meyer, 2016 y 2017; Paret, 2013).

Asimismo, aunque el marco económico de extensión de las políticas neoliberales en el ámbito del trabajo y la situación generalizada de formas sindicales desprestigiadas y percibidas como ineficaces ante las políticas neoliberales pueden ser compartidas con el contexto estadounidense, los precedentes de la movilización social hacen particulares las experiencias de estas formas de *social movement unionism* en España. La relevancia del 15M en ciudades como Madrid y Barcelona y la trayectoria del País Vasco y Navarra, enmarcada en una tradición de movilización dentro y fuera del ámbito del trabajo, han supuesto un elemento determinante en la generación de estas herramientas y espacios. Sin embargo, un elemento compartido con la aproximación a las experiencias norteamericanas más recientes es la transición de lo económico

a lo político compartidas entre movimientos con raíces comunes como son el 15M y Occupy Wall Street (Meyer, 2016, p. 38).

Bibliografía

Alonso, L. E.; Fernández-Rodríguez, C. J. & Ibánez, R. (2016). De la moral del sacrificio a la conciencia de la precariedad. Un análisis cualitativo de los discursos sobre la evolución de la crisis en España. *Política y Sociedad*, 53 (2), pp. 353-379.

Beneyto, P. (2017). Crisis y renovación del sindicalismo. *Arxius de ciènces socials*, 36-37, pp. 15-34.

Beneyto, P. J.; Alós, R.; Jódar, P. & Vidal, S. (2016). La afiliación sindical en la crisis. Estructura, evolución y trayectorias. *Sociología del trabajo*, 87, pp. 25-44.

Bernaciak M., Gumbrell-McCormick, R. & Hyman R. (2014). *European trade unionism: from crisis to renewal?* Bruselas: ETUI aisbl.

Béroud, S. & Bouffartigue, P. (eds.) (2009). *Quand le travail se précarise, quelles résistances collectives?* Paris: La dispute.

Bouffartigue, P. (2015). «Précarité»: de quoi parle-t-on? *Second séminaire Tramed «Les problématiques du travail dans l'espace euro-méditerranéen en crise: précarité et jeunes générations»*, octubre, Nápoles.

Boumaza, M. & Pierru, E. (2007). Des mouvements de précaires à l'unification d'une cause. *Societé Contemporaines*, 2007/1 (65), pp. 7-25.

Calderón, J. Á. & López Calle, P. (2010). Transformaciones del trabajo e individualización de las relaciones laborales. La emergencia de nuevas formas de resistencia al trabajo. *Estudios de la Fundación*, 24, pp. 3-16.

Calvo, K. & Garciamarín, H. (2016). ¿Qué ha pasado con la movilización social? Continuidad y cambios en la protesta social en España. *Zoom Político*, 28, pp. 1-18.

Degryse, C. (2016). *Digitalisation of the economy and its impact on labour markets*. ETUI working paper, 2016.02.

Dixon, M. (2014). Union Organizing and Labor Outreach in the Contemporary United States. *Sociology Compass*, 8 (10), pp. 1183–1190.

Engeman, C. (2015). Social movement unionism in practice: organizational dimensions of union mobilization in the Los Angeles immigrant rights

marches. *Work, Employment and Society*, 29 (3), pp. 444-461.
Fantasia, R. & Voss, K. (2004). *Hard Work. Remaking the American Labor Movement.* Los Angeles: University of California Press.
Fita, F. & Goerlich, J. M. (2017). Sindicalismo y acción sindical en el siglo xxi: crisis económica y transformación del modelo productivo. *Arxius de ciènces socials*, nº 36-37, pp. 37-48.
Fortino, S., Tejerina, B., Cavia, B. & Calderón, J. (eds.) (2012). *Crise sociale et précarité. Travail, modes de vie et résistances en France et en Espagne*. París: Champ Social.
Meyer, R. (2016). Precarious Workers' Movements and the Neoliberal State, *Working USA*, 19 (1), pp. 37-55.
Meyer, R. (2017). Precarious Workers and Colletive Efficacy. *Critical Sociology*, 43(7-8), pp. 1125-1141.
Meyer, R. & Kimeldorf, H. (2014). Eventful Subjectivity: The Experiential Sources of Solidarity. *Journal of Historical Sociology,* 28 (4), pp. 1-29.
Milkman, R. & Ott, E. (eds.) (2014). *New labor in New York. Precarious workers and the future of the labor movement*. New York: Cornell University Press.
Milkman, R. & Voss K. (eds.) (2004). *Rebuilding Labor: Organizing and Organizers in the New Union Movement*. Nueva York: ILR Press.
Oñate, P. (2013). La movilización ciudadana en España en los albores del siglo XXI: una contextualización para el debate. *Revista Española de Ciencia Política,* 33, pp. 31-55.
Paret, M (2013). Precarious Labor Politics: Unions and the Struggles of the Insecure Working Class in the United States and South Africa. *Critical Sociology,* 41 (4-5), pp. 757-784.
Paugman, S. (2000). *Le salarié de la précarité. Les nouvelles formes de l'intégration professionnelle*. Paris: Presses Universitaires de France.
Santos, A. & Martín, P. (2012). La juventud española en tiempos de crisis. Paro, vidas precarias y acción colectiva. *Sociología del trabajo*, 75, pp. 93-110.
Waterman P. (1999). The New Social Unionism: A New Union Model for a New World Order. En Munck, R. & Waterman, P. (eds.). *Labour Worldwide in the Era of Globalization Alternative Union Models in the New World Order*, pp. 247-264. Nueva York: St. Martin's Press.

«JUVENTUD SIN FUTURO» Y EL GIRO INSTITUCIONAL POST 15M DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES

Antonio Montañés y Antonio Álvarez-Benavides

Introducción

La crisis financiera global de 2008 y las consiguientes políticas de austeridad impuestas por la Comisión Europea, el Banco Central Europeo y el Fondo Monetario Internacional provocaron en Europa del Sur un malestar social generalizado en la ciudadanía. En el caso español, la crisis económica, la corrupción política y las políticas de austeridad derivaron en una crisis de legitimidad y crecimiento de la desafección social sin precedentes hacia los partidos más relevantes de la democracia española, especialmente el PP y el PSOE. Los datos cuantitativos y encuestas de opinión pública[1] mostraron reiteradamente que los españoles deseaban un cambio político significativo. Desde 2007 a 2013, por ejemplo, los políticos y la corrupción representaron, junto al desempleo, los tres problemas más relevantes percibidos por la sociedad española (CIS, 2007-2013).

El descontento social con las élites políticas y económicas dio lugar a un importante ciclo de movilizaciones y efervescencia de movimientos sociales

1 Centro de Investigaciones Sociológicas (2007-2013). Barómetros. http://www.cis.es/cis/opencm/ES/11_barometros/depositados.jsp

(15-M, Marchas de la dignidad, Mareas, etc.) que fue parcialmente canalizado con el nacimiento de nuevos partidos políticos cuyo éxito electoral ha introducido importantes novedades en la política institucional española. En este texto reflexionaremos sobre el proceso de incorporación de jóvenes activistas de los movimientos sociales a la política institucional en los años posteriores a las acampadas del 15-M. Tomaremos como caso de estudio a Juventud Sin Futuro (en adelante JSF), un colectivo juvenil fundado en el año 2011 que tuvo un papel protagonista en los movimientos sociales de Madrid en el primer lustro de la década de 2010, y un número importante de cuyos miembros más destacados ocupan en la actualidad posiciones y cargos institucionales y políticos de primera línea en los nuevos partidos políticos de la izquierda post 15M (Podemos y Ahora Madrid). Dividiremos el texto en dos partes. En la primera analizaremos la praxis y los discursos políticos de JSF. En la segunda abordaremos el proceso de la llegada de los líderes de JSF a las instituciones políticas.

JSF: nacimiento, demandas y discurso político

El movimiento anti Bolonia, articulado en contra de la reforma educativa que condujo a la creación del Espacio Europeo de Educación Superior, consiguió movilizar políticamente al movimiento estudiantil español, generando redes de contestación en forma de asambleas y plataformas con una importante capacidad de movilización. No obstante, la incapacidad para detener el establecimiento de este Espacio Europeo de Educación Superior fue un duro golpe para el sujeto político estudiantil español, que vio cómo el gran impulso acumulado parecía desvanecerse. JSF nace en este contexto, y puede entenderse como continuación y reformulación del movimiento estudiantil anti Bolonia, ya que la mayor parte de sus fundadores e integrantes provenían de asociaciones universitarias madrileñas y formaron previamente parte de estas movilizaciones (Roos & Oikonomakis, 2014, p. 126). Este renacimiento es ilustrativo del carácter «biodegradable» de las redes vinculadas a los movimientos sociales (Flesher Fominaya, 2014, p. 69) y de la capacidad de estos para regenerarse y sobrevivir. JSF se visibiliza públicamente como colectivo en abril de 2011 a partir del manifiesto firmado por 18 activistas del mundo universitario, periodístico y artístico español, fundamentalmente madrileño.

Este manifiesto fue suscrito por unas 10.000 personas en menos de 6 meses desde su publicación[2]. JSF nació del entorno estudiantil universitario, pero no entendía al sujeto estudiantil como el motor exclusivo del cambio social. JSF organizó su primera manifestación haciendo una llamada a todos los jóvenes en Madrid el 8 de abril de 2011[3], consiguiendo un inesperado éxito en su convocatoria, con unos 5.000 asistentes. El lema de la manifestación era «Sin casa, sin curro, sin miedo». Esta manifestación fue la antesala de las acampadas en la Puerta del Sol del 15 de mayo de 2011, y su relevancia fue tal que algunos académicos han categorizado a JSF como uno de los actores precursores claves del movimiento de los *indignados* (Alonso, Betancor & Cilleros, 2015; Della Porta, 2015; Flesher Fominaya, 2014, p. 168).

La relevancia de JSF no solo radica en su papel precursor del movimiento de los *indignados*; también en ser pioneros en ampliar el repertorio de prácticas políticas en nuevos espacios, como el mundo virtual. La importancia de las nuevas tecnologías de la información en los movimientos sociales ha sido extensamente estudiada en la literatura académica (Castells, 2013; Atkinson, 2010). Aunque en España la utilización de las redes sociales estuvo presente en otras movilizaciones desde al menos el movimiento de «No a la Guerra» (Morán, 2005; Tejerina, 2005), investigadores como Eduardo Romanos (2016) explican el creciente uso de las redes sociales en los movimientos autónomos por su naturaleza no mediada, la clara consonancia entre la eliminación de intermediarios y la apuesta de los autónomos por su independencia. La particularidad de JSF radica en cómo usaron todas estas redes. El colectivo fue uno de los primeros movimientos sociales en utilizar intensivamente las redes sociales (Blogs, Facebook, Twitter, etc.) como forma primaria de comunicación y canal de interpelación política. Internet es un espacio habitado y navegado especialmente por jóvenes, por lo que el uso intensivo de redes sociales es una estrategia racionalmente lógica desde el punto de vista de la maximización del alcance de un mensaje político.

2 Firmantes del manifiesto de JSF: https://docs.google.com/spreadsheets/d/1Kxh69sSegL8Mokl3mYHCWoFVGBuK7pZzIk8SE0CL-O8/edit?authkey=CNC8oNwG&hl=en_US&rm=full&authkey=CNC8oNwG#gid=0

3 Primera manifestación del JSF: http://www.lavanguardia.com/vida/20110408/54137102765/juventud-sin-futuro-lanza-a-5-000-jovenes-a-reivindicar-su-futuro-en-madrid.html https://www.youtube.com/watch?v=CpSoc-3GqODU

JSF prosiguió su actividad política tras el 15M, particularmente mediante la creación de campañas monotemáticas en internet sobre temas específicos que afectaban a la juventud. Su campaña «No nos vamos, nos echan» denunciaba la emigración forzosa juvenil en el marco de las políticas de austeridad llevadas a cabo por el gobierno del PP (2011-2018) en el año 2013 y obtuvo una gran atención mediática y social. A este respecto, JSF se pronunciaba de la siguiente manera:

> Tu vecino, tu hermana, tu colega de toda la vida. Gente que se ha visto empujada al exilio para buscarse un futuro. No se han ido, los han echado. Los han obligado a exiliarse a causa de las políticas de austeridad, traducidas en recortes y pérdida de derechos. No es movilidad exterior, es exilio económico. Quienes se van no son «ninis», ni aventureros, son gente que necesita buscarse la vida como sea (JSF, 27 de noviembre de 2014).

Uno de los mayores éxitos de JSF fue canalizar discursivamente el enorme malestar de del denominado «precariado» (Standing, 2011 y 2014), una nueva clase social emergente, fuertemente vinculada con las formas de organización económicas neoliberales caracterizadas por la desprotección social, el desempleo y los empleos temporales. Los datos macroeconómicos dan cuenta del contexto en el que emergió el movimiento. En el año 2007, el crecimiento fue del 1,117% del PIB, para descender el año siguiente al –3,575% (FMI, 2015). La deuda pública pasó de ser el 35,51% del PIB nacional en 2007 al 92,088% en 2013 (FMI, 2015). Y el desempleo general creció del 8,2% en 2007 a un desastroso 26,1% en 2013, mientras que el desempleo juvenil se disparó desde el 18,1% a un insólito 55,5% para el mismo periodo (Eurostat, 2015).

El discurso de JSF se ha estructurado en torno a, al menos, tres ejes principales relativos a su crítica a las condiciones socioeconómicas de vida juveniles. En primer lugar, criticando las altas tasas de paro y la precariedad del empleo. Según JSF,

> el Paro y la Precariedad son dos caras de la misma moneda, y lo sabemos porque es algo que afecta especialmente a la juventud… El chantaje permanente que supone la necesidad de tener ingresos para acceder a derechos de ciudadanía hace que aceptemos empleos en negro, sin ningún tipo de protección, con

> horarios abusivos y sabiendo que solo van a durar unas semanas para después volver a empezar (JSF, s/f, sección Empleo de su sitio web).

En segundo lugar, criticando las difíciles condiciones de acceso a la vivienda de los jóvenes en España. Así, para JSF, «la imposibilidad de acceder a una vivienda digna es uno de los principales factores que afectan a los jóvenes y que, por tanto, nos imposibilitan el desarrollo de proyectos» (JSF, s/f, sección Vivienda de su sitio web). En tercer lugar, señalando que los elementos anteriores tienen un efecto pernicioso en el desarrollo de los planes de vida de los jóvenes y su estabilidad en cuestiones de pareja y descendencia. Según JSF,

> lo que ocurre es que no podemos tener hijos. Queramos o no, la cuestión es que no podemos. Con una tasa de paro juvenil del 56%, más de un 89% de los contratos que se firman temporales, una vivienda inaccesible con los salarios a los que podemos acceder (hablamos de alquiler, de la hipoteca ya ni hablamos) y el exilio rondando por nuestras cabezas, ¿cómo es que no nos animamos a tener hijos? (JSF, 26 de noviembre de 2013).

Los discursos de JSF presentan a los jóvenes españoles como un grupo social especialmente vulnerable, con altas tasas de desempleo, malas condiciones laborales y enormes dificultades para emanciparse y construir un proyecto vital.

La finalidad de JSF era no solo dar visibilidad a los problemas juveniles sino politizar a los jóvenes. Según el propio colectivo:

> lo de «sin vivienda, sin curro y sin pensión» son como un resumen de las tres primeras partes del manifiesto. Pero además buscábamos algo que expresara la acción colectiva y el derecho a disentir… Lo de «sin miedo» surge cuando estamos acordando los otros tres lemas. Alguien añadió: «sin miedo, porque nos estamos organizando, aunque sabemos que los ataques están siendo brutales en todo el mundo.» … «Sin futuro» nos permite plantear: ¿quién nos ha robado el futuro? Y todas las reivindicaciones en positivo las podemos concentrar en el «sin miedo» (JSF, 2011, p. 95).

En su análisis sobre JSF, Íñigo Errejón aporta algunas claves para entender el éxito del movimiento:

> la protesta se ubica en una idea que goza de mucha popularidad, y que forma parte del imaginario meritocrático que es formalmente la narrativa del éxito en el neoliberalismo: una juventud preparada, que merece progresar, ve sus posibilidades de futuro bloqueadas. Por otra parte, al denunciar este bloqueo y hacerlo desde una perspectiva generacional, facilita la identificación de muchos jóvenes con la protesta, con relativa independencia de su adscripción ideológica previa (Errejón, 2011, p. 73).

En los movimientos sociales, los marcos de interpretación tienen una importancia capital (Snow & Benford, 2000), ya que ejercen de mediadores entre los elementos de contexto, las formas de organización y la acción, y sirven para que la población pueda definir la situación y al mismo tiempo «entender y hablar de lo que sucede en el mundo con sentido» (Tejerina, 1998, p. 135). Los mensajes de JSF, además de señalar las contradicciones de un sistema que incentiva la adquisición de formación a la vez que realiza recortes en la financiación del sistema educativo sin ofrecer garantías para hacer valer el esfuerzo individual en formación, buscaban «resonar» o ser cercanos y relevantes en la experiencia cotidiana de los jóvenes utilizando un lenguaje accesible. El lenguaje político de JSF es decidida e intencionalmente popular y producto de un distanciamiento explícito de los lenguajes de la izquierda intelectual y sus acervos más comunes (capitalismo, clase social, reificación, alienación, etc.).

Así, pese a provenir del ámbito universitario, una de las características comunicacionales de JSF ha sido su esfuerzo por utilizar un lenguaje corriente, cercano e informal, con la finalidad de presentarse como un colectivo que habla «el lenguaje de la gente» y hacer más accesibles sus ideas y críticas. El intento de conectar narrativamente las condiciones sociales de la juventud española como «la generación precaria» golpeada por la gestión de la crisis y la incompetencia de una élite política son una evidencia de que JSF participó de un esfuerzo activo, compartido con muchos otros agentes y movimientos sociales, por reenmarcar la relación y la lucha de clases bajo las condiciones de capitalismo tardío (Graeber, 2013).

La llegada de los miembros de JSF a las instituciones y el «giro institucional» de los movimientos sociales

La llegada de activistas a los partidos políticos de la izquierda post 15M, especialmente en las grandes ciudades del país, es uno de los fenómenos más relevantes de la historia reciente en el sistema político español. Los movimientos sociales han servido como proveedores de nuevas caras y líderes políticos en una transición política generacional y han sido una parte especialmente activa en un proceso de reclamo y democratización del Estado. La biografía de Ada Colau, la carismática portavoz de la PAH (2009-2014), que pasó de ser activista por una vivienda digna a alcaldesa de Barcelona tras ganar las elecciones municipales de 2015 como cabeza de lista de la plataforma ciudadana Guanyem Barcelona (Barcelona en Comú), es un ejemplo paradigmático de estos procesos. Los miembros de JSF, como buena parte de los y las activistas vinculados a los movimientos sociales en las grandes ciudades españolas, fueron interpelados por los actores institucionales y partidos de la nueva izquierda para participar en proyectos políticos con vistas electorales. Los antiguos miembros de JSF han alcanzado en tiempo récord puestos de responsabilidad institucional. Es el caso de la portavoz del Ayuntamiento de Madrid, Rita Maestre; el senador y Secretario General en Madrid de Podemos, Ramón Espinar; o los diputados de Podemos en la Asamblea de Madrid, Pablo Padilla y Eduardo Rubiño, entre otros. En la actualidad, un porcentaje importante de los integrantes de JSF pertenecen a Ahora Madrid y Podemos, llegando siete de los sesenta y dos candidatos miembros de su directiva a pertenecer a este último partido político (Álvarez-Benavides, 2016).

Estos jóvenes son algunas de las caras visibles del proceso de regeneración democrática impulsado por la izquierda que ha renovado los partidos que forman parte del sistema representativo político español y ha cuestionado el monopolio del bipartidismo de los dos grandes partidos nacidos tras la llegada de la democracia de 1978. Desde la teoría de la movilización de recursos y de la confrontación política podríamos decir que JSF ha sabido movilizar de manera inteligente sus recursos, convirtiéndose en *challenger* al introducirse en la política institucional (Tilly, 1982; McAdam, 1982). En principio, no parece descabellado aducir que el éxito de un movimiento social pasa por su institucionalización, es decir, por formar parte del ámbito político normali-

zado y por que sus objetivos políticos se hagan realidad, al menos en cierta medida. Este recorrido, *grosso modo*, es el que utilizan las teorías clásicas de la contienda política y de la movilización de recursos, dominantes en la sociología de los movimientos sociales (Giugni, 2008; Tejerina, 2010) y que se centran en el contexto político y en la estructura de oportunidades para explicar cómo se produce el cambio político. Los distintos grupos de interés u organizaciones movilizan sus recursos de forma racional, a través de distintas tácticas y acciones colectivas como son las manifestaciones, protestas, negociaciones, y tratan de influir a otros grupos de interés para conseguir que sus objetivos e intereses se introduzcan en la agenda social y política (Tilly, 1978 y 1984; Tarrow, 1997). No obstante, los movimientos sociales tienen múltiples y difusos impactos más allá de la política institucional (Pleyers & Álvarez-Benavides, 2018). Algunos académicos han mostrado cómo la difusión de ideas y prácticas de unos movimientos a otros ocurre no solo dentro de un único ciclo de protestas (Tarrow, 1998) sino también a lo largo del tiempo en regiones geográficas alejadas (Flesher Fominaya & Montañés, 2014). Por consiguiente, todavía carecemos de la perspectiva temporal necesaria para apreciar su impacto en otros movimientos posteriores o incluso conocer su impacto cultural (Meyer, 1999).

En principio, el auge de un movimiento social y una expresión institucional de este podrían coexistir y ser complementarios. En este caso, la coincidencia se demostró empíricamente excluyente[4]. JSF desapareció en marzo de 2017, en plena efervescencia de la izquierda institucional madrileña durante el gobierno de Manuela Carmena y Ahora Madrid (2015-...). La inclusión en redes de militancia, la adquisición de herramientas discursivas y la visibilidad pública adquirida mediante el activismo actúan como capitales políticos que colocan a los activistas en una posición privilegiada para entrar en la política institucional. Pero el salto a la política institucional suele tener un precio moral para los activistas de los movimientos sociales. El trasvase de activistas a las instituciones introduce una ruptura discursiva y de lealtades con algunas reivindicaciones históricas y esenciales de los movimientos sociales, especialmente los vinculados al movimiento autónomo anticapitalista, caracterizado

4 El caso de JSF ilustra cómo la apertura del sistema democrático representativo a nuevos partidos políticos puede conllevar como consecuencia no deseada el descabezamiento de los movimientos sociales que auparon a los líderes sociales a una posición de preeminencia en primera instancia.

por las ideas de autoorganización, reivindicaciones políticas radicales y, sobre todo, una desconfianza y crítica al partido como forma de organización. Los movimientos autónomos ponen el énfasis en la praxis política como medio de superar las diferencias ideológicas (Chatterton, 2010). Es decir, aquellos que comparten unas prácticas políticas no tienen por qué compartir posicionamientos políticos homogéneos. La división entre institucionalismo y movimientos autónomos caracteriza las identidades y estrategias de acción de las izquierdas europeas desde al menos el siglo XIX, con la confrontación entre anarquistas y leninistas. Para los institucionalistas, la transformación social se logra a partir de las instituciones, principalmente el partido y el Estado. Por su parte, para los movimientos autónomos, la transformación social se logra a través de la resistencia cultural y la creación de alternativas (Flesher Fominaya, 2007; ídem, 2014, p. 68). En la actualidad estamos asistiendo a la expresión de esta divergencia permanente en la izquierda, que tiende a visibilizarse y tomar relevancia cuando aparece una oportunidad política de participar en el juego del poder político por excelencia en las democracias representativas: el Estado.

Los activistas se enfrentan a conflictos de lealtades políticas y a menudo son acusados de utilizar su participación en el movimiento de forma individualista o de dejarse seducir por el poder de la política convencional. Para algunos activistas, el paso de una esfera a otra supone una ruptura de lo que Geoffrey Pleyers ha denominado como «la vía de la subjetividad» del cambio político, un método de resistencia que busca cambiar el mundo mediante la trasformación individual y la creación de espacios de experiencia alternativos distanciados de la sociedad capitalista, cuya finalidad es permitir a los individuos y colectivos construirse como sujetos y convertirse en actores de su propia vida (Pleyers, 2010, pp. 37-40), si bien el desplazamiento de una dimensión a otra, que a menudo se entiende como un tránsito profanador y genera controversias dentro de algunos movimientos sociales, en este caso parece ser entendido y justificado por la percibida naturaleza híbrida de los nuevos partidos de izquierda. En el caso de JSF, el desplazamiento ha sido facilitado por la naturaleza novedosa de estos nuevos partidos y el surgimiento y popularización de conceptos como «partido-movimiento», que da cuenta de la aparición de imaginarios de fluidez por parte de algunos activistas en relación a los vínculos entre la dimensión institucional y los

espacios autoorganizados de los movimientos sociales. Es necesario añadir que ambas dimensiones (movimientos y partidos) nunca han sido compartimentos estancos y, pese al recelo de muchos, el paso de activistas de movimientos sociales (incluidos los autónomos) a los partidos políticos ha sido una constante histórica.

Conclusiones

Los activistas autónomos no suelen buscar tomar el poder institucional nacional (Katsiaficas, 1997; Holloway, 2002), pero en ocasiones, el desplazamiento de activistas a partidos políticos alcanza grandes proporciones, sobre todo cuando se abre una ventana de oportunidad debido a una crisis de representación y legitimidad en los grandes partidos políticos. En España hemos asistido a este proceso de desplazamiento con la llegada de partidos de izquierdas como Podemos y los movimientos municipalistas. Con el análisis del caso de JSF hemos intentado esclarecer y poner de relieve parte de las dinámicas que constituyen el centro de los debates y tensiones de los movimientos sociales en un contexto de apertura institucional y demanda sistémica de regeneración de los partidos políticos y de la democracia representativa.

JSF es un ejemplo paradigmático de un cambio en los objetivos y discursos de parte de los movimientos sociales. Se ha producido un desplazamiento desde una apuesta por una autonomía innegociable a la participación en el juego electoral. En definitiva, JSF es un ejemplo de un tipo particular de activismo juvenil que supo leer a su favor las dinámicas insertas en el desarrollo de la política institucional madrileña inmediatamente posterior al 15M. Los ideales y canales de comunicación de JSF, así como su intento de conectar narrativamente las condiciones sociales de la juventud española como «la generación precaria» golpeada por la gestión de la crisis y la incompetencia de una élite política, pueden ser vistas como características que presentan una gran afinidad con la izquierda populista. Si JSF ha desembarcado *en masse* en las instituciones es en buena medida porque su programa político y su estrategia «hacia fuera», basada en el deseo de difundir su mensaje con el objetivo de alcanzar al máximo número de personas huyendo del cierre político y social de muchos movimientos sociales, ha encontrado expresión y líneas de continuidad en el espacio de los partidos políticos de la izquierda

post 15M. Desde la sociología de los movimientos sociales, la actual llegada de activistas de los movimientos sociales a los partidos políticos no implica necesariamente el abandono de la distinción categorial entre autonomismo e institucionalismo, pero cuestiona el uso de estas categorías de forma no contextual e invita a repensar el clásico dilema de los movimientos sociales frente a la cooptación.

Bibliografía

Alonso, L. E; Betancor, G., & Cilleros, R. (2015). Nuevos y novísimos movimientos sociales: una aproximación al activismo social en la España actual. En C. Torres (ed.), *España 2015. Situación social*, pp. 1126-1148. Madrid: CIS.

Álvarez-Benavides, A. (2016). Juventud Sin Futuro: précarité, subjectivité et alteractivisme dans la jeunesse espagnole. *Agora débats/jeunesses, 2*, pp. 105-117.

Atkinson, J. D. (2010). *Alternative media and politics of resistance: A communication perspective*. Nueva York: Peter Lang.

Benford, R. D., & Snow, D. A. (2000). Framing processes and social movements: An overview and assessment. *Annual review of sociology*, 26(1), pp. 611-639.

Castells, M. (2013). *Communication power*. Oxford: OUP.

Chatterton, P. (2010). So what does it mean to be anti-capitalist? Conversations with activists from urban social centres. *Urban Studies*, 47(6), pp. 1205-1224.

Della Porta, D. (2015). Del 15M a Podemos: resistencia en tiempos de recesión. *Encrucijadas:* Revista Crítica de Ciencias Sociales, 9 (en línea). http://www.encrucijadas.org/index.php/ojs/article/view/162/146, Acceso 4 de agosto de 2017.

Errejón, I. (2011). Algo habrán hecho bien. Una juventud «sin futuro» pero con estilo. En VV.AA., *Juventud Sin Futuro*, pp. 67-78. Barcelona: Icaria.

Eurostat (2015). Dataset Details Dataset Detail. Unemployment rate by sex and age - annual average %, *Eurostat.* Recuperado el 15 de mayo de 2017 de http://ec.europa.eu/eurostat/en/web/products-datasets/-/UNE_RT_A

Flesher Fominaya, C. (2007). Autonomous movements and the institu-

tional left: two approaches in tension in Madrid's anti-globalization network, *South European Society & Politics, 12(3),* pp. 335-358.
Flesher Fominaya, C. (2014). *Social movements and globalization: How protests, occupations and uprisings are changing the world*. Londres: Palgrave.
Flesher Fominaya, C., & Montañés, A. (2014). Transnational Diffusion Across Time: The Adoption of the Argentinian Dirty War «Escrache» in the Context of Spain's Housing Crisis. En D. Della Porta y A. Mattoni (eds.). *Spreading protest: social movements in times of crisis*, pp. 19-41. Colchester: ECPR Press
FMI (2015). Deuda World economic outlook database 2015 WEO April 2015. Recuperado el 15 de mayo, 2017 de https://www.imf.org/external/pubs/ft/weo/2015/01/weodata/index.aspx
Giugni, M. (2008). Political, biographical, and cultural consequences of social movements. *Sociology Compass*, 2(5), pp. 1582-1600.
Graeber, D. (2013). *The democracy project: A history, a crisis, a movement*. Nueva York: Random House.
Holloway, J. (2014). *Change the world without taking power: The meaning of revolution today*. Londres: Pluto Press.
Juventud Sin Futuro (sin fecha). Sección vivienda, página web. Recuperado el 11 de mayo, 2015 de http://www.noesciudadparajovenes.com/vivienda/index.html#consulta
Juventud Sin Futuro (sin fecha). «Ni paro, ni precariedad». Sección empleo, página web. Recuperado el 11 de mayo de 2015 de http://www.noesciudadparajovenes.com/laboral/index.html
Juventud Sin Futuro (eds.) (2011). *Juventud sin Futuro.* Barcelona: Icaria.
Juventud Sin Futuro (2013). «A vueltas con la población y las pensiones». JSF, 26 de noviembre. Recuperado el 12 de julio de 2015 de http://juventudsinfuturo.net/vueltas-con-la-poblacion-las-pensiones.
Katsiaficas, G. (1997). *The subversion of politics: European autonomous movements and the decolonization of everyday life*. Atlantic Highlands, NJ: Humanities Press.
Meyer, D. S. (1999). How the Cold War was really won: The effects of the antinuclear movements of the 1980s. En M. Giugni, D.M. Adam y G. Tilly (eds.), *How social movements matter*, pp. 182-203.
Morán, M. L. (2005). Viejos y nuevos espacios para la ciudadanía: la ma-

nifestación del 15 de febrero de 2003 en Madrid. *Política y Sociedad*, 42 (2), pp. 95-113.
Pleyers, G. (2010). *Alter-globalization: Becoming actors in a global age*. Cambridge: Polity Press.
Pleyers, G. & Álvarez-Benavides, A. (2018). La producción de la sociedad a través de los movimientos sociales. *Revista Española de Sociología*, 27.
Romanos, E. (2016). From Tahrir to Puerta del Sol to Wall Street: The Transnational Diffusion of Social Movements in Comparative Perspective, *Reis: Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 154, pp. 103-118.
Roos, J. E., & Oikonomakis, L. (2014). They don't represent us! The global resonance of the real democracy movement from the indignados to occupy. En D. Della Porta y A. Mattoni (eds.). *Spreading protest: social movements in times of crisis*, pp. 117-136. Colchester: ECPR Press.
Standing, G. (2011). *The Precariat. The New Dangerous Class*. Londres: Blomsbury Academic.
Standing, G. (2014). The Precariat. The new dangerous class. *Amalgam*, 6(6-7), pp. 115-119.
Tarrow, S. G. (2011). *Power in movement: Social movements and contentious politics*. Cambridge: Cambridge University Press.
Tejerina, B. (1998). Los movimientos sociales y la acción colectiva: de la producción simbólica al cambio de valores. En B. Tejerina y P. Ibarra (eds.), *Los movimientos sociales: transformaciones políticas y cambio cultural*, pp. 111-138. Madrid: Trotta.
Tejerina, B. (2010). *La sociedad imaginada. Movimientos sociales y cambio cultural en España*. Madrid: Trotta.
Tilly, C. (1978). *From Mobilization to Revolution*. Nueva York: McGraw-Hill.
Tilly, C. (1984). *Big Structures, Large Processes, Huge Comparisons*. Nueva York: Sage.

CUARTA PARTE

MOVIMIENTOS SOCIALES EN EL ESPACIO. UNA MIRADA INTERNACIONAL

DE LA REVOLUCIÓN PINGÜINA A LA ARENA DE LA GRATUIDAD. BALANCE DE 10 AÑOS DE LUCHAS ESTUDIANTILES EN CHILE (2007-2017)

Juan Pablo Paredes

Presentación

El propósito de este trabajo, a partir de un análisis de caso de la movilización estudiantil universitaria en Chile post 2006[1], es elaborar una periodización comprensiva del proceso de movilización de la última década (2007-2017). Mi tesis es que el ciclo de luchas estudiantiles de los últimos diez años repolitizó la sociedad chilena después de un periodo de pasividad política contenciosa (1990-2005), reducida a su expresión electoral, generando una serie de consecuencias político-culturales –entre las más relevantes, el registro de lo público en relación a la educación y el registro de la subjetividad colectiva de los actores movilizados–, sin por ello lograr cambiar la lógica política-institucional elitista imperante desde el retorno a la democracia.

Para desarrollar la tesis seguimos la siguiente estrategia argumentativa. Luego de una breve contextualización (1), propongo un ejercicio descriptivo-comprensivo del ciclo de protestas estudiantiles mediante una periodización en tres fases (2). Un primer momento corresponde al ciclo 2007-2010,

1 El artículo es una primera versión de un trabajo enmarcado en una investigación mayor, en proceso de ejecución, que contempla el ciclo de movilización estudiantil 2012-2017.

cuyo foco es la reconfiguración de un modo de identificación colectiva crítica al modelo mercantil de educación bajo la presencia del «movimiento pingüino», que genera condiciones infraestructurales para la constitución de una subjetividad política novedosa posterior (A). El segundo momento, desde 2011 hasta 2013, cuyo foco son las manifestaciones públicas y *performances* callejeras, fomentando y viralizando –en la ciudadanía– tanto un vocabulario y unas prácticas legitimadas públicamente, como un modo de identidad política antagónica a la clase política (B). En tercer lugar, el periodo 2014-2017, donde se observa la configuración de una arena pública e institucional en torno al problema de la educación pública y su limitación a la arista de la gratuidad universitaria, lo que trae consecuencias para el sujeto estudiantil (C). Finalmente, a modo de cierre del escrito, realizo una evaluación de la politización estudiantil del ciclo 2007-2017, señalando que a pesar de la potencia político-cultural del ciclo de protestas estudiantiles, este no alcanza para modificar la lógica político-institucional instaurada luego de la transición (3).

Metodológicamente, el texto se funda en los principios de los estudios cualitativos, utilizando la observación etnográfica, entrevistas y el análisis de documentos para realizar la periodización y desplegar una aproximación comprensiva del proceso-caso. La estrategia de comunicación se sustenta en la investigación ensayística propuesta por J. Gusfield (1981).

La mercantilización de la educación chilena y la gramática de la gobernabilidad

La dictadura militar chilena (1973-1989) llevó a cabo una serie de transformaciones sociales de tipo estructural, desde fines de la década de 1970, implementando un modelo neoliberal de desarrollo que reemplazó al anterior modelo nacional-popular (Ruiz & Boccardo, 2014). El eje de este modelo son la privatización de lo público y la mercantilización de lo social (Gárate, 2012; Undurraga, 2014), dándole al mercado la predominancia para el reparto eficaz y eficiente de recursos en desmedro del Estado, que asume un mero rol subsidiario y limitando su cara social. El caso chileno se presenta como una de las primeras experiencias neoliberales del mundo (Harvey, 2007), constituyéndose como un «laboratorio» de instauración del modelo. M.

A. Garretón señala que «el objetivo del modelo neoliberal en Chile, como es sabido, fue erradicar completamente el modelo socioeconómico prevaleciente en el país (…). Pero también, se trató de un esfuerzo fundacional para crear una economía de libre mercado» (Garretón, 2012, p. 74). En una línea similar, F. Escalante (2016) identifica al neoliberalismo como un programa intelectual y un programa político, lo que le da fuerza tanto a nivel ideológico como institucional.

La operación de instauración jurídica y política del neoliberalismo en Chile se produce con la Constitución de 1980, que funda una nueva estructura sociopolítica y económica para el país, y donde la nueva relación entre política, sociedad y mercado queda sellada. Para Cristi (2011, p. 170), la constitución de 1980 «se convierte el instrumento deconstructivo para para allanar y desbrozar el terreno constitucional. Es, asimismo, el instrumento constructivo que delinea la nueva institucionalidad que reemplaza a la que se ha construido». Con la puesta en marcha legal del modelo –1980–, comienza un importante ingreso de capitales extranjeros a través de la privatización de empresas estatales y la banca. Asimismo se realizaron reformas sociales en áreas prioritarias como la legislación laboral, el sistema de pensiones, la salud y la educación (Gárate, 2012), las que pasaron a tener una lógica mercantil. Entonces, al decir de algunos autores, el giro neoliberal chileno rompió con el anterior modelo de desarrollo nacional-popular, modificando la composición de la estructura social del país (Ruíz & Boccardo, 2014).

La dictadura, con su cara represiva, intentó disolver todo vestigio de oposición organizada de la sociedad civil que fuese vista como amenaza, sin lograrlo del todo (Bastías, 2012), reapareciendo el pueblo en la lucha de los años 80, en el llamado ciclo de protestas nacionales (Bravo, 2016; De la Maza & Garcés, 1985), contra la violación de los derechos humanos y la profunda crisis económica de la época. No obstante, fue una vuelta momentánea, y luego de la recuperación de la democracia electoral se cae en la pasividad o la desidia. La democracia retornó, pero bajo el manto del orden institucional, la gobernabilidad democrática, el consenso político y la erradicación del conflicto (Paredes, 2011), lo que significó a juicio de algunos autores una despolitización de la sociedad (Silva, 2009; Paredes, 2011; Báez-Urbina, 2017).

Con el retorno a la democracia se profundizó el modelo social impuesto en la dictadura y se produjo un cierto déficit de ciudadanía, relegada al endeu-

damiento y el consumo, que comenzó su atomización e individualismo vía un proceso de descolectivización creciente (Báez-Urbina, 2017). Los espacios de socialización pasaron de la comunidad a centros comerciales y de servicios (Tironi, 1999), produciéndose un ciudadano de tipo *credit card* (Moulian, 2002). La política del consenso, desde 1990, definió que el periodo transicional fuese sellado por el dictum de «la medida de lo posible» en materias como justicia, igualdad, reconocimiento y derechos fundamentales. Esto es en la medida que el consenso y el orden institucional lo permitiesen para controlar la amenaza del conflicto. Una democracia en la medida de lo posible que buscaba no abrir heridas del pasado para evitar cualquier situación conflictiva. El manto del orden se tomó la escena democrática, consolidado en la década siguiente bajo idea de gobernabilidad.

«Las instituciones funcionan» fue el corolario a la medida de lo posible. Con ello se consolida la democracia del pacto entre la élite político-económica (Fuentes, 2013) y se instituye una gramática pública institucionalista y no-ciudadana: la gramática de la gobernabilidad, expresada en las semánticas del consenso, del orden y de la institucionalidad (Paredes, 2018). «Democracia de los acuerdos» fue el nombre dado al proceso, que pasó a ser una aburrida promesa de tiempos mejores («La alegría ya viene») expresada como un letargo político ciudadano. Pero algo comenzó a cambiar a partir de 2006.

La crisis de la educación de mercado y las demandas estudiantiles

El movimiento estudiantil no fue ajeno a la lógica transicional y vive una fase de moderación posterior al regreso de la democracia. Sus dirigentes a nivel nacional, en su mayoría militantes de la Concertación de Partidos por la Democracia, mantienen una posición pasiva respecto a las reformas neoliberales que definen la educación de mercado. No fue hasta 1997-1998, segundo gobierno de la Concertación, cuando por primera vez el estudiantado logra aunar fuerza y masividad (Von Bulow & Donoso, 2017), luchando contra leyes que reafirmaban la mercantilización de la educación (Riffo, 2013). Durante «el Mochilazo», en 2001, miles de estudiantes protestan en las calles por el alto costo del pase escolar del transporte público, que atentaba directamente contra familias pobres y de clase media (Aguilera, 2010), reafirmando los efectos de segregación y desigualdad producto de la educación mercanti-

lizada. Estos efectos desiguales se vieron intensificados con la creación del crédito con aval (CAE), en 2006, paradojalmente diseñado para superar la brecha en el acceso a la educación superior de las familias más vulnerables (Kremerman & Paéz, 2016).

En 2006 emergió la «Revolución Pingüina», la gran movilización de los estudiantes secundarios, durante el primer gobierno de M. Bachelet, que posicionará en la esfera pública la idea de «crisis en la educación» (Ruiz, 2015; Paredes, 2018). Su objetivo central fue la derogación de la Ley Orgánica Constitucional de Educación (LOCE), exigiendo al Estado un rol más activo y menos subsidiario, terminando con el lucro en la educación, además de poner fin a la municipalización de la educación primaria y secundaria (Ruiz, 2015). Es decir, apuntan las primeras señales de una educación como derecho y no como bien de consumo.

Ese año redefine las coordenadas de la lucha estudiantil gracias a la capacidad de la movilización pingüina de impactar la opinión pública y la agenda política en torno al problema educacional. A partir del hito 2006 planteo una posterior periodización de tres momentos en torno al ciclo que va desde 2007 hasta 2017 en la movilización estudiantil chilena. Estos son los siguientes.

El periodo de la reconfiguración estudiantil. 2007-2010

Durante los años 2006-2007 el repertorio de movilización estudiantil se refresca, diferenciándose de lo sucedido en las grandes protestas nacionales de los años 80, incorporando tomas de establecimientos educacionales y liceos con el uso de redes sociales (fotologs) y el uso de *performances* festivas, debido a la fuerte represión vivida por los estudiantes secundarios en las protestas de 2006. En 2008, secundarios y universitarios se movilizaron en contra de la promulgación de la Ley General de Educación (LGE), diseñada en respuesta a la Revolución Pingüina, pero que no considera sus propuestas de transformación de la educación. La respuesta estudiantil fue rápida y los liceos «emblemáticos» fueron tomados por los estudiantes en rechazo al proyecto de ley. No obstante, contra los intereses del movimiento, el año 2009 se promulgó de todas formas la LGE. Paralelamente, entre los años 2000 y 2011 el endeudamiento de los estudiantes por el uso de créditos con altos

intereses, administrados por la banca privada y con el aval del Estado, como el CAE, siguió aumentando (Kremerman & Páez, 2016), llegando a pagar el Estado a la banca la cifra de 3,1 billones de pesos por la compra de créditos CAE durante el periodo 2006-2017 (Fundación Sol, 2018).

Una de las secuelas más relevantes del periodo fue el resurgir de los espacios educacionales –secundarios y universitarios- como lugares de experiencia política y de politización (Pleyers, 2018) mediante sociabilidades politizadas y críticas. Los liceos y las universidades se vuelven espacios de disputa, competencias, alianzas y proyecciones entre actores diversos y diferentes, que comienzan a generar reflexiones, análisis, deliberaciones y diagnósticos sobre la situación estudiantil y el estado de la educación chilena. Si bien la movilización decae en su expresión pública en 2008, dando paso a un periodo de latencia, el proceso infraestructural del mundo estudiantil se verá reforzado en este periodo, potenciando las posibilidades de configurar un actor colectivo (Pleyers, 2018).

Por otro lado, durante 2010 asume la presidencia Sebastián Piñera, representante de la centroderecha chilena, poniendo fin a cuatro periodos presidenciales de la centroizquierda. Bajo la perspectiva de algunos autores, este hito abre una ventana para la movilización social y la politización, al no existir un intermediario directo en el gobierno para canalizar el descontento en la ciudadanía (Luna & Toro, 2013; Segovia & Gamboa, 2012). De todas formas, lo que destaca en el periodo, a mi juicio, es la capacidad de movilización de los estudiantes en torno a un objetivo común, forjada desde 2006, ocupando la calle y el debate público-mediático, por sobre la estructura de oportunidades políticas debido al cambio de gobierno.

La movilización estudiantil en la calle y la educación pública gratuita. 2011-2013

Durante todo 2011 se realizaron masivas marchas plagadas de acciones artísticas y carnavalescas; la creatividad en las formas de manifestación y la pluralidad de cursos de acción fue la tónica del proceso. Con el correr de los meses, las manifestaciones fueron escalando en masividad y radicalización, en una ola progresiva de acciones de protesta. Paros y tomas de universidades y liceos en todo Chile, además de un conjunto de acciones lúdicas y perfor-

mances creativas, junto a acciones más tradicionales de protesta como las barricadas, los «banderazos» y «cacerolazos», e incluso la huelga de hambre, definieron un repertorio de carácter confrontacional, lúdico y heterogéneo que caracterizará la manifestación pública estudiantil. No obstante la plétora de actuaciones, el recurso más característico del repertorio de protesta fue la marcha (Cuevas & Paredes, 2018). Bajo una coordinación nacional a través de la CONFECH (Confederación Nacional de Estudiantes de Chile) y con la participación de organizaciones de estudiantes secundarios (Asamblea Coordinadora de Estudiantes Secundarios y la Coordinadora Nacional de Estudiantes Secundarios), la movilización en su plano organizativo funcionó bajo el formato de asambleas periódicas en el que se toman decisiones sobre diversos temas, previamente discutidos en las bases universitarias y secundarias, lo que muestra una de las influencias de 2006 (Aguilera, 2010).

De tal forma, los estudiantes toman el protagonismo público al lograr resonancia nacional con la consigna «Educación Pública, Gratuita y de Calidad», logrando importantes índices de convocatoria, organización y adhesión ciudadana. Inscriben además en el lenguaje cotidiano la idea de «Fin al lucro», logrando que miles de chilenos se solidarizaran con la causa estudiantil, sintiéndola propia (Garcés, 2012). La tesis política del movimiento estudiantil señalaba la existencia de un modelo económico, social y político injusto que reproduce constantemente la desigualdad. Para el ex dirigente estudiantil Francisco Figueroa, el «malestar que subyace a la revuelta estudiantil excede por mucho el problema educacional y hunde sus raíces en la creciente desigualdad y la privatización de nuestras condiciones de vida» (Figueroa, 2012, p. 71).

En materia de agenda política y de opinión pública, el año 2011 significó un giro ciudadano. Entre mayo y diciembre de ese año, el principal tema de interés nacional fueron las acciones que el movimiento estudiantil realizaba públicamente, cada semana. Desde el gobierno, y en respuesta a la presión estudiantil y mediática, surgen una serie de medidas, que fueron insuficientes para el movimiento. Tal insatisfacción con las respuestas ocasionó la rotación de tres ministros de Educación en un periodo de tres años. El Ministerio de Educación tuvo salidas improvisadas al conflicto, sumado a una crisis de credibilidad reflejada en una brusca caída de la aprobación del gobierno, que llegó a un 30% en el mes de julio (Adimark, 2011). En tanto que el movi-

miento estudiantil mostraba cada día un mayor fortalecimiento, llegando a tener más de un 80% de apoyo ciudadano (Salazar, 2012).

A partir de 2011, la manifestación pública se convierte en una herramienta de uso masiva, que le entrega a la ciudadanía la posibilidad de intervenir en el juego político vía presión social. Las movilizaciones estudiantiles continuaron por los próximos dos años y, aunque pierden intensidad, marcaron la ruta hacia la politización de la sociedad mediante la lucha por la educación pública y el fin al lucro (Paredes, 2015); politización que se expande rápidamente por la sociedad chilena en los años siguientes (Informe Desarrollo Humano Chile, 2015; Ruiz, 2015).

Es posible definir el periodo 2011-2013 como el de la protesta social y la lucha en la calle. Un periodo disruptivo que logró posicionar el conflicto por la educación en el espacio público. Se pueden identificar tres *outcomes* culturales, relevantes para formular la crítica legítima de la mercantilización en la educación. Estos son:

a) Algunas modalidades de manifestación pública adquieren legitimidad social, especialmente las marchas carnavalescas y otras formas de actuación lúdica como los *flashmob*, las ocupaciones y los cacerolazos, entre otras. Estas modalidades materializaron públicamente sus afectos (un estado de ánimo volcado a la movilización), lo que será recurrente en años posteriores por otros grupos sociales; pero también sus efectos institucionales en la política y la educación.

b) La movilización estudiantil, al publicitar la defensa de la educación pública, inscribe en lo social su propio vocabulario, el de los derechos sociales, la gratuidad y el fin de la mercantilización, logrando la legitimización social de su causa y de otras causas, en clave de los derechos y los bienes públicos. El cántico «la educación chilena / no se vende / se defiende» expone con claridad lo que señalamos.

c) Por último, desde su puesta en escena, la movilización produce una identidad pública consistente y coherente durante el periodo, proyectándola al futuro, generando solidaridad colectiva y reconocimiento mutuo, que van conformando su identificación colectiva cristalizada en las protestas («somos

estudiantes en la lucha»). Pero también permitió otras dos definiciones que refuerzan su identidad pública: los antagonistas en tanto responsables de la crisis (clase política, Estado y sus fuerzas de orden, empresarios, medios de comunicación masiva); un tercer actor, abstracto (la sociedad) o concreto (la ciudadanía), frente a quien se generaliza la demanda de la educación pública.

La arena de la gratuidad y la reforma educativa. 2014-2017

A partir de 2014, la crisis de la educación pasa de la lucha en la calle al debate institucional. El segundo gobierno de la presidenta Bachelet (2014-2018) incorpora la demanda estudiantil en su programa de gobierno, formando la triada de compromisos democráticos por las que fue electa. Reforma de la educación, reforma tributaria y reforma constitucional eran las claves ciudadanas con las que el gobierno enfrentaría la mercantilización de la sociedad, rompiendo los legados de la dictadura. Sin embargo, el proceso se diluyó a partir del gobierno de la Nueva Mayoría, al pasar de la idea de la gratuidad a su implementación.

Este tercer periodo, 2014 a 2017, se caracterizó por el «problema público de la Educación Superior», mediante la configuración de una arena político-institucional y luego público-mediática, integrada por diferentes actores sociales, técnicos y políticos que intentan definir y orientar el problema de la educación, sustituyendo a la calle como el espacio de las expresiones críticas. Con ello, los estudiantes fueron desplazados como actores privilegiados del conflicto. La influencia del estudiantado disminuyó significativamente durante los dos primeros años, pasando el mundo técnico y especializado a tener la palabra, mientras que las decisiones pasaron a la política y sus actores.

En 2016 se implementó una forma de gratuidad administrativa –por glosa parlamentaria– que no cambió la lógica mercantil de la educación, no eliminó el CAE y terminó reforzando el funcionamiento de la educación como bien de consumo al financiar a estudiantes de universidades privadas sin fortalecer la educación pública (Kremerman & Páez, 2016). El año siguiente, las reformas fueron revisadas y discutidas en el Parlamento, aunque su funcio-

namiento mantuvo el patrón anterior. El gobierno planteó una estrategia de división de propuestas frente al conflicto. Por un lado, se realiza una Reforma de Educación Superior que pone énfasis en temas de la gratuidad y la calidad, que incluye a todo el sistema universitario. Por otro, se propone una reforma orientada a las universidades del Estado, como forma de salvar la deuda por el abandono de ellas al juego del mercado.

En relación a la reforma de la educación superior, las ideas originales sufrieron varios traspiés, generando varias indefiniciones y confusiones frente al tema. No obstante, el gobierno fue capaz de desplazar al movimiento estudiantil de la propiedad del problema, que casi desaparece de la agenda pública en 2017, luego de un errático 2016, instituyendo una arena institucional político-legislativa en la que participan además del gobierno, la clase política, los rectores de las universidades (públicas, de orientación pública y privadas) y expertos en educación, así como otras organizaciones ciudadanas ligadas al mundo estudiantil (deuda educativa, por ejemplo). Esto ha implicado que existe una disputa permanente por la propiedad del problema de la educación, al que finalmente el gobierno y la clase política pudieron perfilar como un problema de gratuidad, dejando en suspenso el carácter público de las universidades, así como en indefinición la bancarización y el fin del CAE. Y aunque se penaliza el lucro, este es repuesto a inicios de 2018 por el Tribunal Constitucional mediante la derogación del artículo 63 de la Reforma, que excluía a controladores que lucraban con la educación universitaria. Se mantiene el subsidio a la demanda con fondos públicos a instituciones de «orientación pública» que cuenten con la suficiente calidad, vía gratuidad, siempre que existan los recursos necesarios para otorgarlo.

Así, el vocabulario de los derechos fue reconducido al lenguaje neoliberal, travistiendo los significados propuestos por la movilización estudiantil (gratuidad universal), con lo que la causa estudiantil y su lógica de los derechos se vuelve difusa, aunque ahora está consignada en la ley. Por otro lado, el actor colectivo «estudiantes movilizados» ha perdido influencia pública y respaldo ciudadano; por ende, sus acciones no cuentan con la resonancia del momento anterior y su incidencia decrece fuertemente. Sin embargo, el proceso aún se encuentra abierto, pues a inicios de 2018 comenzó a verse la implementación de la Reforma de Educación Superior y en años venideros se verán algunos de sus efectos, junto con la discusión en la arena mediática,

reforzando su tratamiento como problema público (Gusfield, 1981). Aunque la agenda 2018 ha tenido nuevamente al mundo estudiantil en la calle, ha sido colonizada la protesta por las demandas feministas hacia una educación no sexista en las universidades y los colegios, consiguiendo el debate de la reforma un respiro momentáneo.

Del problema público a la subjetivación política estudiantil. A modo de conclusión

Entonces, como parece preguntarse algún analista (Guzmán-Concha, 2017), ¿perdieron los estudiantes al desperfilarse la demanda de la educación pública gratuita en un proyecto de gratuidad separado de la reforma a la educación estatal?

De concentrarnos solamente en el plano institucional y los efectos en política pública, la respuesta tiende a ser afirmativa. Al plantearse como un conjunto de reformas, la educación y su destino es tema de controversia público-mediática entre diferentes actores –estudiantes, rectores, académicos, *think tanks*, expertos, partidos políticos, legisladores, gobierno– que han definido la gratuidad como arena de conflicto, eclipsando la arista problemática del estatuto público de la misma, remitiéndola a un segundo plano. El lenguaje de la calidad neoliberal nunca fue cuestionado y terminó por redefinir retroactivamente toda la demanda de «educación pública, gratuita y de calidad (neoliberal)». La lógica institucional instaurada desde el retorno a la democracia, de carácter elitista y tecnocrático, sigue operando, aunque con sus matices y variaciones. Aunque ambos gobiernos de M. Bachelet han intentado abrir espacios de participación ciudadana en la deliberación y decisión de políticas, los cambios no han sido los suficientemente profundos para transformar la lógica.

Sin embargo, al cambiar el *zoom* de la mirada, otra respuesta puede darse. Aunque el derecho a la educación, tal como fue formulado por la causa estudiantil, ha quedado bastante desperfilado y los logros institucionales pueden ser cuestionados, mi hipótesis es que el principal legado de la movilización estudiantil en el ciclo 2007-2017 ha sido un proceso de subjetivación política que desplegó en el terreno educacional. Mediante la politización de tales espacios, los actores estudiantiles se han configurado políticamente de otro

modo, pasando de la pasividad y de la lógica clientelista a la conformación de presencias colectivas críticas que quieren disputar el presente.

Tal politización se ha difundido por el espacio social, contagiando a otros actores sociales y a la ciudadanía, reforzando la crítica de la mercantilización de la vida social, al tiempo que se fomentan nuevas causas sociales en aras de la democratización de la sociedad. La movilización social y ciudadana No+AFP o el Frente Amplio son ejemplos de lo anterior. Sin embargo, considero que la movilización feminista actual es la que mejor representa los alcances del proceso de subjetivación política derivado del ciclo de protestas estudiantiles post 2007.

La causa feminista ha estado presente de manera incipiente desde la revolución pingüina, pero ha sido en el breve ciclo 2014-2017 que ha generado la infraestructura adecuada –entre ello, la constitución de una subjetivación política antagonista y confrontacional– para su emergencia en 2018. En el momento en que la causa estudiantil por la educación pública fue institucionalizada, la potencia feminista irrumpió en las universidades y liceos, para años más tarde difundirse por la sociedad. El mayo feminista chileno (Zerán, 2018) deja ver la senda de una subjetivación vía politización y conflicto, cuya huella comenzó en el otoño de 2006.

Bibliografía

Adimark (2011). *Encuesta Evaluación gestión de Gobierno*. Julio.

Aguilera, O. (2010). Acción colectiva juvenil: De movidas y finalidades de adscripción. *Nómada*, 32, pp. 81-9.

Báez-Urbina, F. (2017). Diseño institucional y neoliberalismo. El modelo chileno como resultado del quiebre unilateral del contrato social. *Papers* 102 (3), pp. 449-476.

Bastías, M. (2013). *Sociedad civil en dictadura. Relaciones trasnacionales, organizaciones y socialización política en Chile*. Santiago: UAH.

Bravo, V. (2017). *Piedras, barricadas y cacerolas. Las jornadas nacionales de protesta, Chile 1983-1986.* Santiago: UAH.

Cristi, R. (2011). *El pensamiento político de Jaime Guzmán: Una biografía intelectual*. Santiago: LOM.

Cuevas, H. & Paredes, J.P (2018). Esfera pública, actos de ciudadanía y arenas

públicas: La redefinición de la educación y del espacio público por las protestas estudiantiles en Santiago (2011-2015). En Del Valle, N. (ed.), *Transformaciones de la esfera pública en el Chile neoliberal. Luchas sociales, espacio público y pluralismo informativo*, pp. 39-68. Santiago: RIL.

De la Maza, G. & Garcés, M. (1985). *La explosión de las mayorías. Protesta nacional 1983-1984.* Santiago: ECO.

Donoso, S. (2016). When social movements become a democratizing force: The political impact of the student movement in Chile. En Thomas D., Holly E. & Peña, A. (eds.), *Protest, social movements and global democracy since 2011: New perspectives*, pp. 167-196. Bingley: Emerald Group.

Escalante, F. (2016). *Historia mínima del neoliberalismo*. Madrid: Turner/ Colmex.

Figueroa, F. (2013). *Llegamos para quedarnos. Crónica de la revuelta estudiantil.* Santiago: LOM.

Fuentes, C. (2013). *El pacto*. Santiago: Ediciones UDP.

Fundación SOL. *CAE 2018: Endeudar para gobernar y mercantilizar*. Recuperado de http://www.fundacionsol.cl/estudios/cae2018.

Gárate, M. (2012). *La revolución capitalista de Chile (1973-2003)*. Santiago: UAH.

Garcés, M. (2012). *El despertar de la sociedad: Los movimientos sociales en América Latina y Chile*. Santiago: LOM.

Garretón, M. A. (2012). *Neoliberalismo corregido y progresismo limitado. Los gobiernos de la Concertación en Chile, 1990-2010*. Santiago: ARCIS/CLACSO.

Gusfield, J. R. (1981). *The culture of public problems. Drinking, driving and the symbolic order*. Chicago: The University of Chicago Press.

Guzmán-Concha, C. (2017). Undoing the neoliberal higher education system? Student protest and the Bachelet reforms in Chile. *World social and economics review of contemporary policy issues*, 8, pp. 32-43.

Harvey, D. (2007). *Breve historia del neoliberalismo*. Madrid: Akal.

Kremerman, M. & Paéz, A. (2016). Endeudar para gobernar y mercantilizar. El caso del CAE. *Documentos de trabajo Fundación Sol*. Santiago: Fundación Sol.

Luna, J. & Toro, S. (2013). Protesta social en Chile: Causas y posibles consecuencias. *Lapop, 96*. ICP- PUC y Vanderbilt University. Disponible en:

https://www.vanderbilt.edu/lapop/insights/IO896es.pdf
Moulian, T. (2002). *Chile actual: Anatomía de un mito*. Santiago: LOM.
Paredes, J. P. (2011). Ciudadanía, participación y democracia. Deuda y déficit en los 20 años de «democracia» en Chile. *Polis 28* (10), pp. 474-499.
Paredes, J. P. (2015). No les pidas más de lo que pueden dar, menos tampoco. Ya extienden lo posible. Notas sobre la politicidad y la politización de la movilización estudiantil 2011-2013. En Báez, F.; Cancino, L. & Paredes, J. P. (eds.). *Acción colectiva y movimientos sociales: Disputas conceptuales y casos recientes*, pp. 159-174. Valparaíso: Punta Ángeles/UPLA.
Paredes, J. P. (2018). En la calle y sin permiso, yo me educo y organizo. La manifestación por la Educación Pública como forma de politización de la juventud chilena. En Torres, R. (ed). *Juventud, espacios públicos y participación en Chile y América Latina*, pp. 31-55. Santiago: UCEN/RIL.
Pleyers, G. (2018). *Movimientos sociales del Siglo xxi. Perspectivas y herramientas analíticas.* Buenos Aires: CLACSO.
Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo. (2015). *Informe Desarrollo Humano en Chile. Los tiempos de la politización.* Santiago: PNUD-Chile.
Riffo, M. (2013). Movimiento estudiantil, sistema educativo y crisis política actual en Chile. *Polis* 12 (36), pp. 223-240. https://dx.doi.org/10.4067/S0718-65682013000300010.
Ruiz, C. (2015). *De nuevo la sociedad*. Santiago: LOM.
Ruiz, C. & Boccardo, G. (2014). *Los chilenos bajo el neoliberalismo. Clases y conflicto social*. Santiago: El desconcierto.
Salazar, G. (2012). *Movimientos Sociales en Chile*. Santiago: Uqbar.
Segovia, C. & Gamboa, R. (2012). Chile el año que salimos a la calle. *Revista de Ciencia Política*, Vol. 32, (1), pp. 65-85. https://dx.doi.org/10.4067/S0718-090X2012000100004.
Silva, E. (2009). *Challenging neoliberalism in Latin American*. Nueva York: Cambridge University Press.
Tironi, E. (1999). *La irrupción de las masas y el malestar de las élites*. Santiago: Grijalbo.
Undurraga, T. (2014). *Divergencias. Trayectorias del neoliberalismo en Argentina y Chile*. Santiago: UDP.
Von Bülow, M. & Donoso, S. (2017). Introduction: Social movements in contemporary Chile. En Donoso, S. & Von Bülow, M (eds.), *Social Move-*

ments in Chile: Organization, trajectories, and political consequences, pp. 3-28. Nueva York: Palgrave.
Zerán, F. (2018). Escrituras rebeldes para tiempos de cambio. En Zerán, F. (ed). *El mayo feminista chileno. La rebelión contra el patriarcado*, pp. 9-20. Santiago: LOM.

Agradecimientos

Este texto ha sido posible gracias al apoyo del Conicyt en Chile bajo el financiamiento del Proyecto Fondecyt Postdoctorado N° 3170504.

LOS MOVIMIENTOS SOCIALES QUE BROTAN DEL MARGEN: SUJECIÓN Y PROTESTAS EN EL BRASIL CONTEMPORÁNEO

Milena Silvester

Presentación

Desde agosto de 2016, Brasil vive un estado de excepción. La excepcionalidad, según Aganbem (2004), es el exponente más actual del capitalismo neoliberal y de su representación política en contexto de profunda crisis del capital rentista que se inició en 2008. Consiste en la supresión de los referentes democráticos y su sustitución por dispositivos no representativos en la constitucionalidad vigente. Los efectos de la crisis del capitalismo global y la necesidad de reordenamiento del poder a nivel mundial tuvo lugar en América Latina a partir del año 2010 con repetidos ataques de las fuerzas internacionales a los gobiernos con sesgos progresistas. Los casos de los golpes parlamentarios que tuvieron lugar en Honduras (2009), Paraguay (2012) y Brasil (2016) reflejan la crisis política que está generado profundas inestabilidades sociales en el momento actual en Latinoamérica. Puntualmente en Brasil, la estrategia fue la orquestación entre el parlamento, los medios de comunicación y el poder judicial para producir los hechos de improbidad política y administrativa. El *impeachment* de una presidente mujer y el bloqueo de las políticas progresistas han sido sucedidos por el retorno del conserva-

durismo que actualiza la cara más brutal del neoliberalismo colonialista en Brasil. Como efecto, crece la organización de la sociedad civil al tiempo que vemos propagarse los episodios populares de protesta.

Con Isabelle Stengers (2000) podemos decir que la ciencia tiene diferentes lados y que la objetividad de los fenómenos científicos está siempre comprometida con la mirada de quien construye el conocimiento. Si concordamos en que la ciencia debe quitarse de sus pretensiones de universalidad, conviene, de inicio, asumir el lado desde donde uno habla. Este estudio asume el lado de las epistemologías disidentes. Nos referimos a las epistemes de aquellos colectivos sociales que no ocuparon los espacios autorizados por donde se ha construido el ideal de nacionalidad brasileña (los espacios de producción de conocimiento, de la memoria, de la identidad, de la política y de las leyes), y por esto sufren más directamente los efectos de los actuales cambios político-económicos en Brasil. Analizar las protestas de los grupos marginales en el actual contexto brasileño exige, por lo tanto, un posicionamiento. El posicionamiento epistémico, aunque lo refleja, en nada se confunde con el posicionamiento político. Asumir el lado en la ciencia significa únicamente identificar el lugar desde donde uno habla y asumir que el conocimiento es siempre situado y *encarnado*. Como nos dice Donna Haraway (1995, p. 21), la ciencia «trata de la localización limitada y de conocimientos localizados, no de la trascendencia de la división entre sujeto y objeto, de modo que pueda volverse responsable por lo que aprendemos a ver».

Partiendo de un posicionamiento, el estudio trata de los movimientos de protesta en Brasil irrumpidos en el margen de la sociedad brasileña para hacer frente a los mecanismos de interrupción del flujo legal de los procesos políticos hegemónicos. En el momento actual, en que el gobierno post *impeachment* acciona el conjunto del aparato estatal para promover los intereses del capital a nivel nacional y mundial en perjuicio de los derechos sociales de los pueblos originarios, de afrodescendientes y de trabajadores empobrecidos en general, la irrupción de un neoconservadurismo nos aproxima a la muerte en su más amplia designación.

Si de un lado tenemos un movimiento que genera patrones de existencia con los cuales toda forma de vida tiene que identificarse, de otro tenemos un movimiento de diferenciación a los patrones impuestos, los cuales ponen en marcha estrategias de resistencia, de defensa de la vida y de sus formas

de existir. El estudio enfoca las luchas que se traban en el Brasil actual para asegurar el derecho a diferenciarse. El texto se acerca al universo de las resistencias en Brasil, tomando como referencia el escenario que sucedió al golpe parlamentario en este país.

Sobre codificaciones estatales, modernidad y colonialidad

Yendo hacia una definición filosófica e histórica del Estado moderno llegamos a una concepción –muy básica y generalista, por supuesto– que lo define como entidad capaz de dar pasaje a los flujos del capital imprescindible para la constitución de las sociedades de mercado. El Estado, este ente al mismo tiempo protagonista, mediador e indispensable a la formación del capitalismo, alcanza sus propios formatos y vicisitudes históricas en cada territorio-nación. En este apartado realizamos un breve recorrido histórico en la formación del Estado brasileño, sus personajes y sus intereses.

Aunque haya una advertencia muy recurrente que dice más o menos lo siguiente: «que las sociedades y los hombres son signatarios de su tiempo», nos parece necesaria una mirada bidireccional que establezca las conexiones entre el pasado y las condiciones de existencia en el presente. Pese a que en la advertencia esté implícita la idea de que no debemos volver a tiempos remotos para explicar fenómenos actuales, entendemos que es la relación del presente con el pasado lo que da una explicación aceptable a los hechos recientes en Brasil. Hablar de los Estados en Latinoamérica sin tocar «las venas abiertas», como nos dijo Galeano (2001), por los emprendimientos coloniales en el seno de la formación capitalista, no es lo más adecuado. Esto, porque la inserción del Estado colonial brasileño en el escenario de la economía mundial mucho nos dice respecto de la producción de subjetividades colectivas y de las agencias de los actores sociales en la actualidad, incluso sobre la *no acción* de muchos segmentos sociales.

Hablar de colonización es hablar de apropiación y, por consiguiente, de control. La primera forma de apropiación colonial en América Latina fue la del territorio. La disputa por el territorio produjo los primeros conflictos territoriales que ha tramado una compleja red que enfrentó a los Estados coloniales entre sí, y con los pueblos originarios. La salida de los primeros para contener a los segundos fue el *aldeamento*. Tenemos allí una de las primeras

formas de control en Brasil, que es el control del territorio y de los cuerpos de los pueblos nativos. La segunda fue la apropiación y el control de los millones de personas que han cruzado forzadamente el Atlántico para servir de sustrato de trabajo a la nueva economía monocultora-agraria-exportadora en el contexto de consolidación del capitalismo monopolista.

Para dar el paso al flujo del capital, como decíamos, el Estado en Brasil se reprodujo por encima de vidas (personas, pero también animales y vegetaciones) y por encima de aquello que produce la vida (la tierra). La historia política de Brasil (declaración de independencia, proclamación de la República, dictadura militar, transición a la democracia, por citar algunos de los hechos que la conforman) fue la historia de la normalización y *sobrecodificación* de las realidades por medio del uso de la fuerza y, sobre todo, de la producción de subjetividades coloniales identificadas con el varón blanco, cristiano, moderno.

Deleuze y Guattari (2012) sostienen que siempre que es posible, el Estado promueve la captura de flujos de todos los tipos. Para los autores, el Estado posee una característica disciplinadora al crear permanentemente dispositivos de sujeción y de normalización de las realidades existentes. Los dispositivos de Estado son máquinas para hacer ver y hablar, nos dicen los autores. Sin embargo, también destacan el hecho de que los flujos y las intensidades[1] producen constantemente movimientos de fuga que escapan a las fuerzas impuestas. Estos son movimientos de resistencias agonísticas. Coincidimos también con Pierre Muller y Bruno Jober (1987) cuando afirman que el Estado no es un ente monolítico, y que para entenderlo es necesario notar en qué grado se va volviendo más o menos permeable a la incorporación de las demandas de colectivos sociales.

El Estado brasileño en sus primeras expresiones, independiente y republicano, ha sido el *locus* de los grupos que controlaban los recursos. De la declaración de independencia a la proclamación de la república, el Estado estuvo bajo control de la Familia Real alineada con las oligarquías rurales. En la primera República vemos llegar a la escena política a los militares que, al lado de las oligarquías caficultoras, tuvieran un peso decisivo en la transición política que puso fin al gobierno monárquico en 1889. Como reflejo de la

1 Podemos comprender intensidades como las culturas, los colectivos sociales o existencias humanas y no-humanas (personas, animales, vegetales, entidades espirituales).

crisis de 1929 y el reordenamiento geopolítico mundial, emergen como fuerza política a partir de 1930 los industriales fuertemente anclados a la *Era Vargas*[2].

José M. Carvalho (1997) nota la inexpresiva participación popular en los procesos de transición política que hemos brevemente apuntado. La obra *Os Bestializados* es una alusión al espanto y a la apatía con que la gente asistió a los primeros movimientos de transición política, sin lograr comprender lo que ocurría. Sin embargo, el hecho de que el Estado haya producido la apatía y el alejamiento popular de los círculos de poder político nada nos dice sobre la capacidad de movilización de la gente. Si de hecho los subalternos no lograron espacio en los circuitos de poder y control de los recursos materiales y simbólicos, sin duda accionaron las estrategias de resistencia e insurgencia que estuvieron a su alcance para afrontar los dispositivos de sujeción y reclamar su espacio en la sociedad brasileña. Hoy la historiografía reconoce el papel decisivo que los afrodescendientes desempeñaron en el desgaste de la esclavitud. Estudios (Andrews, 1991; Loner, 1999; Muller, 1999) mostraron que en el comienzo del siglo xx ya se registraban decenas de agremiaciones que dieron origen al Frente Negra Brasileira, cuyo objetivo fue la articulación de una política afroamericana nacional. El Frente se transformó en partido político en 1936, pero luego fue ilegalizado por Getúlio Vargas durante el Estado Novo. Podemos citar otras experiencias como la União Cultural dos Homens de Cor y el Teatro Experimental do Negro.

Las innumerables naciones indígenas han resistido, y las insurgencias también han sido recurrentes a lo largo de la historia brasileña. Una articulación indígena más contundente fue organizada en contra del Serviço de Proteção ao Índio, órgano del gobierno reservado para hacer la mediación entre las naciones indígenas y los frentes de expansión del capital para la integración de las tierras indígenas al territorio nacional. Lo mismo podemos decir de los movimientos de lucha por la tierra con las Ligas Camponesas a partir de 1950. Así como las agremiaciones de afroamericanos, estas también han sido ilegalizadas. En 1980, las Ligas Camponesas resurgen al lado de los sectores más progresistas de la Iglesia Católica, la Pastoral da Terra, y de partidos de izquierda como el Partido dos Trabalhadores (PT), dando origen al Movimento dos Trabalhadores Rurais Sem Terra.

2 Nombre que indica el período que Getúlio Vargas estuvo ininterrumpidamente en el comando del gobierno, de 1930 a 1945. Este período ha sido marcado por muchos cambios hacia la industrialización y a la modernización del país.

La dictadura militar (1964-1985) en Brasil hizo conjugar las fuerzas sociales que se han movilizado a lo largo del siglo xx en contra de un régimen represor y autoritario. A lo largo de los veinte años de dictadura militar, Brasil ha sido el escenario de grandes movilizaciones que pasan a cuestionar el aparato del Estado militar. La lucha de guerrilla, las grandes manifestaciones en las calles, la organización partidaria de izquierda en la clandestinidad, los movimientos estudiantiles y las organizaciones revolucionarias reflejaron la dinámica de luchas sociales y la permeabilidad del Estado a partir del final de los años ochenta, cuando empieza la transición hacia al régimen democrático, como veremos.

Los gobiernos progresistas y los colectivos minoritarios

Al lector que nos siguió hasta aquí, lo invitamos a volver a los hechos recientes. Todos estos movimientos que hemos diseñado muy ligeramente abren camino para la transición al régimen democrático. La nueva Constituyente de 1988 ha sido el camino por donde los movimientos organizados han conseguido penetrar las sendas del Estado. Este nuevo contexto ha permitido una expansión de la esfera pública, facilitando la emergencia de muchos nuevos actores, así como una «nueva unión» independiente del control del Estado, tal como exponen Krischke y Gadea (2000). Ejemplos de esto son los movimientos por la sanidad pública que originó el Sistema Único de Saúde como derecho público universal; por la educación, que engendró el Fórum Nacional em Defesa da Escola Pública (FNDEP), que a su vez ha establecido la Lei de Diretrizes e Bases da Educação Nacional como derecho público, gratuito y universal; por las viviendas, que originó el Movimento Nacional pela Reforma Urbana (MNRU); también los movimientos antirracistas, como el que ocasionó la formación del Movimento Negro Unificado (MNU); y más recientemente, los movimientos ambientalistas y feministas, de mujeres campesinas, de mujeres negras y de LGBTTQI.

Muchos de estos movimientos sociales realizaron las primeras articulaciones a lo largo del régimen militar y sus acciones se reflejaron en el proceso de transición hacia la democracia, tal como afirman Krischke y Gadea (2000). En el terreno formal, la Constitución de 1988 resultó de la amplia participación

de los colectivos que se habían organizado en años anteriores, exigiendo la puesta en marcha de derechos civiles y sociales.

Las nuevas organizaciones civiles también influyeron para que gobiernos de la izquierda progresista –de características muy ambiguas en Brasil– lograsen la victoria en las elecciones de 2003. Bajo los gobiernos progresistas crecen las arenas públicas de participación popular, pero también las tensiones provenientes de las disputas por los espacios de poder. Estudios recientes buscan relacionar el aumento de la participación popular en espacios de poder con la reacción conservadora que llevó a la interrupción del proceso democrático y al *impeachment* de la presidenta electa[3].

Los cortes y los retrocesos en las arenas de poder reflejan las dinámicas de apropiación de recursos (materiales y simbólicos) que se han montado desde la colonización. Argüimos en el apartado anterior que alejar los colectivos subalternos de los circuitos de poder ha sido una de las estrategias de control bajo las cuales el colonialismo ha sido actualizado, tanto en Brasil como en los países latinoamericanos de modo general. Aunque de manera ambigua, y muchas veces controvertida, la llegada de los colectivos subalternos a espacios controlados por grupos beneficiarios de la dinámica del capital –quizás la universidad sea el caso más evidente– tensionó estructuras y posiciones sociales históricamente establecidas.

Desde el lugar de donde miramos, el éxito de los gobiernos progresistas en Brasil no fue tanto la disminución de la pobreza y las transferencias de rentas, como la posibilidad de toma de conciencia de las epistemologías decoloniales y la creación de un lugar desde donde los insurgentes del margen pudieron hablar en su propio nombre; la construcción de toda una serie de vías de

3 El *impeachment* de la presidenta Dilma Rousseff ocurrido en 2016 participa del campo de disputas ideológicas en Brasil que opone en el actual contexto político a los sectores conservadores, reunidos alrededor de partidos de derecha, y los sectores progresistas, reunidos en partidos de izquierda y centro-izquierda. En este campo ideológico, la derecha niega que el proceso fuera conducido por un golpe parlamentario, toda vez que el *impeachmen*t es un procedimiento previsto en la Constitución Federal. El campo de las izquierdas refiere la deposición como «golpe», en tanto no se pudo probar que se haya cometido crimen de improbidad administrativa en el gobierno de Dilma Rousseff. El presente estudio considera la ocurrencia de golpe, pues más allá de no haber ocurrido crimen administrativo, el fenómeno fue conducido por manipulación mediática, alejamiento popular y amplia participación de los sectores que controlan los recursos materiales y simbólicos en Brasil (Holmes, 2016).

acceso de las pautas menores hacia al Estado. Movimientos de diferenciación y de *molecularización*, nos dirían Deleuze y Guattari (1995).

Compartimos con Félix Guattari (1992), en *Cartografias do Desejo,* sus impresiones sobre su visita a Brasil. El autor sugiere que, más que movimientos sociales, estos son movimientos de individuación y de insurgencia en contra de una subjetividad capitalista/colonialista y a favor de otra manera de ser, de otras sensibilidades y percepciones. Las resistencias y las insurgencias no se desarrollan únicamente al nivel de la producción material de la vida (el lado económico del capitalismo), sino más allá, en contra de la producción capitalista de las subjetividades. Los movimientos de protesta que sucedieron a la ruptura política en Brasil están en contra de la *sobrecodificación* colonialista que crea patrones asociados al mercado, a los estereotipos occidentales del cuerpo, a la dominación de modelos de conocimiento técnico-cientificistas, a las relaciones individualistas y, en algunos casos, en contra de la política de Estado. Bajo los gobiernos progresistas, los puntos de vista múltiples inmanentes a la fundación de Brasil como nación pudieron, de alguna manera (siempre difusa y contradictoria), penetrar este «Ente» poderoso del que venimos hablando hasta el momento: el Estado.

Los sectores más conservadores de la sociedad brasileña, siempre prontos a hacer los acuerdos con el capital internacional y los intereses del sistema del mundo moderno, como refiere Grosfoguel (2006), han tomado para sí la tarea de frenar la proliferación de los devenires negros, quilombolas, indígenas, feministas, de género, que fueron incorporándose a las universidades y al Estado. La creación de departamentos para tratar asuntos específicos de los colectivos minoritarios, tales como los Ministerios de los Derechos Humanos, de las Mujeres, de la Igualdad Racial y de Género, del Desarrollo Agrario, fueron espacios de actuación y de construcción de políticas públicas descentralizadas. Lo primero que hizo el gobierno post *impeachment* fue eliminar dichos ministerios, así como una serie de políticas públicas de promoción de la igualdad.

Más allá de las reformas administrativas e institucionales, el poder de un gobierno ilegítimo en el intento de frenar los derechos sociales implementa la muerte. La muerte de pensamientos con las tentativas de eliminación de las políticas de cuotas raciales en las universidades y otras innumerables políticas de acceso a los sistemas de educación superior. El contramovimiento popular

fue la ocupación y cierre de las universidades y escuelas secundarias por los movimientos estudiantiles. Las reivindicaciones de los estudiantes fueron también en contra del Projeto de Emenda Constitucional (PEC) número 241 de 2016, que ha reducido drásticamente las inversiones públicas en diferentes sectores, incluso en la educación, por un periodo de veinte años. Datos de la União Brasileira dos Estudantes Secundaristas (UBES) informan de que en el año 2016 han sido más de mil las instituciones ocupadas por estudiantes.

La respuesta del gobierno fue la represión y la violencia policial masiva. El gobierno post golpe también implementa la muerte de existencias y culturas a través de decretos que anulan derechos a los territorios de comunidades indígenas y *quilombolas*. La Ação Direta de Inconstitucionalidade (ADI) número 3.239 pretendió eliminar el Decreto 4.887/2003, que ha garantizado el derecho al reconocimiento de los territorios habitados por afrodescendientes previsto en el Artículo 68 de la Constitución Federal de 1988. El gobierno post *impeachment* también ha paralizado el avance de las demarcaciones de tierras indígenas por medio del Parecer nº 001/2017, según informó el Instituto Sócio-Ambiental de Brasil. Así como ha efectuado el desmonte del aparato de protección de las políticas étnico-raciales, a ejemplo de la Fundação Nacional do Índio (FUNAI), las secretarías étnico-raciales y el Ministerio de Promoción de la Igualdad Racial. El contramovimiento fue la unificación *quilombola* e indígena, ocupaciones de tierra, manifestaciones en las calles. La respuesta del gobierno y de los terratenientes defensores del *statu quo* ha sido la persecución y asesinato de decenas de líderes *quilombolas* e indígenas por todo Brasil. Según datos de la Coordenação Nacional de Articulação das Comunidades Negras Rurais Quilombolas (CONAQ), el año 2017 registró tasas de violencia y de muerte de líderes *quilombolas* no vistas desde el período de la dictadura militar.

El gobierno post *impeachment* también provoca la muerte de trabajadores y parados pobres y *racializados* en los centros urbanos con la expulsión violenta de personas de los edificios ocupados por los movimientos de lucha por viviendas dignas (Movimento Nacional de Luta pela Moradia). También provoca la muerte de la constituyente democrática, atacando los derechos de trabajadores con reformas neoliberales que flexibilizan las leyes laborales y de jubilaciones. La Ley 13.467 de 2017 regulariza la tercerización de actividades principales en empresas, el fraccionamiento de los valores debido a

vacaciones, la posibilidad de que mujeres embarazadas ejerzan actividades en lugares insalubres, entre otros cambios. El gobierno post golpe también lleva a la muerte los cuerpos de mujeres activistas, como el asesinato en Río de Janeiro de la concejala Marielle Franco, que luchaba en contra de las intervenciones militares en las favelas cariocas, y por los derechos de las mujeres. El contramovimiento fue la ocupación de las calles por los movimientos feministas y el movimiento Marielle Presente. La respuesta del gobierno ha sido dada de antemano. Hasta el momento ningún esclarecimiento respecto a las muertes de las activistas.

Consideraciones finales

Todo lo que escapa a la dominación neocolonial en Brasil emerge como línea de fuga, como resistencia, como fuerza, como insurgencia, como intensidades y desplazamientos, organizados o no, que enfrentan y desafían los planes de grupos hegemónicos que controlan todo lo que se pueda tomar como recurso en Latinoamérica. Los gobiernos progresistas en Brasil han dado paso a flujos que producen subjetividades disidentes. Con esto se ha aumentado la permeabilidad del Estado y potenciado las fuerzas de resistencia. En estos años, el Estado se ha vuelto, en alguna medida, permeable a las personas racializadas urbanas, a segmentos de mujeres, a las campesinas y campesinos, a los *quilombolas*, a la juventud que hace proliferar la diferencia en una nación marcada por la apropiación arbitraria de los recursos naturales, la violencia y el control de la población.

Bibliografía

Agamben, G. (2004). *Estado de excepción (Homo sacer, II, 1)*. Valencia: Pre-Textos.

Alves, G. (2016). O golpe de 2016 no contexto da crise do capitalismo neoliberal. *Blog Boitempo*, 8 de junio. Recuperado el 12 de mayo de 2018, de https://blogdaboitempo.com.br/2016/06/08/o-golpe-de-2016-no-contexto-da-crise-do-capitalismo-neoliberal.

Andrews, G. R. (1991). O protesto político negro em São Paulo (1888-1988).

Estudos Afro-Asiáticos, nº 21.
Carvalho, J. M. (1987) *Os bestializados: o Rio de Janeiro e a República que não foi.* São Paulo: Companhia das Letras.
Deleuze, G. & Guatarri, F. (1985). *Mil Platôs. Capitalismo e Esquizofrenia*. Río de Janeiro: Editora 34.
Gadea, C. A. & Krischke, P. J. (2000). Novos movimentos sociais no Brasil: debate teórico e comparações históricas. *Cadernos de Pesquisa Interdisciplinar em Ciências Humanas*, nº 10.
Galeano, E. (2001). *Las venas abiertas de América Latina*. México: Siglo xxi.
Grosfoguel. R. (2006). La descolonización de la economía política y los estudios postcoloniales; transmodernidad, pensamiento fronterizo y colonialidad global. *Notas de Población*, nº 80, junio.
Guattari, F. & Rolnik, S. (1986). *Micropolítica. Cartografias do desejo*. Petrópolis: Vozes.
Haraway, D. (1995). Saberes localizados: a questão da ciência para o feminismo e o privilégio da perspectiva parcial. *Cadernos Pagu* (5), pp. 7-41.
Holmes, P. (2016) Porque foi um Golpe. *Huffington Post*, 12 de mayo. Recuperado el 10 de abril de 2018, de http://www.criticaconstitucional.com.br/por-que-foi-um-golpe.
Jobert, B. & Muller, P. (1987) *L'Etat en Action, Politiques Publiques et Corporatismes*. París: Presses Universitaires de France.
Loner. B. A. (1999). Negros: organização e luta em Pelotas. *História em Revista*, nº 5.
Muller, L. S. (1999). *As contas do meu rosário são balas de artilharia: irmandade, jornal e associações negras em Porto Alegre (1889-1920).* Tesina de Máster. Porto Alegre: Instituto de Filosofia e Ciências Humanas. Pontifícia Universidade Católica.
Stengers, I. (2000). *The Invention of Modern Science.* Minneapolis, Minnesota: University of Minnesota Press.

EL ESTUDIO DE LO ESPACIAL EN EL MOVIMIENTO SOBERANISTA MAORÍ

Valentín Clavé-Mercier

A la hora de estudiar los movimientos sociales, tanto la teoría clásica como investigaciones más recientes están marcadas por el predominio de un enfoque histórico. Ejemplos de ello son el énfasis en los «ciclos» de protesta (Tarrow, 2004) o el recurso habitual a la categorización de una movilización como «ola» de protesta en una supuesta línea histórica. Desgraciadamente, este énfasis en la vertiente temporal suele venir acompañado de una falta de consideración por el carácter espacial y geográfico de dichos movimientos.

Consciente de estas limitaciones, este texto se suma al trabajo de varios autores que a lo largo de las dos últimas décadas han contribuido a vincular geografía, sociología y ciencia política a través del estudio de las geografías de los movimientos sociales (Nicholls, 2007; Oslender, 2002; Routledge, 1993). En relación al estudio de los movimientos sociales, este trabajo pretende señalar la importancia del espacio en la formación y desarrollo de dichos fenómenos sociopolíticos en pos de integrarlo en el análisis científico, recalcando además la necesidad de adoptar una conceptualización de la espacialidad que refleje su complejidad y multiplicidad para que la contribución espacial a dicho análisis no sea simplemente superficial o parcial. Para ello, se proponen y esbozan unas líneas de reflexión iniciales sobre el estudio de las espacialidades

del movimiento soberanista maorí de Nueva Zelanda, enfoque desarrollado en una investigación doctoral en curso centrada en las reivindicaciones y movilizaciones de soberanía indígena en dicho país. Este texto analizará este movimiento para señalar la importancia de un enfoque espacial, centrándose concretamente en tres aspectos y combinando aportaciones teóricas e ilustraciones extraídas del caso de estudio.

Caso de estudio y enfoques

Los años 70 en Nueva Zelanda fueron testigos del nacimiento y desarrollo de importantes movilizaciones por parte del pueblo indígena maorí, orientadas a la denuncia y mejora de su situación socioeconómica, a la búsqueda de reparación por procesos históricos de colonización y a la obtención de un estatus sociopolítico especial, reflejando su distinción cultural e identitaria. Movilizaciones y protestas políticas entrelazadas con prácticas de revitalización cultural e identitaria, y reforzadas por procesos legales y judiciales, dieron lugar a lo que se conoce como el «Renacimiento Maorí» (Walker, 1987). Hoy en día esta lucha sigue en los múltiples frentes abiertos en los años 70 y 80: representación política, administración pública, educación, sistema judicial, biculturalismo, autodeterminación, idioma, medios de comunicación, etc.

Aunque se podría analizar este fenómeno político como una multiplicidad de protestas sectoriales o de movimientos sociales con objetivos, actores, momentos y resultados específicos, la mayor parte de los académicos maorís lo conciben como un único movimiento de protesta nacido en los años 70, atravesando varias fases en su lucha por la defensa y promoción de los intereses maorís (Harris, 2004; Poata-Smith, 1996; Walker, 1987). Abrazando la perspectiva de estos autores, la investigación aquí introducida considera que la reivindicación y movilización de conceptualizaciones maorís de «soberanía» o «autodeterminación» son la clave que aúna toda la diversidad de demandas que componen este movimiento de protesta. En términos laclaunianos, la «soberanía» se habría instaurado como significante vacío o hegemónico, condensando en realidad una pluralidad de demandas maorís constituidas en «cadena equivalencial de demandas insatisfechas» (Laclau, 2005, p. 99). Estaríamos entonces ante una lucha por el sentido del concepto

de soberanía que adopta –entre otras múltiples configuraciones– la forma de un movimiento social con discontinuidades pero con una narrativa, unos discursos y unos objetivos relativamente estables desde los años 70.

Toda lucha por el sentido tiene un carácter «creativo», dado que conlleva necesariamente una reconfiguración de la comunidad política, de sus actores y de sus políticas resultante del desafío planteado (Franzé, 2015). Sin embargo, demasiado pocas veces se considera o estudia que tanto esta lucha como la reconfiguración resultante de la misma tienen un carácter espacial y geográfico en sus fundamentos y en sus consecuencias. Teóricos como Lefebvre (1974), Soja (1980) o Giddens (1984) señalaron el carácter sumamente político del espacio, resaltando incluso una relación recíprocamente constitutiva entre espacio y fenómenos sociopolíticos.

El movimiento social se ha convertido en una de las herramientas de lucha política principales en el siglo xx y, sin embargo, sigue estando muy ausente el análisis de su constitución, negociación y plasmación espaciales. A través de la lente de la geografía política, se analizan tres aspectos espaciales del movimiento soberanista maorí –analíticamente divididos pero interdependientes e inseparables en el despliegue de la realidad sociopolítica–, que son: el espacio como objetivo de la lucha político-social; la influencia del contexto en la movilización a través de factores espaciales objetivos y subjetivos; y la utilización del espacio como herramienta de lucha del movimiento social.

El espacio como objetivo de la lucha político-social

El primer aspecto, y quizás el más evidente en este caso de estudio, es que el espacio puede constituir el –o un– objetivo del movimiento social. Puede tratarse de una aspiración consciente y explícita del movimiento social o de segundo plano y derivada de las propias necesidades de la movilización y la lucha. Al ser sumamente político e ideológico, el espacio está constantemente disputado en su uso, como demuestran las luchas maorís por la recuperación de tierras históricamente confiscadas a lo largo de los procesos de colonización y desposesión de los siglos xix y xx. Esta demanda es una de las más antiguas y centrales del movimiento soberanista maorí y persigue el reconocimiento y la constitución de una territorialidad propia, la cual se ha alcanzado parcialmente gracias a acuerdos de reparación firmados con el go-

bierno neozelandés. Si bien estos acuerdos no reconocen una autoridad maorí total sobre los territorios en cuestión, se orientan generalmente a asegurar cierta seguridad económica a las *iwi* (tribus), entregándoles una compensación monetaria y parcelas de tierras o porcentajes de recursos presentes en su *rohe* (territorio tribal tradicional), así como cierto poder de gobernanza sobre dicho territorio.

Dentro del movimiento maorí y desde los años 90, los acuerdos de reparación se han convertido, para muchos, en una herramienta legal eficaz para alcanzar cierta devolución de control espacial. Sin embargo, estos acuerdos también cuentan con aspectos negativos, como la reavivación de conflictos territoriales entre tribus, debido a estas compensaciones gubernamentales a veces contestadas dentro de la propia sociedad maorí[1]. En este caso, una estrategia legal orientada a conseguir victorias materialmente inscritas en el espacio neozelandés también ha llevado en algunos casos a importantes rupturas dentro del movimiento nacional maorí entre miembros de tribus opuestas. Esta situación viene a acentuar una tensión interna al movimiento soberanista maorí y existente desde sus inicios entre pantribales y tribalistas, una tensión que también tiene fundamentos y consecuencias espaciales.

Por otra parte, una importante vertiente del movimiento maorí se enfoca en la protección y preservación de espacios específicos, sea por su importancia medioambiental o cultural. A través de esta lucha, no sólo disputan el control y uso de ciertos espacios, sino más ampliamente las «representaciones del espacio» dominantes que constituyen un «espacio abstracto» concebido puramente para su administración (Lefebvre, 1974).

Los movimientos sociales no solo aspiran a disputar la utilización cotidiana o la materialidad del espacio, sino también su representación e interpretación. De esta manera, buscan articular «espacios de representación» –o espacios vividos en la cotidianidad y cargados de prácticas, conocimientos y significados más locales, dinámicos y socialmente constituidos– frente a este «espacio abstracto» conceptualizado teórica y científicamente. Puede incluso llegar a la construcción de un «espacio diferenciado» que tenga en sus fundamentos otras lógicas sociopolíticas, naciendo de las contradicciones

1 Vease por ejemplo el caso actual del *iwi* Ngāi Te Rangi disputando el acuerdo de reparación en favor del *iwi* Hauraki (firmado en agosto de 2018) por culpa de unas «reivindicaciones superpuestas», debido a la afirmación de vínculos tradicionales con el mismo territorio por parte de ambas tribus.

del espacio abstracto y que las acentúe, haciendo de la diferencia y la resistencia la clave identitaria de este nuevo espacio (Oslender, 2002).

Los movimientos sociales pueden tener como objetivo claro y declarado su constitución, o esta puede nacer de la propia articulación del movimiento social y de los recursos que necesita (entre los cuales se encuentran lugares y redes). El caso del movimiento maorí es paradigmático en este sentido, dado que la creación de espacios propios ha sido una voluntad constante y ha llegado a crear un espacio diferenciado – constituido por una red de *marae*[2], escuelas de inmersión lingüística o medios de comunicación propios–, que representa a la vez una victoria del movimiento y un recurso clave para la continuidad de su lucha política.

La representación o interpretación del espacio también es un campo de lucha maorí a través de la demanda de recuperación de denominaciones geográficas tradicionales en lengua maorí o de la atribución de personalidad jurídica a ríos o montañas espiritualmente significantes. Estas dos reivindicaciones y su culminación son testigos de la influencia que puede tener un movimiento social sobre la representación y conceptualización geográfica de un país, cambiando su nomenclatura o incluso su manera de relacionarse con el espacio y el medio ambiente.

Finalmente, los movimientos sociales pueden tener por objetivo la modificación de geografías políticas existentes o la creación de otras nuevas. Efectivamente, puede buscar la transformación de la organización político-geográfica del Estado, como es el caso del movimiento maorí y de sus propuestas de modalidades soberanas alternativas, que integrarían y reconocerían políticamente cierto tipo de autoridad y espacialidad maorís (Clavé-Mercier, 2018). Por otra parte, el propio movimiento social acaba conformando –de manera consciente o no– unas geografías políticas propias «imaginadas, vividas e institucionalizadas» (Biolsi, 2005). En el caso maorí podemos destacar varias de estas geografías políticas propias del movimiento soberanista: una constituida por los espacios territoriales tribales, un espacio político nacional indígena pantribal (para la constitución del cual una serie de

2 Casas tradicionales comunes de encuentro y reunión.

hui[3] e *hīkoi*[4] históricos y con un carácter fundamentalmente espacial fueron claves) y un espacio político híbrido, representado por las organizaciones o diputados maorís librando batalla en la política neozelandesa e internacional *mainstream*. Todas estas geografías compuestas por espacios, lugares y redes representan simultáneamente un logro del movimiento de protesta maorí, así como un recurso crucial del mismo.

La influencia contextual en la movilización

El segundo punto de interés para este estudio donde se observa una importante relación entre espacialidad y movimiento social viene a resumirse por la influencia del contexto espacial en la protesta y sus características. Es importante ser conscientes de que los actores y las interacciones sociales están geográficamente constituidos, y de que el lugar tiene un papel clave en la configuración de reivindicaciones, identidades y capacidades de los actores (Routledge, 1993 y 1997). Analizar los contextos de surgimiento de los fenómenos políticos es entonces significante, dado que permiten esbozar explicaciones sobre la constitución de «terrenos de resistencia» específicos. Numerosos ejemplos de movimientos sociales de escala nacional o internacional dejan claramente entrever cómo las fuerzas, la historia o las oportunidades presentes en espacios concretos explican un desarrollo y una movilización geográficamente desiguales.

El movimiento maorí no es diferente, y esta desigualdad espacial en su fuerza y presencia responde aquí también a un doble aspecto que podríamos calificar de «objetivo» (recursos y materialidad espacial) y «subjetivo» (representaciones espaciales). El primer aspecto se resume fácilmente afirmando que las diferencias de condiciones sociales y materiales presentes en cada lugar o región hacen que una movilización de escala nacional no sea igual de significativa en todo el país. Por otra parte, el segundo aspecto viene a conjugarse y superponerse a este, añadiendo el papel crucial de los marcos interpretativos asociados a un lugar y que le otorgan una identidad más o

3 Asambleas o encuentros para discutir problemáticas relativas a la política maorí, generalmente reuniendo centenares o miles de líderes y activistas maorís en *marae* emblemáticos o pertenecientes al *iwi* convocante.

4 Marchas o manifestaciones típicas del repertorio de protesta maorí.

menos propensa a sumarse a la protesta a través de un proceso de subjetivación espacial.

El espacio tendría, por lo tanto, una influencia significativa en la movilización y su desarrollo, que podríamos expresar gracias a dos términos de la trilogía constitutiva del lugar de Agnew (1987): el *locale* o la influencia de procesos de escalas superiores en la constitución del lugar, y el *sense of place* o la orientación subjetiva derivada de vivir en un lugar dado, resultante de las conexiones con el mismo. En definitiva, los procesos económicos, políticos y culturales, la historia, las estructuras de oportunidad, los recursos, las subjetividades o incluso la demografía presentes en cada lugar, derivan en diferencias que explican que los recursos, los significados o los procesos identitarios vinculados y necesarios a un movimiento social concreto no sean espacialmente homogéneos. La combinación concreta de estos factores puede llegar a explicar disparidades geográficas en la fuerza o presencia de un movimiento social, en las estrategias que adopta o en los objetivos específicos que persigue. Prestar atención a los rasgos contextuales espaciales permite evitar la visión demasiado extendida de los movimientos sociales de escala nacional o internacional como monolíticos y homogéneos.

Al preguntarnos por una posible influencia contextual en el movimiento soberanista maorí, lo primero que se puede destacar es que la Isla Norte es el principal campo de movilizaciones frente a la Isla Sur, donde la protesta se encuentra algo más institucionalizada. A la hora de esbozar líneas de reflexión que puedan explicar esta repartición geográfica de la protesta, varios posibles elementos de respuesta surgen tras análisis: una gran disparidad demográfica entre ambas, con más del 80% de la población maorí concentrada en la Isla Norte; una historia de desposesión más expeditiva y exitosa marcó la Isla Sur[5], desactivando toda resistencia y anulando la posibilidad de un sustrato de memoria de protesta espacialmente cercano; la presencia de los mayores centros económicos y políticos urbanos en la Isla Norte (Auckland y Welling-

5 A principios de los años 1860 no quedaba «tierra maorí» oficialmente reconocida en la Isla Sur después de un proceso de compra de tierras a posteriori muy criticado por el dudoso procedimiento utilizado, por una compensación irrisoria y por no respetar un acuerdo que estipulaba que 10% de las tierras serían reservadas para las tribus maorís. Por lo tanto, los maorís de la Isla Sur se encontraban totalmente desposeídos y políticamente desarticulados años antes de que empezaran las importante «Land Wars» en la Isla Norte, un conflicto político-territorial bélico que es clave en la memoria de protesta y resistencia maorí.

ton), siendo por lo tanto los escenarios privilegiados de la conflictividad social pero también destinos principales de la «gran migración maorí» de los años 50 y 60. La influencia contextual también puede explicarnos por qué entre las regiones generalmente más movilizadas se encuentra el Northland, una región con fuerte presencia maorí, históricamente abandonada en el plano social y económico y cuna de uno de los primeros movimientos de resistencia maorí liderado por el (todavía hoy en día) emblemático Hōne Heke. Finalmente, también se puede destacar el peso de dos regiones concretas en el despliegue del movimiento soberanista maorí: Waikato y Te Urewera. Ambas fueron zonas históricamente agraviadas por la Corona y se transformaron en símbolos de resistencia maorí frente a la misma.

Estos «imaginarios espaciales» (Wolford, 2004), construidos en torno a una historia de posicionamientos políticos fuertes, han contribuido al hecho de que estas regiones sean claves en las movilizaciones maorís y sean la cuna de las reivindicaciones y protestas más atrevidas a lo largo del siglo pasado y presente[6].

El espacio como herramienta de lucha

Finalmente, los movimientos sociales despliegan continuamente estrategias y prácticas espaciales en sus repertorios de protesta. De esta forma, el espacio se convierte en una herramienta de lucha en sí, movilizado con el fin de alcanzar los objetivos del movimiento. Las manifestaciones y marchas diversas son, sin lugar a duda, uno de los recursos espaciales más utilizados por los movimientos sociales a lo largo del tiempo y en todas partes del planeta.

En el vocabulario maorí, estas marchas se denominan *hīkoi*, un concepto que ha traspasado las fronteras de la sociedad maorí para ser conocido en toda Nueva Zelanda y asociado a un fuerte componente de protesta. Dos de estas

6 Además de lo que les pueda aportar estos «imaginarios espaciales», el componente tribal es también clave a la hora de liderar unas luchas o de establecer alternativas: la fuerza de su identidad y de sus instituciones tribales, su peso político en la sociedad maorí y en el sistema neozelandés o la cantidad de recursos de los que disponen influyen claramente en la fuerza que llegan a tener como grupo. Estas variaciones hacen que, pese a contar todas con cierto «imaginario espacial» relacionado con la resistencia maorí, estas tres regiones mencionadas y sus respectivas tribus tengan un rol, un enfoque y una reputación totalmente diferentes dentro del propio movimiento soberanista maorí.

grandes manifestaciones han marcado la historia reciente de Nueva Zelanda: la llamada Land March de 1975 y el *hīkoi* de 2004. En ambos ejemplos, y como en el caso de cualquier manifestación, el espacio se convierte aquí en herramienta de visibilización de la lucha y de demostración de fuerza y unidad. Pero además, Harris (2004, p. 72) señala cómo en el caso de la Land March de 1975 –pero también aplicable a 2004– el espacio se invocaba simbólicamente a través del uso de un *pouwhenua*[7], que encabezaba la marcha en una reivindicación simbólica de territorialidad: «A carved pouwhenua, traditionally used to mark a tribe's territorial mana, was to be carried at the head of the march. (…) its bearers were to ensure that it never touched the ground to symbolise the vast area of Maori land lost». Hoy en día se puede avanzar, no sin ciertas reservas, que esta territorialidad maorí ha sido parcialmente alcanzada a través del Runanga Iwi Act de 1990 y de los acuerdos de reparación firmados. Una territorialidad que algunas tribus, en momentos específicos y cambiantes, ponen al servicio del movimiento como «laboratorio de alternativas» o espacio de propulsión.

Más allá de los territorios, los lugares y las escalas son especialmente centrales en esta vertiente. Como vimos anteriormente, los lugares son cruciales por la creación de relaciones más fuertes y cercanas que pueden dar espacio a sentidos de lugar, espacios de representación y procesos de subjetivación compartidos. Por ello y por las ventajas prácticas y logísticas que proveen, algunos lugares se convierten entonces en un recurso en sí de los movimientos sociales, como es el caso de los *marae* donde se organizan la gran mayoría de los *hui* del movimiento, donde se (re)produce una parte importante de la narrativa y el discurso del movimiento, y que también sirven de apoyo logístico en acciones puntuales.

Vemos entonces cómo el *marae* ocupa un lugar central en la espacialidad del movimiento maorí: su restauración y proliferación son un objetivo del mismo, su propia presencia funciona a veces como factor objetivo contextual explicativo de la movilización y constituye un recurso clave desde el cual organizar y mantener la protesta. Esta importancia de los *marae* se resume simbólicamente en su consideración por muchos maorís como el centro de

7 Postes tradicionales maorís, similares a tótems, pudiendo ser también varas tradicionalmente utilizadas como armas.

su *tūrangawaewae*, un concepto sumamente espacial que significa «el lugar donde uno tiene el derecho a estar de pie».

Otros lugares se han convertido en recursos simbólicos del movimiento maorí tras haber sido el escenario de prácticas espaciales desplegadas en la lucha por la recuperación de tierras confiscadas. Es el caso de Bastion Point y Raglan, dos lugares ocupados por el movimiento maorí a finales de los años 70, o de Waitangi, lugar donde se firmó el famoso Tratado entre jefes maorís y la Corona británica en 1840, y que es testigo, desde los años 70, de importantes protestas maorís anualmente organizadas en Waitangi Day. Estos tres lugares se han convertido en auténticos símbolos de la lucha maorí y siguen siendo movilizados simbólica y materialmente en pro de reforzar la historia e identidad del movimiento.

Vemos entonces que el espacio y el lugar son claves incluso en la creación de identidad, dado que permiten y refuerzan la construcción y articulación de procesos de subjetivación. Otra práctica espacial común en los movimientos sociales es la del salto de escalas, buscando en todo momento las condiciones más propicias en cuanto a relaciones de poder y oportunidades políticas en las escalas disponibles. En el caso del amplio movimiento maorí podemos destacar el ejemplo reciente del grupo llamado Protect Ihumatao, orientado a la protección de un área de relevancia cultural y arqueológica para los maorís y de importancia medioambiental para la comunidad cercana. Pese a que su lucha contra una constructora sea principalmente localizada, acudieron recientemente a la ONU ante la pasividad de las instituciones locales y nacionales, y debido a una clara desigualdad en el reparto de poder y fuerza en la escena local y nacional con respecto a su oponente.

Esta estrategia de maximización de oportunidades explica en parte por qué el mismo movimiento maorí intercambia fases centradas en problemáticas locales con grandes movilizaciones nacionales e interpelaciones a la escena internacional. Evidentemente, numerosas formas de lucha presentes en los repertorios de los movimientos sociales se añaden a estos ejemplos por su carácter sumamente espacial: cortes de carretera, ocupaciones, sentadas… El espacio es entonces un elemento central del repertorio de lucha de los movimientos sociales, sea como apoyo material, como escenario de lucha o como símbolo discursivo movilizador.

Conclusión

Si bien los últimos años han sido testigos de una proliferación de alusiones y metáforas geográficas en estudios relativos a los movimientos sociales, las relaciones entre espacio y fenómenos políticos son todavía demasiado descuidadas. Este texto pretende demostrar lo útil y necesario de una recuperación teórica de autores como Lefebvre, Soja o Giddens en su conceptualización de lo social y lo espacial, como envueltos en una interconexión mutuamente constitutiva. Se ha señalado aquí la centralidad de la espacialidad en todas las fases del desarrollo de un movimiento social, sea en su constitución, en la activación de recursos y simpatizantes, en las estrategias de movilización e incluso a veces en los objetivos y las victorias políticas. El ejemplo del movimiento soberanista maorí deja entrever la necesidad de una atención analítica más profunda y rigurosa a esta interconexión entre espacio y movimientos sociales, imprescindible para captar la complejidad de los mismos y de su desarrollo. Apoyándonos en las enseñanzas y aportaciones de la Geografía Política, tenemos que integrar y desarrollar la idea de que espacio y lugar son elementos constitutivos del conflicto, que influyen en su conformación y en la agencia de los actores; tenemos que desentrañar y reconstruir lo que Oslender (2002) conceptualizó como la «espacialidad de resistencia» o «formas concretas y decisivas en cuales espacio y resistencia interactúan e impactan el uno sobre el otro».

Un reto importante a la hora de acercarse a la espacialidad de los movimientos sociales es el de movilizar un concepto de espacialidad amplio, que refleje la complejidad de la misma y todas sus diferentes vertientes. Efectivamente, existe una tendencia a analizar los movimientos sociales principalmente a través de las escalas nacional y global y de los conceptos de territorio o redes. Sin embargo, ya hemos visto cómo la perspectiva de lugar o la escala local también son cruciales, dado que constituyen los espacios de representación donde se dan y desarrollan la cotidianidad, las prácticas, los significados y las identidades que moldean los movimientos sociales y su desarrollo, o donde se construyen y plasman los discursos del movimiento. Por lo tanto, este texto también se plantea como llamada metodológica hacia la recuperación de otras espacialidades en el estudio de los movimientos sociales, que refleje su pluralidad espacial. Como hemos visto, sea cual sea

la escuela teórica elegida para estudiar los movimientos sociales, el espacio y las relaciones espaciales son claves –en la movilización de recursos, para encontrar y aprovechar oportunidades o en la creación de marcos discursivos e identitarios orientados a la movilización–, por lo cual no podemos seguir obviando de nuestros estudios una faceta constitutiva tan significativa.

Bibliografía

Agnew, J. (1987). *Place and politics: the geographical mediation of state and society*. Boston: Allen & Unwin.

Biolsi, T. (2005). Imagined Geographies: Sovereignty, Indigenous Space, and American Indian Struggle. *American Ethnologist*, 32 (2), pp. 239-259.

Clavé-Mercier, V. (2018). Revisitar la soberanía indígena: los desafíos de una reivindicación excluida. *Relaciones Internacionales*, 38, pp. 99-119.

Franzé, J. (2015). La primacía de lo político: crítica de la hegemonía como administración. En Wences, I. (ed.), *Tomando en serio la Teoría Política,* pp. 141-172. Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.

Giddens, A. (1984). *The Constitution of Society*. Berkeley and Los Angeles: University of California Press.

Harris, A. (2004). *Hikoi: Forty Years of Maori Protest*. Wellington: Huia Publishers.

Lefebvre, H. (1974). *La production de l'espace*. París: Anthropos.

Nicholls, W. (2007). The Geographies of Social Movements. *Geography Compass*, 1(3), pp. 607-622.

Oslender, U. (2002). Espacio, lugar y movimientos sociales: Hacia una «espacialidad de resistencia». *Scripta Nova*, VI (115).

Poata-Smith, E. (1996). He Pokeke Uenuku i Tu Ai: The Evolution of Contemporary Maori Protest. En Spoonley, P.; Pearson, D. & Macpherson, C. (eds.), *Nga Patai: Racism and Ethnic Relations in Aotearoa/New Zealand*, pp. 97-116. Palmerston North: The Dunmore Press.

Routledge, P. (1993). *Terrains of resistance: non-violent social movements and the contestation of place in India*. Westport: Praeger Publishers.

Routledge, P. (1997). A spatiality of resistance: theory and practice in Nepal's revolution of 1990. En Pile, S. & Keith, M. (eds), *Geographies of resistance*, pp. 68-86. Londres: Routledge.

Soja, E. (1980). The Socio-Spatial Dialectic. *Annals of the Association of American Geographers*, 70 (2), pp. 207–225.
Tarrow, S. (2004). *El poder en movimiento: los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Madrid: Alianza.
Walker, R, (1987). *Nga Tau Tohetohe: Years of Anger*. Auckland: Penguin Books.

QUINTA PARTE

RESULTADOS DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES EN PERSPECTIVA HISTÓRICA

¿SON POLÍTICAMENTE RELEVANTES LOS MOVIMIENTOS SOCIALES? UNA APROXIMACIÓN AL CASO ESPAÑOL

Susana Aguilar

Este artículo ofrece una primera aproximación al estado de la cuestión sobre los resultados políticos de los movimientos sociales en España mediante una revisión bibliográfica de las dos únicas revistas internacionales centradas en movimientos sociales, y de tres de las mejores revistas españolas en sociología y ciencia política, a lo largo del período 1978-2015. De los más de 3.000 artículos publicados, solo un pequeño número versa sobre el tema objeto de estudio. Tras su análisis en profundidad se concluye que en la mayoría de los casos no se pueden extraer conclusiones rigurosas acerca de si los movimientos sociales consiguen resultados políticos y, por consiguiente, si son políticamente relevantes. La incorporación de ciertos elementos del *policy analysis* puede contribuir a mejorar el conocimiento sobre este tema.

El estudio de las consecuencias de los movimientos sociales ha generado poca investigación (Giugni, 1998) y las ciencias sociales raramente han analizado el impacto de las organizaciones políticas (Burstein y Linton, 2002). Goodwin y Jasper (2003, p. 348) señalan que los estudiosos de los movimientos sociales quieren creer que la movilización afecta al curso de la historia, pero generalmente hacen tal afirmación sin mucha y buena evidencia.

Asimismo, Biggs y Andrews (2015) admitían recientemente que no se sabe mucho acerca de qué influencia tiene la protesta.

A partir de la primera década del nuevo siglo, el estudio de los resultados de los movimientos sociales comienza, sin embargo, a concitar una mayor atención (Bosi y Uba, 2009; Amenta *et al*., 2010) y diferentes autores coinciden en señalar que estos desempeñan un papel crucial en el proceso político (Veigh, 2003; Linders, 2004; McAdam, 1999; Cloward y Piven, 1978). Esta optimista conclusión puede deberse a la excelente cobertura empírica de la que han gozado los movimientos estadounidenses (Bosi y Uba, 2009, p. 411): solo dos de los 74 artículos revisados por Uba (2009) analizaban movimientos europeos, mientras que 168 de los 230 que recogieron Burstein y Linton (2002) eran de Estados Unidos. Esto es, el sesgo de selección que deriva de centrarse en las grandes organizaciones de movimientos sociales (OMS) en este país habría provocado una conclusión equivocada acerca de la desproporcionada influencia de los movimientos en general.

El sesgo es también palpable en los recursos empíricos que existen sobre la protesta: la base de datos Banks, que contiene información sobre movilización en distintos países, utiliza únicamente el periódico *New York Times* y sobrerrepresenta, lógicamente, la de Estados Unidos (Sánchez-Cuenca, mimeo). Así pues, aún queda mucho por saber acerca de los resultados políticos de los movimientos sociales, y muy poco se sabe acerca de los que operan en países en vías de desarrollo y no democráticos. Este desconocimiento se aplica también a España, a pesar de su alto nivel de movilización y la diversidad de sus tipos de protesta.

Este artículo realiza una primera aproximación al estado de la cuestión sobre los resultados políticos de los movimientos sociales en España mediante una revisión bibliográfica. Se sigue así una línea de investigación que ha evaluado trabajos ajenos acerca de las consecuencias (Amenta *et al*., 2010), resultados (Uba, 2009) o impacto (Burstein y Linton, 2002) de estos actores. Tomando como unidad de análisis toda OMS en España a la que se adscriban resultados políticos, se han revisado dos revistas internacionales centradas en movimientos sociales (*Mobilization* y *Social Movement Studies*) y tres de las mejores españolas en sociología y ciencia política (REIS, RIS y REP)[1] a lo

1 REIS (*Revista Española de Investigaciones Sociológicas*), RIS (*Revista Internacional de Sociología*), REP (*Revista de Estudios Políticos*). REIS (1978-2015, 150 números); RIS (1995-

largo de 1978-2015. Tanto el marco temporal como la cantidad de números de revista (499) y de artículos (más de 3.000), son más ambiciosos que los de los tres trabajos anteriormente citados.

En primer lugar se ha cuantificado el número de artículos que tratan el tema de estudio; a continuación se ha analizado en profundidad su contenido mediante la identificación de las OMS y sus demandas. Posteriormente, el foco se ha traslado a los resultados políticos, el tipo de evidencia utilizada y la atribución de causalidad, que vincula las acciones de los movimientos con la obtención o no de resultados. A lo largo de la revisión se han introducido elementos de *policy analysis* que pueden ayudar a mejorar la comprensión del objeto de estudio. Como paso previo, se justifica por qué España es un país relevante para el estudio de los movimientos sociales.

España, una sociedad de alta y diversa movilización

La transición a la democracia en España se caracterizó por altos niveles de movilización. El *World Handbook of Political and Social Indicators* (WHPSI) muestra un aumento de las manifestaciones a nivel global en torno a 1975, relacionado precisamente con las transiciones en España, y también Portugal. Los mismos datos revelan un pico en 1977, que, de nuevo, se explica por los cambios políticos en España (Sánchez-Cuenca, mimeo). Un análisis comparado de distintos países en Europa Occidental a mediados de los años 70 muestra que la tasa más alta de manifestaciones pertenece a los dos países anteriores más Grecia. El mismo estudio identifica una extraordinaria ola de protesta justo después de la muerte de Franco, ola que se prolonga hasta 1979 (Sánchez-Cuenca & Aguilar, 2009). Tras recoger información sobre movilizaciones en *El País* entre mayo de 1976 y diciembre de 1978, los mismos autores comprobaron que el WHPSI había infraestimado el nivel de protesta en España. Según sus datos, se habrían producido 982 manifestaciones en el período analizado, principalmente de tipo territorial (37,7%), económico (22,6%) y relacionadas con la amnistía (8,4%) (436). A partir de 1978, la protesta pareció decaer porque muchos movimientos se quedaron sin líderes (ya que entraron en política), determinadas reivindicaciones fueron satisfe-

2015, 76); REP (1978-2015, 167); *Mobilization* (1996-2015, 61); y *Social Movement Studies* (2002-2015, 45).

chas, y el conflicto laboral fue apaciguado por las organizaciones de izquierda (441-2). Diferentes autores (Ibarra, 2005; Laraña, 1993; Alonso 1991) coincidieron en señalar que los movimientos sociales fueron casi invisibles en la segunda mitad de los años 80.

No es, sin embargo, evidente que la sociedad española se desmovilizara en los años 80 y 90. Las cuatro olas de cuestionarios del European Social Survey para ese período revelan que España fue, con una única excepción, el primer país en términos de asistencia a manifestaciones. Además, el número diario de estas pasó de 15 en 1982-1989 a 30 en los años 90, y 32 en el cambio de siglo; en 2008-2009 se alcanza un récord, con más de 15.000 y 24.000 anuales (42 y 66 diarias), respectivamente (Jiménez, 2011, pp. 20 y 27).

Además de cuantitativamente, la movilización en España es interesante en términos cualitativos: la protesta antinuclear, los movimientos etnolingüísticos, las manifestaciones por el reconocimiento de la idiosincrasia regional, entre otros, son prueba de ello. Además, la violencia política asociada al terrorismo de extrema izquierda y derecha en los albores de la Transición (y los consiguientes movimientos por la paz, de víctimas del terrorismo así como de presos) no tiene parangón en ningún otro país europeo. Más recientemente, las multitudinarias manifestaciones contra la guerra en Irak, las protestas de estudiantes anti Bolonia y a favor de la vivienda digna, las movilizaciones contra la ampliación del aborto y el matrimonio gay, y el movimiento 15M son ejemplos del vigor de la protesta.

¿Qué sabemos sobre los resultados políticos de los movimientos sociales en España?

Es lógico que si se analizan los resultados políticos de los movimientos sociales, se entienda que estos constituyen uno más de los *stakeholders* que intentan influir en el proceso político. Los movimientos persiguen tener efectos en la agenda de los partidos y, eventualmente, del gobierno, de forma que determinados temas que abanderan se conviertan en resultados políticos palpables. Así pues, los movimientos pueden ser concebidos, junto a los grupos de interés, como determinantes de la política pública. Por ello, el análisis de sus resultados políticos puede beneficiarse de la imbricación entre dos campos

de estudio: el *social movements studies* y el análisis de las instituciones políticas y comportamiento de las élites (Burnstein & Linton, 2002).

Cuando las demandas del movimiento son satisfechas por las autoridades, aparecen los resultados políticos. Para ser tales, deben poder ser identificados y/o medidos: es decir, deben plasmarse en la aprobación, aplicación y cumplimiento (*enforcement*) de *outputs* legislativos, políticos y judiciales. Los resultados son externos al movimiento y se orientan al Estado (gobierno, burocracia y tribunales en los diferentes niveles territoriales); y son de tipo meso (orientados a políticas concretas), porque ni el nivel micro (aumento de la eficacia política de los individuos, por ejemplo) ni el macro (los pocos casos de cambios revolucionarios) entran en una definición que contempla a los movimientos sociales como actores que compiten con otros, dentro de la sociedad civil, por ganar influencia en el proceso político.

A pesar de haber revisado más de 3.000 artículos, la tabla 1 muestra que el número total sobre el tema es muy pequeño (N = 44, 1,4% del total). Es más, la mayoría se encuentra fuertemente escorada hacia el reciente movimiento 15M (tabla 2).

Tabla 1. Número de artículos sobre OMS en España

Revista	Frecuencia	% del total	% del total de las 5 revistas
REIS	20	20/900 (2,2%)	20/44 (45,5%)
RIS	7	7/644 (1%)	7/44 (16%)
REP	4	4/1002 (0,3%)	4/44 (9%)
Mobilization	4	4/305 (1,3%)	4/44 (9%)
SM Studies	9	9/315 (2,8%)	9/44 (20,5%)
TOTAL	44	7,6%	100%

Fuente: elaboración propia.

La tabla 2 recoge 32 artículos (se eliminan 12 de los anteriores por ser exclusivamente teóricos) y resume el tipo de OMS.

Tabla 2. Tipos de OMS

OMS/Movimiento social/Familia MM.SS	Frecuencia y % total
15M/Indignados	8/25
«Movimiento vasco liberación-ETA» Movimientos etnolingüísticos en País Vasco	4/12,5
Antimilitaristas/objetores conciencia	4/12,5
Mujeres/feministas	4/12,5
Gays y lesbianas	2/6,2
Solidarios/ONGs ayuda al desarrollo	2/6,2
Plataformas ciudadanas	2/6,2
Otros: anarquistas (a), Nunca Mais, NM (b), inmigrantes sin papeles (c), antiaborto (d), vivienda digna, MVD (e), antiglobalización (f)	6/18,7
TOTAL	32/100

Fuente: elaboración propia.

La tabla 3 recoge solo los 12 artículos que hacen algún tipo de referencia a las demandas de las OMS, aunque prácticamente ninguno las analiza de forma sistemática. Como resultado de esta indefinición, surgen varios problemas. Primero, la ausencia de análisis riguroso sobre las demandas no permite tratar el tema de las implicaciones políticas que su potencial obtención conllevaría (cómo se verían afectados otros *stakeholders*, por ejemplo), ni cómo la relación entre el tipo de actor afectado por las demandas (*target group*) y el movimiento social puede afectar las probabilidades de conseguirlas o no: el poder político y económico de algunos *target groups*, así como su distancia de las OMS (el ejército, las multinacionales…) reducen las probabilidades de éxito de estos, mientras que el hecho de que otros *target groups* carezcan de tal poder y estén además próximos a las OMS (las autoridades académicas, por ejemplo) puede aumentarlas. Segundo, generalmente hay una conexión entre los *target groups* y el tipo de demandas: cuanto más cercanas están estas de ser lo que se denomina *displacement goals* (objetivos que alteran el *statu quo*), más probable es que los *target groups* sean comparativamente poderosos. Tercero, la combinación de demandas y *target groups* puede incidir en el tipo

de repertorio que las OMS pongan en práctica y en el alcance del conflicto que termine generándose (Yamasaki, 2009).

Un cuarto problema es no distinguir entre distintos tipos de demandas, lo cual es particularmente grave en el caso de actores *multi-issue*, como los movimientos sociales. Las diferentes demandas de un movimiento inciden en políticas (*policies*) distintas y encuentran así una diversidad de respuestas por parte de las autoridades. Lowi (1964, p. 689) señaló tempranamente que las *policies* eran «arenas reales de poder» y estableció una tipología de las mismas que se ha convertido en clásica:

1) políticas regulativas, centradas en la autorización y/o prohibición de determinadas conductas y prácticas sociales;

2) políticas distributivas, centradas en la canalización de recursos públicos hacia determinados territorios, grupos o *constituencies* (conocidas como *pork barrel politics*);

3) políticas redistributivas, centradas en la aplicación de programas de tipo *welfare*;

4) políticas constitutivas, centradas en asuntos constitucionales, reglas del juego político como los sistemas electorales, y organización territorial del Estado.

La tabla 3 recoge que las demandas dirigidas al primer tipo de política, o demandas regulativas, son mayoritarias (9): el fin del servicio militar, la promoción del euskera, la aprobación del matrimonio gay, la regulación de la prostitución, la ilegalización del aborto, la regularización de los inmigrantes sin papeles, una nueva legislación sobre transporte marítimo de sustancias peligrosas y sobre viviendas de protección oficial, y la incorporación de principios de sostenibilidad en la tarifa del agua. También aparecen demandas distributivas (programas de rehabilitación y de inserción en el mercado laboral para drogodependientes, por ejemplo), y ninguna de tipo redistributivo o constitutivo.

Tabla 3. Tipos de demandas de las OMS

¿Se refieren a las demandas? N=12 (37,5%)	¿Qué tipo de demandas?
Movimiento etnolingüístico en País Vasco. Sí	Regulativas: promoción del euskera
Antimilitaristas/objetores de conciencia. Sí	Regulativas: fin del servicio militar
Mujeres/feministas	Distributivas: programas de rehabilitación e inserción en el mercado laboral (Madres contra las drogas) Regulativas: regulación de la prostitución (asociaciones de mujeres)
Movimiento gay	Regulativas: aprobación del matrimonio gay
Plataformas ciudadanas	Regulativas y distributivas: criterios de sostenibilidad y reducción de la tarifa del agua Distributivas: inversiones en infraestructuras
Otros: (a); (b); (c); (d); (e); (f). Sí (4 de 6)	b) Regulativas y distributivas: nuevo código marítimo, dimisiones y ayuda económica c) Regulativas: nuevo marco legal, regularización y eliminación de sanciones d) Regulativas: derogación de la ley e) Regulativas y distributivas: nuevo marco legal y ayuda económica

Fuente: elaboración propia.

Las demandas regulativas (y las constitutivas) encajan generalmente en juegos de suma cero en los que existen dos jugadores (autoridades y OMS) y resultados dicotómicos (aprobación o rechazo de prácticas sociales), mientras que las distributivas y redistributivas incorporan más jugadores, pueden ser desagregadas y son más fácilmente negociables. Además, como las dos primeras no se ven afectadas por el ciclo económico, a diferencia de las dos segundas, a las autoridades les resulta difícil justificar su no aprobación si

eran parte de su programa político y si, además, cuentan con el favor de la opinión pública.

La discusión en torno a cómo las distintas demandas encajan en distintas políticas y cómo esto afecta a distintos *target groups* y *stakeholders*, condicionando lógicamente el *output* del juego político, está generalmente ausente en los artículos revisados. El que más se aproxima a esta discusión es Ajangiz (2002), que señala que las políticas que se centran en la defensa (servicio militar) son de perfil alto y decididas por pocos actores y, por ello, la única forma de tener algún tipo de impacto es mediante un grado excepcionalmente alto de movilización: desde 1988 hasta 1996, la protesta congrega alrededor de 20.000 insumisos, una cifra sin parangón en Europa. *Ex post facto* sí parece que este factor haya contribuido a la desaparición del reclutamiento en España, aunque en una investigación comparada sobre otra política de perfil alto (la energía nuclear) se concluía de manera opuesta que la desmovilización podía ser más productiva que la agitación en la calle (Yamasaki, 2009). De hecho, la combinación de *displacement goals* y *target groups* poderosos, que generalmente se halla en políticas de perfil alto, parecería anticipar el fracaso de las OMS (tabla 4). Que ello no ocurra requiere un análisis detallado que identifique los mecanismos causales que subyacen a este inesperado resultado.

Tabla 4. Resultados esperados para las OMS en función de demandas y *target groups*

Demandas / *Target groups*	*Displacement goals*	No *Displacement goals*
Poderosos	Fracaso	Resultado abierto
Poco poderosos	Resultado abierto	Éxito

Fuente: elaboración propia.

¿Qué resultados políticos? ¿Éxito o fracaso? Atribución causal

Aunque existe reticencia a la hora de utilizar los conceptos de éxito y fracaso como forma de analizar los resultados de las OMS (Amenta *et al.*, 2010; Bosi y Uba, 2009; Giugni, 1998; Gamson, 1975), ambos pueden ser analíticamente útiles siempre y cuando: a) se definan con precisión, y b) se discutan con

rigor los problemas de atribución de causalidad. Se puede definir el éxito como la obtención por una OMS (o coalición de OMS) de resultados políticos que son correctamente implementados. Los resultados se vinculan exclusivamente a las demandas explícitas anunciadas públicamente por las OMS y a las acciones realizadas por las OMS para intentar conseguirlas. No son éxito, por lo tanto, los resultados positivos que no responden a demandas explícitas realizadas por las OMS, y no son consecuencia de las acciones deliberadas de dicho actor. Estas condiciones restrictivas son compatibles con el hecho de que el éxito raramente puede ser «completamente atribuido a la acción del movimiento» (Giugni, 1998, 387). Es decir, lo más probable es que las OMS consigan resultados en alianza con otros actores. De ahí «el fuerte poder explicativo del modelo de efectos conjuntos de los resultados de los movimientos sociales» (Giugni y Yamasaki, 2009, p. 467), similar al de intermediación política que contempla que la probabilidad de éxito de los movimientos aumenta si su movilización se ve acompañada de la existencia de aliados políticos y de una opinión pública favorable.

De los 12 artículos que hacen referencia a las demandas, diez tratan de los resultados políticos (tabla 5): antimilitaristas (2), mujeres (2), y movimiento vasco, gays, inmigrantes, Nunca Mais, movimiento vivienda digna, y una plataforma ciudadana (6). Estos artículos utilizan los conceptos de éxito o fracaso para caracterizar los resultados (seis hablan de éxito, dos de fracaso, dos de resultados mixtos). Únicamente en un caso se conecta de algún modo los *social movement studies* con el *policy analysis* a través de la teoría de la intermediación política (Calvo, 2010).

Los dos artículos sobre los antimilitaristas (Sampedro, 1997; Ajangiz, 2002) coinciden en atribuir éxito al movimiento cuando, en 1996, desaparece el servicio militar. Este resultado fue precedido por una movilización extraordinaria, una amplia cobertura mediática y una élite política desunida. Además, la regulación de la prestación sustitutoria estaba mal diseñada y las autoridades se mostraron reticentes, de manera gradual, a utilizar la fuerza contra los manifestantes.

Tabla 5. OMS y resultados políticos

¿OMS y resultados políticos? N=10	¿Éxito o fracaso? ¿Cuál es la evidencia?
Movimiento etnolingüístico vasco	Éxito: promoción del euskera; mapas sociolingüísticos
Antimilitaristas	Éxito: fin del servicio militar
Mujeres/feministas	Resultados mixtos: (a) Aprobación de programas de rehabilitación y laborales (Madres contra las drogas); (b) *Input* en el debate parlamentario (asociaciones de mujeres)
Movimiento gay	Éxito: aprobación del matrimonio gay
Plataforma contra factura agua	Éxito: reducción de tarifa y pérdida económica para las autoridades
(b), (c), (e)	(b) Fracaso; (c) Éxito: regularizacion, cambios legislativos; (e) Fracaso

Fuente: elaboración propia.

También se habla del éxito del movimiento gay en relación a la aprobación en 2005 del matrimonio para personas del mismo sexo (Calvo, 2010): la alianza entre las OMS gay de tipo reformista y el nuevo liderazgo socialista fue clave para la reforma. La opinión pública desempeñó, sin embargo, un papel crucial en ambos casos: Ajangiz (2002) señala que los insumisos no habrían alcanzado sus resultados de no haber sido por la extendida oposición al reclutamiento forzoso entre la población, mientras que Sampedro (1997, p. 168) recoge que ya en 1975, el 54% de los encuestados mostraba una opinión favorable hacia los objetores y un 74% se oponía a su encarcelamiento. Calvo (2010) también recalca que poco antes de la aprobación del matrimonio gay, el 66% apoyaba esta nueva institución.

Que en el siglo xxi un gobierno socialista, con un nuevo liderazgo centrado en la ampliación de libertades y derechos y con unos datos demoscópicos favorables, apruebe una reforma que permita el matrimonio entre personas del mismo sexo, puede no resultar muy sorprendente. Pero que el primer gobierno socialista en democracia mantenga durante 14 años el impopular servicio militar, a pesar de las multitudinarias protestas y las encuestas

de opinión en su contra, y que sea un gobierno conservador el que, tras ganar las elecciones en 1996, decida eliminarlo, es un asunto difícil de entender y que requiere un análisis más detallado.

Al movimiento etnolingüístico vasco también se le asigna éxito porque consigue promover el euskera (Tejerina, 1999), pero la ineludible pregunta contrafactual es si en ausencia del movimiento, el gobierno nacionalista del PNV no habría hecho lo mismo. En los otros dos casos de supuesto éxito: inmigrantes que se encierran en una serie de iglesias para exigir su regularización (Barbero, 2013) y una plataforma ciudadana que pone en marcha una campaña de desobediencia civil para protestar por el repentino aumento de la tarifa del agua (Sempere, 2004), la causalidad sigue también una lógica secuencial. En el primer caso, el encierro de los *sans-papier*s suscita una amplia oleada de apoyo de ciudadanos y ONGs que termina forzando una negociación con las autoridades, cuyos resultados son favorables al colectivo de inmigrantes; en el segundo, la plataforma ciudadana consigue, tras una larga campaña de desobediencia civil, el cambio tarifario y que el gobierno municipal deje de percibir 27 millones de euros en la factura del agua. Los efectos de la movilización resultan más evidentes en el primer caso que en el segundo, ya que la protesta ciudadana por el incremento del precio del agua se prolonga durante años y, en la misma línea de las críticas al argumento de Robert Putnam en su obra *Making democracy work*, la identificación de mecanismos causales se debilita cuanto mayor es el tiempo transcurrido entre X e Y.

A priori, parece más sencillo adscribir fracaso que éxito y, tal vez por ello, los autores no discuten las razones de tal resultado. El MVD fracasa porque el gobierno socialista no satisface sus demandas más relevantes (Aguilar y Fernández, 2010), y también fracasa Nunca Mais, ya que tampoco obtiene por parte del gobierno conservador ninguna de las reivindicaciones que había hecho públicas (Aguilar & Peña, 2004). Los resultados mixtos acompañan a los dos movimientos protagonizados por mujeres: Madres contra las drogas, y mujeres y feministas en el debate sobre la prostitución (Valiente, 2001 y 2004). En el primer caso se adoptaron ciertos programas de rehabilitación, pero es difícil desligar el impacto que el movimiento pudo tener en dicho resultado de la reacción de las autoridades ante la percepción de inseguridad ciudadana generada por los drogodependientes. En cuanto a la prostitución,

las diferentes OMS de mujeres defendían distintas aproximaciones al tema y, aunque tuvieron un cierto papel durante el debate parlamentario, no consiguieron que asuntos relativos al género se incorporaran al mismo.

Conclusiones

La revisión bibliográfica sobre los resultados políticos de los movimientos sociales en España permite afirmar que todavía queda mucho camino por recorrer a la hora de documentar si estos actores son políticamente relevantes o no, y bajo qué circunstancias pueden ser lo uno o lo otro. Como el número de casos con el que se ha trabajado es muy pequeño, el siguiente paso es ampliarlo mediante una revisión que no se limite a cinco revistas, sino que incorpore todos los trabajos que aparezcan por ejemplo en Web of Science.

A pesar de los límites que derivan de un N pequeño, se pueden extraer dos conclusiones relevantes: en primer lugar, en la literatura predomina una discusión poco sistemática acerca de la relación entre movimientos, demandas de los mismos y resultados; y, en segundo lugar, ciertos elementos del *policy analysis* pueden ayudar a introducir sistematicidad en esta discusión. ¿Cómo?

Lo primero es concebir a los movimientos sociales como uno de los actores que determinan las políticas públicas, y definir los resultados políticos como las demandas del movimiento que son satisfechas por las autoridades y que se plasman en la aprobación, aplicación y cumplimiento de *outputs* legislativos, políticos y judiciales. Utilizando la tipología de Lowi, en segundo lugar, se consigue vincular las demandas de las OMS a las distintas *policies* existentes. Como estas son arenas de poder en las que interactúan movimientos sociales y otros *stakeholders* (a veces, contramovimientos), *target groups* y autoridades, su análisis posibilita una discusión rigurosa sobre las probabilidades de éxito o fracaso de los movimientos. Finalmente, y en relación con los problemas de atribución de causalidad, el modelo de efectos conjuntos y la teoría de la intermediación política se demuestran útiles a la hora de entender que tanto el éxito como el fracaso no suelen ser consecuencia únicamente de las acciones de las OMS: los movimientos aumentan sus probabilidades de éxito cuando operan conjuntamente con aliados influyentes y tienen de su lado a la opinión pública. Cuánta sea la «cantidad» de éxito que pueda

asignarse a cada uno de estos elementos, es otro asunto espinoso a discernir en futuros estudios.

Bibliografía

Aguilar, S. (2011). El movimiento antiabortista en la España del siglo xxi: el protagonismo de grupos sociales laicos y la alianza de facto con la iglesia católica. *Revista de Estudios Políticos*, 154, pp. 11-39.

Aguilar, S. & Ballesteros, A. (2004). Debating the concept of political opportunities in relation to the social movement Nunca Máis. *Southern European Society and Politics*, 9, 3, pp. 28-53.

Aguilar, S. & Fernández, A. (2010). El movimiento por la vivienda digna en España o el porqué del fracaso de una protesta con amplia base social. *Revista Internacional de Sociología*, 68, 3, pp. 679-704.

Ajangiz, R. (2002). El fin de la conscripción en Europa: un escenario de opciones singulares. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 97/02, pp. 57-93.

Alonso, L.E. (1991). Los nuevos movimientos sociales y el hecho diferencial español. En M. Beltrán (ed.), *España a Debate. II. La Sociedad*. Madrid: Tecnos.

Amenta, E., Caren, N., Chiarello, E. & Su, Y. (2010). The political consequences of social movements. *Annual Review of Sociology*. 36, pp. 287-307.

Barbero, I. (2013). El movimiento de los Sin-Papeles como sujeto de juricidad. *Revista Internacional de Sociología*, 71, 1, pp. 37-64.

Biggs, M. & Andrews. K. T. (2015). Protest campaigns and movement success. Desegregating the U.S. South in the early 1960s. *American Sociological Review*, 80, 2, pp. 416-443.

Bosi, L. & Uba. K. (2009). Introduction: the outcomes of social movements. *Mobilization: An International Journal*, 14, 4, pp. 409-415.

Burstein, P. & April, L. (2002). The impact of political parties, interest groups and social movements on public policy. *Social Forces*, 81, 2, pp. 381-408.

Calvo, K. (2010). Movimientos sociales y reconocimiento de derechos civiles: la legalización del matrimonio entre personas del mismo sexo en España. *Revista de Estudios Políticos*, 147, pp. 137-167.

Casquete, J. (1996). The sociopolitical context of mobilization: the case of

the anti-military movement in the Basque country. *Mobilization, An International Journal*, 1, 2, pp. 203-212.
Cloward, R. A. & Piven, F. F. (1978). *Poor People's Movements: Why They Succeed, How They Fail*. Nueva York: Vintage Books.
Gamson, W. A. (1975). *The Strategy of Social Protest*. Homewood: Dorsey.
Giugni, M. (1998). Was it worth the effort? The outcomes and consequences of social movements. *Annual Review of Sociology*, 24, pp. 371-393.
Giugni, M. & Yamasaki, S. (2009). The policy impact of social movements: A replication through qualitative comparative analysis. *Mobilization: An International Journal*, 14, 4, pp. 409-415.
Goodwin, J. & Jasper (2003). *The Social Movements Reader: Cases and Concepts*. Malden y Oxford: Blackwell.
Ibarra, P. (2005). *Manual de Sociedad Civil y Movimientos Sociales*. Madrid: Síntesis.
Jiménez, M. (2011). La normalización de la protesta: El caso de las manifestaciones en España (1980-2008). Madrid: CIS.
Laraña, E. (1993). Movimientos sociales. En S. del Campo (ed.) *Tendencias sociales en España (1960-1990)*. Bilbao: Fundación BBV.
Linders, A. (2004). Victory and beyond: A historical comparative analysis of the outcomes of the abortion movements in Sweden and the United States. *Sociological Forum*, 19, 3, pp. 371-404.
Lowi, T. J. (1972). Four systems of policy, politics, and choice. *Public Administration Review*, 32, 4, pp. 298-310.
McAdam, D. (1999). *Political Process and the Development of Black Insurgency, 1930-1970*. Chicago: The University of Chicago Press.
Sampedro, V. (1997). Leyes, políticas y números de la objeción. Una explicación de la incidencia social de los objetores e insumisos. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 79, 97, pp. 143-172.
Sánchez-Cuenca, J. I. 1968. Mass protest and radicalization in the late sixties. Mimeo.
Sánchez-Cuenca, J. I. & y Aguilar, P. (2009). Terrorist violence and popular mobilization: the case of the Spanish transition to democracy. *Politics & Society*, 37, 3, pp. 428-453.
Sempere, J. (2004). La guerra del recibo del agua. *Revista Internacional de Sociología,* 38, pp. 169-187.

Tejerina, B. (1999). El poder de los símbolos. Identidad colectiva y movimiento etno-lingüístico en el País Vasco. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 88, 99, pp. 75-105.

Uba, K. (2009). The contextual dependence of movement outcomes: A simplified meta-analysis. *Mobilization: An International Journal*, 14, 4, pp. 409-415.

Valiente, C. (2001). ¿Movilizándose por otros?: el caso de las «Madres Contra la Droga» en España. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 96, 1, pp. 153-183.

Valiente, C. (2004). La política de la prostitución: el papel del movimiento de mujeres y los organismos de igualdad en España. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 105, 4, 103-132.

Veigh, R., Welch, M. R. & Bjarnason, T. (2003). Hate crime reporting as a successful social movement outcome. *American Sociological Review*, 68, 6, pp. 843-867.

Yamasaki, S. (2009). A Boolean analysis of movement impact on Nuclear Energy policy. *Mobilization: An International Journal*, 14, 4, pp. 409-415.

Debate

EL CAMPO DE ESTUDIO DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES EN ESPAÑA DESDE UNA PERSPECTIVA LONGITUDINAL

Gomer Betancor y Rubén Díez (moderadores)
Benjamín Tejerina, María Jesús Funes, Ramón Adell

Gomer Betancor y Rubén Díez

Vamos a presentar un conversatorio sobre la evolución en el campo de estudio de los movimientos sociales en España desde una perspectiva longitudinal[1]. Lo hemos titulado así para hablar de cuáles han sido las continuidades y las transformaciones en este campo de estudio dentro del ámbito español. La idea era hacerlo aprovechando el marco de este Encuentro Inter-congresual, porque es un contexto más informal, en el que tenemos espacio para hablar de estas cuestiones en mayor profundidad que en los congresos de la Federación Española de Sociología (en adelante, FES), que suelen ser más encorsetados y no dejan tanto tiempo para tales propuestas.

La idea es actualizar y debatir sobre las continuidades y los cambios, también incorporando los aportes de otras disciplinas de cara al debate, como podrían ser los estudios feministas, de acuerdo con lo que planteaba Gracia

1 Presentamos aquí la transcripción editada del conversatorio sobre el estado del arte de este campo de estudios, en el marco del Encuentro Inter-congresual del Comité de Investigación de Movimientos Sociales, Acción Colectiva y Cambio social (CI-20) de la Federación Española de Sociología. Vídeo disponible en https://canal.uned.es/video/5b163c9cb1111f627f8b4567.

Trujillo, o en la línea que también Adriana Razquin ha trabajado mucho desde la antropología de los movimientos sociales. Ver diferentes perspectivas y buscar la interdisciplinariedad.

Para ello hemos contado con tres personas que llevan trabajando el tema de los movimientos sociales más de 20 años, y por la cercanía que tenemos con ellos los hemos invitado y queremos agradecerles que hayan tenido a bien participar aquí. Están con nosotros Benjamín Tejerina, que es Catedrático de Sociología y Profesor del Departamento de Sociología 2 en la Universidad del País Vasco; también es Director del Centro de Estudios sobre la Identidad Colectiva, adscrito a la UPV. María Jesús Funes, que es Profesora Titular de Sociología en el Departamento de Sociología III de la UNED, corresponsable del Grupo de Estudios sobre Sociedad y Política (UNED/UCM), y especializada en acción colectiva, participación y movimientos sociales. Y Ramón Adell, Profesor Titular del Departamento de Sociología I de la UNED y especializado en movimientos sociales y sociología de la protesta, y responsable de la Biblioteca y Archivo de Propaganda BAP-RAA.

Institucionalización del estudio de los movimientos sociales

Gomer Betancor y Rubén Díez

Uno de los primeros momentos de institucionalización de este campo de estudio en España surge con la aparición de un comité específico en el Congreso de la FES en 1992[2]. Transcurrido más de un cuarto de siglo de ese hito, ¿cómo veis la evolución de este campo desde entonces?

2 Como se puede apreciar en el sitio web de la FES, ese IV Congreso se celebró en Madrid entre el 24 y el 26 de septiembre de 1992 bajo el lema «Sociología entre dos mundos», en alusión a la activa presencia también de la Sociología Latinoamericana en ese congreso. Información disponible en http://www.fes-sociologia.com/congresos-anteriores/pages/150. A la trascendencia de ese congreso como momento de la historia reciente de la Sociología española también se alude en las obras de Reyes (1992) y Álvarez Uría & Varela (2000).

Benjamín Tejerina

Buenos días a todas y a todos, y gracias de nuevo a los organizadores por el esfuerzo que implica contactar con tantos investigadores e investigadoras, traernos aquí y juntarnos para debatir; y a los presentes, obviamente.

La primera cuestión es en torno a cómo vemos la evolución de este campo. Y es verdad que llevamos trabajando todos más de 20 años en estos temas, pero cuando uno intenta reflexionar sobre la evolución de un campo que ha cambiado tanto es difícil encontrar pautas que te digan de dónde venimos y hacia dónde vamos. Yo básicamente quería decir tres cosas en cuanto a esta evolución.

La primera es que, como dije ayer *en passant*, de desliz, venimos de un momento, la Transición, que ha arrojado una especie de foco sobre todo lo que ha pasado posteriormente. Y es un momento, el de la Transición –final del franquismo y la Transición hasta el año 1978 o 1980–, en el que hubo una enorme movilización de todos los sectores, desde el feminismo, los grupos antinucleares, las asociaciones de vecinos, incluso los partidos políticos, que en aquel momento no tenían una fuerte institucionalización, utilizaban la calle como lugar de expresión de sus demandas y sus reivindicaciones. Y obviamente la violencia estaba muy presente en muchos de estos actos. Hay un número monográfico que acaba de aparecer en la revista *Debats*[3], de la Institució Alfons el Magnànim-Centre Valencià d'Estudis i d'Investigació, donde diversos colegas hablamos de distintos movimientos sociales durante esta época, de por qué el papel de los movimientos sociales en aquel momento se ha oscurecido.

No voy a decir si es intencional o no, pero se ha dejado en un segundo plano, y se ha utilizado la teoría de las élites para explicar el momento de la Transición. Pero si vais a cualquier periódico de la época veréis represión, veréis asesinatos, veréis encarcelamientos, veréis miles de personas que salen a la calle por la contaminación, por la carencia de equipamiento de los barrios… Es decir, fue un momento de eclosión, en el que todas las reivindicaciones que de alguna manera no habían encontrado cauce a través del régimen dictatorial emergen a la vida pública, a la luz pública, y ocupan la calle.

3 Monográfico de *Debats* titulado «Les altres transicions. Experiències i relats oblidats, alternatius i resistents als relats hegemònics de la transició a la democràcia», vol. 132, nº 1. Disponible en http://www.revistadebats.net/index.php?journal=debats.

Segundo, ¿qué supone esto? Supone que si vives un momento de eclosión, todo lo que venga posteriormente va a ser muy difícil que se mantenga de la misma manera. Con esa imagen que tenemos a nuestras espaldas, lo que uno ve posteriormente es una serie de emergencias y desapariciones de ciertos movimientos sociales, que explicaría (en una teoría de los ciclos de protesta) cómo durante la década de los 90 hubo un par de movimientos que adquirieron mucha visibilidad: el movimiento contra el servicio militar obligatorio, primero, y luego el pacifismo en general…; mucha reivindicación feminista, con un proceso de institucionalización en políticas públicas; el movimiento antinuclear en la primera época, luego el movimiento ecologista; los movimientos contra la guerra en la década de los 90… más o menos la genealogía de estos movimientos la conocéis todos, no la voy a repetir. Pero sí es verdad que cuando uno echa la vista atrás, parece que hay momentos de parálisis, donde parece que no pasa nada (por lo menos no se visibiliza nada), y los movimientos sociales y las organizaciones lo que hacen es estar en lo que Melucci (1994, p. 146 y ss.) llama las «redes sumergidas», donde producen la movilización, producen discursos, negocian, discuten, entran en conflicto unos con otros…, pero que son necesarios para luego ver lo que surge del propio momento de visibilidad más intensa.

Tres. Entonces, mi percepción es que hay idas y venidas, momentos de gran visibilidad, donde además se suma una buena parte de la ciudadanía, una buena parte de la sociedad civil se suma a muchos de estos movimientos. Y lo que todos más o menos hemos vivido es que la esfera política más institucionalizada, los partidos políticos, pero también las autoridades, los gobiernos autonómicos y el gobierno central, han sido bastante impermeables a buena parte de estas demandas. Sólo a regañadientes y de manera tardía, muchas de estas reivindicaciones –o al menos una parte de estas reivindicaciones– han sido asumidas a través de las políticas públicas o a través de los cambios legislativos. Pero en la mayor parte de los casos, siempre cogiendo una parte de la reivindicación y no las reivindicaciones más radicales, en el sentido de que van a la raíz, bien sea de la desigualdad entre personas, de orientación sexual, etc.

María Jesús Funes

Yo creo que lo que nos preguntan es qué hay de novedoso en este campo de estudio, qué cambios ha habido tanto en el estudio de los movimientos sociales como en los propios movimientos. Más que de novedad, yo quería señalar algo que creo que es particularmente distintivo del campo de estudio de los movimientos sociales. Me parece que es uno de los campos de la sociología que más pegado está a una realidad cambiante. Porque hay dos conceptos que caracterizan nuestro campo: el de cambio y el de dinamismo. Es decir, el cambio es en sí mismo un factor esencial del campo de estudio. La imagen de «la calle», es decir, la actividad en las vías públicas, y de la gente actuando «moviéndose» es lo característico, y nosotros como estudiosos estamos atentos y siguiendo esta realidad en movimiento.

Me gustaría empezar señalando una cuestión conceptual. A mí no me gusta demasiado el término «movimiento social»; cada vez me crea más dudas su virtualidad explicativa. No lo descarto, pero me crea muchos problemas como analista, porque al final todo es movimiento social, se presta a la generalización y a la confusión, por lo que yo prefiero utilizar, y utilizo, el término «acción colectiva de bases», que evidentemente es mucho más amplio, pero me parece más descriptivo y menos engañoso.

Ramón Adell

Fui durante muchos años colaborador y coordinador del Comité de Movimientos Sociales de la FES; creo que desde el IV Congreso de Madrid de 1992, en que el coordinador del comité era por entonces Enrique Laraña con el grupo de trabajo 31. A día de hoy, ya somos el comité número 20. No es que esto sea un ranking, pero sí demuestra que cada año entran y salen materias en la FES. Obviamente el comité primero o segundo debe ser teoría, metodología… algo sagrado en nuestra profesión, pero es evidente que el estudio de los movimientos sociales se ha hecho un hueco y se ha mantenido.

En todos estos años hemos realizado congresos en Granada, A Coruña, Salamanca, Alicante… muchos de los que estamos aquí hemos ido recogiendo y pasando el testigo a personas más implicadas (Tomás Villasante, que podría estar aquí hablando de la materia mucho mejor que yo). En el Comité de Movimientos Sociales se ha dado cabida a mucho material de muchos temas.

Al principio quizá los temas de investigación se referían más a la Transición, sindicalismo, insumisión, temas de ese tipo. Luego ya fue evolucionando a eventos movilizadores: contra la guerra de Irak, el Plan Hidrológico Nacional, el hundimiento del Prestige. El 15M fue un *boom* en los últimos congresos, sin duda. O sea que siempre se ha estado reflejando el aspecto de la realidad social en lo posible, en trabajos nóveles o ya consolidados.

Y en ese sentido yo creo que esa primera batalla era la visibilidad de los movimientos sociales, o que la acción colectiva, la protesta o la movilización dejasen de estar en el terreno maldito de lo no convencional. «¡En la democracia sólo se vota!», decían algunos politólogos. Son turbulencias, algarada, algo no convencional… ese ruido, que para muchos eran tan sólo *lobbies* o grupos de presión. A lo máximo, los movimientos sociales fueron grandes actores de la Transición, aunque sea de comparsas en unos pactos de élites. En ese sentido, era necesaria esa batalla de que los movimientos sociales existen, son dinámicos… Fue en el Congreso de la FES de 2007 donde José Manuel Robles pasó a tener la coordinación del Comité, y tuvo una idea interesante: que el comité se llamase igual que la denominación de la ISA (International Sociological Association)[4]. Y, en ese sentido, pasó a llamarse «Movimientos Sociales, Acción Colectiva y Cambio Social». A mí me parece que ese añadido contextualiza mucho más el campo tan dinámico y abierto y tan crucial que ocupan los movimientos sociales.

En todos esos años se observa una mayor incorporación de la mujer en los temas de estudio de los movimientos sociales, cosa que me parece positiva, por fin. No creo que el Comité de Movimientos Sociales haya sido especialmente distinto a otros comités o dinámicas patriarcales de la academia, en ningún caso. Siempre ha habido colaboración, participación y buenos trabajos de mujeres. Pero ciertamente satisface ver en este acto de hoy, por ejemplo, la juventud, la renovación y la justa participación, y que esto nos llame a tener en cuenta que los movimientos sociales hay que verlos en clave de género y que posiblemente es uno de los campos que tiene ahora más futuro.

4 Research Committee 48, «Social movements, Collective Action and Social Change», establecido en 1994. Más información de este comité de la ISA disponible en https://www.isa-sociology.org/en/research-networks/research-committees/rc48-social-movements-collective-action-and-social-change.

Perspectivas y enfoques en el estudio de los movimientos sociales

Gomer Betancor y Rubén Díez

En cuanto a las cuestiones de índole teórica, con la renovación e integración creciente de perspectivas que antes se mostraban por separado o como diferentes fases teóricas, ¿hasta qué punto consideráis que los/as académicos/as nos dirigimos hacia perspectivas más integradoras en el estudio de los movimientos sociales?

Benjamín Tejerina

Sobre la segunda cuestión, que tiene que ver con los enfoques teóricos y las relaciones entre académicos y activistas, dos ideas también.

Yo creo que a pesar de que teóricamente todos decimos que los enfoques teóricos no son tan excluyentes y que hay muchas sinergias entre ellos, y que hacemos intentos por integrar distintas visiones, la verdad es que es muy complicado y, al final, muchos de estos intentos no dejan de ser eso: intentos. Porque si reducimos la identidad a un mero recurso, como hacen muchos autores, todo sería movilización de recursos, incluso la política. O todo, dependiendo de la contextualización: cultural, social, política.

Yo soy bastante escéptico, y tampoco veo necesario que se integren tantos enfoques teóricos. Sería genial tener una gran teoría que nos explicara todo, pero creo que ni es posible ni es necesaria. Lo que sí he detectado por las lecturas que uno hace es que hay tres pautas en lo que se ha hecho hasta ahora en la investigación: una que se centra mucho en el tema de las prácticas, la dimensión interna y sobre todo la identidad. Creo que ese es, en nuestro caso, el factor definitorio (cuando digo «nuestro caso» me refiero a la gente que trabajamos en España). La mayor parte de los artículos es sobre el discurso, la construcción de los *frames*, la identidad, las emociones, los cuerpos… estoy hablando un poco en general, lo que sucede en las movilizaciones físicas. Esa materialidad de la movilización. Eso por un lado; creo que esto es el núcleo de la producción más importante.

Luego hay un segundo núcleo, que tiene que ver con las relaciones con la política, eso que podríamos llamar el proceso político. También lo podríamos

llamar *contentious politics*, si queréis, política contenciosa, que da más cabida a la parte más institucional de lo que emerge de las relaciones entre movimientos y otros agentes sociales o políticos o económicos. Pero la producción creo que es menor en comparación con la otra.

El tercer elemento, que es muy interesante por lo que enuncia, es el tema de la evolución. Hay muchísimos trabajos sobre la evolución: la evolución de las manifestaciones, la evolución de la represión, como si fueran ciclos; la transmisión de unos movimientos a otros. Esto es realmente interesante y, sobre todo, hay muchos trabajos tanto cuantitativos como cualitativos de los cambios internos, cómo van cambiando las organizaciones, cómo van cambiando los activistas. Este es un tercer elemento que yo pongo aparte, pero se podría subsumir en los otros dos; sin embargo, considero que tiene un componente distinto.

En cuanto a la relación entre académicos y activistas, creo que se viene produciendo en los últimos años una especie de hibridación, quizás como resultado de la reflexividad; quizás porque algunos académicos han pasado al mundo del activismo, pero seguramente más porque algunos activistas combinan esa actividad con la práctica académica. Y, en todo caso, yo creo que esto es una característica nuestra: cuando te mueves en el ámbito anglosajón, esto no se produce tan claramente. No quiero decir que no exista, pero hay una distinción más clara entre academia y activismo. Si vamos a América Latina es todo lo contrario: hay mucha más hibridación porque se confunden, se mezclan las dos actividades. Se hace reivindicación y se hace movilización a través de los planteamientos académicos. Y en nuestro caso, estamos ahí. Hay algunos que lo hacen de una manera y otros que lo hacen de otra, y yo creo que eso es positivo, o por lo menos es muy interesante para los resultados que produce.

Creo en todo caso que ha aumentado el grado de conciencia sobre la importancia que tiene la producción de conocimiento en este ámbito. Muchas veces cuento esta anécdota, que a mí me ha pasado y es muy probable que a muchos de vosotros también… Haciendo una entrevista con un activista ecologista, al que ya había entrevistado como 25 años atrás y estábamos recuperando toda esa trayectoria y los cambios, en un determinado momento se explaya explicándome todos esos cambios y al final dice: «pero, en fin, como tú dices en tu libro… »; y entonces me empezó a decir lo que me había leído.

«Ya, ya, pero no quiero que me digas lo que me has leído, sino cuál es *tu*… ». Pero eso me hizo reflexionar: los activistas leen cada vez más las cosas que producimos y nosotros muchas veces no sólo nos conformamos con entrevistarles u observarles, sino que tenemos unos diálogos, y todo eso influye. Yo creo que todo esto es una peculiaridad que en otros ámbitos geográficos no se produce. En Estados Unidos esto no se produce, en Canadá prácticamente tampoco… quizá en el mundo del feminismo es un poco diferente, pero tampoco es que sea tan diferente.

María Jesús Funes

Puestos a resaltar alguna novedad en relación con la teoría, enlazo con lo que decía antes: creo que es un campo en el que marca mucho el acontecimiento, marca mucho la realidad que se vive. Esto es muy obvio, y se ve muy claro, con lo que ha ocurrido con el 15M. He leído muchas cosas, como habréis leído todos, y una me convence especialmente y me permite ejemplificar lo que decía anteriormente: la teoría va detrás. A partir del 15M, en tanto que acontecimiento transformador, leemos a los autores desde lo que pasó en el 15M. Esta apreciación no es mía, pero la comparto. Es decir, se aprecia mucha sintonía entre el acontecimiento y lo que se produce desde el análisis. Parece una obviedad, pero si lo pensáis un poco más despacio no es igual en todos los campos de la Sociología.

¿Qué novedades añadiría yo a lo que decía Benjamín? Creo que, por ejemplo, una «novedad» (es una palabra un poco excesiva) es el estudio de las emociones, el estudio de lo afectivo, de lo cognitivo-conductual; es un enfoque que se ha intensificado últimamente. Sin embargo, yo soy bastante clásica y reivindico la validez de los dos enfoques clásicos, porque me parece que cualquier otro de los que conozco puede encajar en ellos.

En primer lugar, la teoría del proceso político, bien trabajada, entendiendo lo que es estructura de oportunidad política como es, y no como demasiadas veces se entiende (es decir, no confundiéndola con «oportunidad política», que es una cosa distinta); me parece que es riquísima y que nos permite estudiar las relaciones estratégicas, las interacciones del poder, los juegos entre los actores, lo que ocurre en la movilización y en la acción colectiva en general. Y creo que de ahí siguen colgando muchísimos planteamientos. Y si

a esto unimos el enfoque de la teoría de la construcción social de la protesta, incluyendo el análisis de marcos (como hicieron los clásicos de la teoría del proceso político), añadimos lo simbólico y lo cultural a lo estratégico y racional. Me parece que ambos enfoques unidos siguen pudiendo englobar prácticamente todo. Nos permiten explicar un porcentaje muy elevado de la realidad. Haciendo, claro está, una aplicación no restrictiva.

Ahora mismo, lo más novedoso en mi trabajo, lo que estoy aplicando por primera vez a mis estudios, es el estudio de las emociones. Desde mi punto de vista cuelga del análisis de marcos y del análisis de lo simbólico-cultural. Y el estudio de las identidades yo lo puedo encajar también ahí. Tal vez es mi forma particular de verlo, excesivamente convencional o clásico, pero a mí me siguen dando respuestas.

En esta misma línea, pongo un ejemplo de uno de los autores más prestigiosos en el campo. Hace no mucho ha publicado Gamson (2011) un texto, cuyo título no recuerdo exactamente; algo así como «El proceso de liberación cognitiva de… no sé qué movimiento, o no sé qué proceso». El concepto de proceso de liberación cognitiva tiene muchísimos años, casi como los que nosotros llevamos estudiando esto. Es un concepto que proviene de McAdam, un clásico de la teoría del proceso político. Y, sin embargo, Gamson lo sigue considerando operativo para la explicación de la movilización, de la formación de la conciencia activista… y yo estoy de acuerdo porque creo que sigue siendo igual de útil a nivel estratégico-analítico que cuando McAdam empezó a utilizarlo. Por eso, desde mi punto de vista, yo creo que en términos de novedad sólo podría resaltar la atención a las emociones, a los cuerpos, a lo afectivo-emocional, y todo lo que ello implica, que tal vez podría ser un cambio de paradigma; no sé, veremos…

Ramón Adell

Novedades o perspectivas integradoras en la materia: es evidente que no hemos dado con una teoría explicativa de los movimientos sociales. El tema no está cerrado; hay visiones, prismas, ángulos, intereses concretos para el estudio que, sumados o coordinados, sí nos han hecho avanzar mucho. Desde las leyes del contagio de Le Bon y Gabriel Tarde, el conductismo, etc., hemos avanzado mucho; no ya en el estudio de los movimientos sociales como

sujeto, en la línea de Touraine, sino mucho más en todas esas dinámicas o ángulos que han contado mis compañeros. En ese sentido, las teorías de los movimientos sociales no están cerradas. Todos estos años ha habido iniciativas muy interesantes: el Centro de Estudios sobre la Identidad Colectiva de Benjamín, la Fundación Betiko, los observatorios de participación de Tomás Villasante y su equipo, etc.

Contando anécdotas de esta casa, de vez en cuando me llega algún mensaje: «Señor Profesor, quiero integrarme en su comité de investigación de movimientos sociales en la UNED»; y yo contesto: «No sé de qué me habla…». Yo siento que en esta Facultad, en la que hemos tenido a personas muy interesantes, muy valiosas en el estudio de los movimientos sociales; y que tenemos: María Jesús Funes, Tomás Alberich, Jaime Pastor… no hayamos logrado crear un equipo interdisciplinar, con aspecto político, identidad, protesta, participación… en ese ámbito. Es algo que siempre he echado de menos. Sí hemos tenido ocasión, por supuesto, de hacer colaboraciones –el libro de movimientos sociales de 2003, que habría que renovar (Funes y Adell, 2003)–, selección de artículos de compañeros, etc.; son algunos ejemplos.

En ese sentido sí echo de menos esto. Pero también conocemos las dinámicas de la universidad y del mundo de los movimientos sociales. El estudio de los movimientos sociales no da para comprarse un chalet. Me refiero a que se puede comer del estudio de los movimientos sociales, pero es más un compromiso personal de voluntad, de convicción, de curiosidad, de inquietudes; y en ese sentido, yo creo que es ahí de donde han salido los buenos trabajos. O sea que quien vaya a planes de investigación, ANECAs y cosas de estas, hay posiblemente otros campos de la sociología en donde la institucionalización, la empresa, el mercado, pueden valorar más el tipo de estudios que hagamos. También es verdad que la sintonía entre militantismo y academia a veces es exagerada y no es buena. Las personas, aún no estando comprometidas, también aprendemos mucho mutuamente. Los académicos estamos para conocer, y que aprendan tanto los movimientos sociales como las instituciones. Que luego nos hagan caso o no, es otra cosa. Pero, como digo, el depender de demasiada identidad o compromiso; o el depender de unas ayudas institucionales, hace que los discursos o las realidades cambien. Y es ahí, en ese sentido, donde echo de menos ese espacio propio.

Para terminar en este aspecto, ya que cada uno ha dicho los ámbitos de estudio: en este caso mío, lo que yo he denominado (aunque Althusser y Olivier Fillieule en Francia ya lo utilizan) «sociología de la protesta», creo que el estudio de la protesta ya no solo está en el ámbito micro y meso, que diría María Jesús Funes, o la «construcción de la protesta social», sino que tiene que pasar al ámbito macro. Estoy de acuerdo en que hay distinción entre Estructura de Oportunidad Política en función de si quien gobierna es débil o fuerte, la movilización de recursos, etc., y a veces yo he aludido a la Estructura de Oportunidad Cultural, Estructura de Oportunidad Económica, y al final te marcan todas. Al final es un corsé de posibilidades escapistas o de encerramiento.

En ese sentido, yo entiendo que todo este estudio de lineales, de series, de comportamientos, de subidas y bajadas de movimientos sociales tienen su explicación, y tienen una explicación contextual. Al tener lo contextual, pasamos al nivel macro y, por tanto, pasamos al meollo del cambio social, siendo los actores de cambio social en este caso los movimientos sociales (podrían ser las nuevas tecnologías, las élites, etc.), y estamos en lo que estamos.

Dinámicas de movilización en los últimos años: el caso español

Gomer Betancor y Rubén Díez

Uno de los cambios en la producción académica en este campo es que a partir del cambio de siglo y, sobre todo con el 15M, empieza a haber dinámicas de movilización en España que comienzan a ser comparables a las de otros países europeos (Romanos, 2011; Romanos & Aguilar, 2016). ¿Consideráis que las dinámicas de movilización en España son asimilables a las de otros países europeos? ¿Se conservan ciertas particularidades o singularidades?

Benjamín Tejerina

Me gustaría decir, ya que María Jesús ha comentado el tema de las emociones, que el CIS acaba de publicar un libro sobre una de las mujeres pioneras de la Sociología de las Emociones: Hochschild (2018). Si no es la que funda los estudios de Sociología de las Emociones, es una de las pioneras, entonces yo

creo que merece la pena acercarse a sus textos. No son textos de ella, es una monografía sobre ella y su trabajo; está muy bien.

¿Somos un parque jurásico aparte o somos parte de los países occidentales y nos parecemos cada vez más a ellos? Pues yo creo que, afortunadamente, la distancia que sí había en la década de los 80 y de los 90 en nuestros trabajos, en relación con otros trabajos en este campo en otros países europeos, se ha ido acortando. No sólo porque ya manejamos prácticamente unas bibliografías muy similares, sino porque la movilidad hace que haya elementos de hibridación, que son muy interesantes. Siempre hay singularidades, obviamente, pero que se deben más a contextos académicos y a contextos socio-estructurales de cada uno de los países, que marcan diferencias entre los movimientos y los momentos de movilización.

Había otra pregunta: ¿hasta qué punto han cambiado las formas de participación en nuestro país, el activismo, si echamos la vista atrás? Yo creo que aquí estamos otra vez siendo cegados o deslumbrados por el 15M. Pero considero que hay un antes y un después en los movimientos sociales en España, que es el movimiento alterglobal, o el movimiento altermundialista, o el movimiento antiglobalización, como queráis llamarlo. Creo que la experiencia del movimiento alterglobal y de los Foros Sociales, la participación en estos lugares, genera un caldo de cultivo y un mecanismo colectivo de aprendizaje y de transferencia de experiencias que cambia muchas de las cosas y de las dinámicas internas de muchos activistas. Más que una tensión entre lo local y lo global, que siempre ha existido, lo que había era una alimentación de cuando los activistas participaban en foros sociales fuera y se traían a sus grupos locales experiencias productivas y experiencias exitosas de movilización de otros lugares.

No es por desmerecer el 15M, que por supuesto no es esa mi intención; pero sí creo que en cuanto a métodos o metodologías de trabajo, procedimientos –que hablábamos ayer–, y en cuanto a concepción de la realidad social que envuelve los movimientos sociales, creo que el momento de ruptura, por poner una fecha, yo diría que es el zapatismo, pero claramente es Seattle, aquella reunión de la Organización Mundial de Comercio. En esas dos fechas aparece mezclado con la internacionalización, o como queráis llamarlo. Sí hay un momento, y no sólo en nuestro caso: en los movimientos europeos pasa lo mismo, y en los movimientos de América Latina y en todos los lugares.

María Jesús Funes

Yo quiero darle un pequeño giro a las preguntas, porque en algún momento me resultaron confusas por parecidas, y para no repetirme… Yo diría que debemos ser conscientes de que están teniendo lugar acontecimientos muy relevantes a nivel político y social, por lo menos en nuestra sociedad. Yo soy menos capaz de hacer una comparativa rigurosa con otros países. Y la gran pregunta que yo haría a esta mesa y a todos los que estamos aquí es si nosotros estamos a la altura, si podemos estar a la altura de lo que está ocurriendo. Porque creo que sí hay actualmente modificaciones interesantes en la vida real; tal vez si hace 30 años lo hubiera pensado habría dicho lo mismo: que había novedades significativas. Pero han pasado los años y creo que ahora sí es cierto, que el momento presente es especialmente significativo pensando en términos de cambio o transformación, o sea que sí tiene sentido hablar de algunas novedades en lo relativo a los hechos, tal vez no tanto a las teorías.

Qué cambios quiero registrar: en cuanto a la dimensión organizativa, creo que nada de lo que ocurre ahora es realmente novedoso, pero de alguna manera sí hay transformaciones que hacen eclosión en los últimos años. Me refiero a que la dimensión organizativa es menos importante a la hora de participar. No es necesario que haya organizaciones para participar: se participa de otra manera, con entradas, salidas, con formatos más libres, menos «organizada» en base a unas normas o estatutos.

En cuanto a la dimensión temporal, encontramos una participación más fragmentada y menos al estilo de lo que era la «participación clásica» de los movimientos sociales. Es decir, la gente participa en esto, pero también en lo otro; la gente participa ahora, pero no seis meses después, y luego vuelve. Creo que hay una mayor fragmentación en términos de tiempo. Hay menos estabilidad, se trata de una participación más discontinua.

También hay cambios importantes en cuanto a la relación con el sentimiento de pertenencia. Hay una hibridación de varios movimientos –y ahora citaré algunos–, y cambia la sensación de pertenencia. Se pertenece a un conjunto de identidad más amplio, más que a movimientos concretos. Me parece que esto es bastante importante para entender lo que quiero transmitir hoy aquí. Como decía anteriormente, no me siento excesivamente cómoda con el término «movimiento social»; me apetece más hablar de «movilización

social» y me apetece más hablar de la «práctica política no convencional». Es decir, de lo que ocurre fuera de las instituciones, que creo que es donde está realmente el motor del cambio político (y social). Entendiendo, claro está, como nos decía ayer Robert Fishman, que en unos países la presencia de esta política no convencional es más relevante que en otros, en unos países tiene más consecuencias transformadoras que en otros, porque las estructuras institucionales son más o menos permeables (volvemos al análisis de la estructura de oportunidad política). Pero, en cualquier caso, la política no convencional es el motor de cambio social y político. Y es desde ahí que considero importante hablar de participación política, por supuesto, pero de la que denominamos no convencional.

Más cambios que merece la pena resaltar: que debemos hablar de movilización sin adjetivos; es lo que creo que está imponiéndose. Y aquí creo que un movimiento que está marcando profundamente el cambio de la movilización es el feminismo. El feminismo (o «los feminismos», como varias corrientes internas creen que es más correcto decir), entendido como un actor que trata de la transformación de la vida desde un aspecto esencialista. Inclusive yo lo uniría a la ecología, en el sentido de pensar un movimiento de transformación más amplio. ¿Por qué digo esto? Porque estoy refiriéndome a la idea, muy revolucionaria, de poner la vida en el centro, de construir vidas, y de defender vidas que merezcan la pena ser vividas. Y aquí quiero leer una frase de Pérez Orozco, que en su libro *Subversión feminista de la economía* dice que la propuesta de cambio «pasa por un vuelco sistémico que permita poner las condiciones de posibilidad del buen vivir (diverso) para todas, todos, todes» en el centro (Pérez Orozco, 2004, p. 53).

Esta idea de las posibilidades del buen vivir está proponiendo una transformación radical, y yo creo que es ahí desde donde hay que entender los cambios más relevantes a los que yo me refería al principio. Efectivamente se trata de reconocer la centralidad de la vida, que es lo que se está reclamando y lo que está atravesando muchos movimientos, incluso muchos tipos de acción colectiva que a lo mejor no se denominan movimientos. Esto va unido a otra serie de características: a una interpretación de la cotidianeidad, es decir, que la movilización se inserta en la vida de cada uno. Y esto se une a lo que comentaba antes: la centralidad de las emociones y de lo afectivo, que evidentemente va muy unido al discurso feminista, porque se trata de una

transversalidad y de una radicalidad emancipadora; y de una construcción desde la praxis vital. Evidentemente, esas palabras que yo considero muy poderosas, eso de «vidas que merezcan la pena ser vividas», «poner la vida en el centro» (Pérez Orozco, 2004), para mí define el eje del cambio al que tenemos que dar respuesta o explicación.

A todo ello hay que unir el concepto de aprendizaje político, y así rescato la idea del cambio generacional, que creo que es muy importante. Lo que está ocurriendo tiene mucho que ver con la llegada a la edad de hacer política de unas generaciones con un alto nivel de cualificación política, de competencia intelectual y con un claro interés por la política. Y para seguir siendo tan clásica, rescato a Inglehart (1991) con su concepto del índice de movilización cognitiva, que es otro de los indicadores que me sigue interesando usar. El índice de movilización cognitiva, aplicado al estudio de por qué, dónde y cuándo se produce la participación, nos muestra que hay más participación cuando se dan de manera conjunta tres factores: poblaciones con mayor nivel de estudios, mayor frecuencia de conversaciones políticas y mayor interés por la política. Esto, que –como siempre– pueden parecer obviedades, no lo son cuando lo planteas en la práctica del análisis.

Y termino con dos ideas más. Al preparar esta intervención he leído algo que me llamó la atención: el rescate de la idea de «verdad». Lo encontré en un documental/exposición sobre el 15M, donde los autores remarcan «Esto es lo verdadero». Dentro de que el concepto de verdad es complicado de utilizar, a mí me parece interesante lo que quiere decir: ¿esto es lo verdadero frente a qué? Me hizo recordar algo que encontraba en mi última investigación: la percepción de que la política se ha convertido en un espectáculo, en una frivolidad (la política convencional), en definitiva, un artificio; y frente a esta visión de la política convencional rescatamos un concepto de verdad, que –de nuevo– para mí tiene relación con lo afectivo-emocional, con esta idea de poner la vida en el centro. Podríamos decir que es «la política de verdad».

Y lo último: ¿cómo se relaciona todo esto con lo institucional, con lo que siempre hemos considerado «la política»? Para entender esto es para lo que creo que nosotros tenemos que estar preparados.

Ramón Adell

La pregunta tiene dos partes: la primera cuestión es si las dinámicas de movilización en España son asimilables. Yo creo que son parecidas al modelo latino y al modelo europeo en cierto modo. Son países movilizadores en la tradición de la Revolución francesa. Habría que ver en Bruselas, capital de Europa, cuántas manifestaciones hay. Ya hubo un estudio de Restituto Zorrilla en el año 1976 estudiando 60 manifestaciones en Bruselas; podríamos analizar el fenómeno de la capitalidad europea. Pero en general yo creo que en nuestro país hay pautas de alta movilización, sin saltar tampoco a ningún extremo. En todo caso, es evidente que España no es un país del modelo anglosajón de *speakers' corner*, de acción colectiva individual, sino de acción colectiva en todo el sentido de la palabra.

Yo antes me refería (por alusiones, María Jesús) a que la protesta es convencional en el sentido de que en una democracia en donde, por ejemplo, en el año 2014 se celebran –según cifras oficiales– más de 45.000 protestas, a mí eso me parece convencional. A mí, la manifestación del 20 de septiembre de 2017 en Barcelona me parece incluso bastante convencional, a pesar de los pesares. Y el 1 de octubre, a pesar de las cargas policiales, el comportamiento colectivo general… bastante convencional, a pesar de los pesares. Y con esto a lo mejor levanto ampollas en un sector y en otro.

Estoy hablando de ritualización, como de un fenómeno cotidiano, y que en una democracia está asumido; por eso lo llamo convencional. En ese sentido, es necesario considerar lo que antes decía Benjamín sobre la genealogía de los movimientos sociales, que todos conocemos; ciertamente la Transición y la singularidad del caso español marcan: tuvimos una Guerra Civil, tuvimos el franquismo y una Transición. Y en estos tres aspectos no hay un discurso consensuado de qué pasó. Sigue habiendo dos Españas, o cuatro, o diez, o mucho elitismo, o mucho revolucionarismo (habría que poner comillas en muchos de esos casos). En ese sentido también hay bastantes fantasmas o mitos que exageran o ningunean el tema de la movilización.

Esa genealogía obviamente empieza con la Transición, con un fuerte liderazgo, un fuerte aparato organizativo –que también ha comentado María Jesús–. Luego está el desencanto de 1978-1981, con desmovilización progresiva, pero además con una gran movilización de la extrema derecha, algo

que a veces también se ignora. El período 1982-1996, que es el de los nuevos movimientos sociales, con el Partido Socialista en el gobierno. Es verdad que de 1990 a 2015, en el caso de Madrid o de muchos ayuntamientos, ya hay gobiernos de derecha, con otro tipo de participación: la *ONGitis*, el *sinfronterismo*, esas vinculaciones más de ONG *charities* o asistenciales, que no cuestionan el *statu quo*, las injusticias, etc.

Luego tenemos el período 1992-2004, más o menos, en la línea antiglobalización, muy interesante, que comienza con aquello de «El 92, nada que celebrar» (el descubrimiento o el encuentro de América), y que acaba más o menos en la movilización contra la guerra de Irak (2003). Pero es verdad que tenemos un período 1997-2005 de movilizaciones institucionales, de media sociedad pidiendo el fin de ETA, etc., con una fuerte institucionalización. Antes hablábamos de grandes líderes en las cabeceras; luego pasamos a grandes líderes institucionales en las cabeceras; y a partir de 2005, y sobre todo desde la movilización contra la guerra de Irak, tenemos a actores en la primera fila. ¡¿Pero esto qué es?! ¡¿Actores en la primera fila?!

Luego, el 15M es cuando todos somos actores. O sea que ese proceso evidentemente ha estado ahí. Y obviamente también las formas de protesta, el concepto de «creatividad social» de Ángel Calle (2000), por ejemplo; todo eso se está viendo. La marea, el tsunami de mareas, etc. Todas esas dinámicas que se salen del formato clásico de la Constitución o del clásico derecho de reunión y manifestación. Tenemos más *performance*; una *performance* de 20 personas no es manifestación (más de 21), es una acción, *flashmob*, etc. Y eso lo saben muchas organizaciones, sea Greenpeace, sea Hogar Social, por ejemplo.

Cambia la cosa; entonces es evidente que hay participación que se nos escapa y que obviamente también hay que analizar y tener en cuenta en cada contexto.

Un intento de síntesis

Gomer Betancor y Rubén Díez

Para finalizar, ¿cuáles pensáis que son las aproximaciones más interesantes en la actualidad en lo referente a investigaciones, temas abordados, teorías, metodologías y relaciones con la producción internacional?

Benjamín Tejerina

Vamos, pues, con la última pregunta, que es la que menos clara tengo (tampoco es que las otras las tuviera muy claras). La primera idea que quería decir es: yo sí creo que hay una enorme diversidad geográfica de los temas, de la movilización o de los movimientos sociales. En noviembre estuve en Montevideo en el congreso de ALAS (Asociación Latinoamericana de Sociología). Se presentaron más de 800 ponencias sobre movimientos sociales; y si las comparamos con las ponencias –cosa que hice– de la ESA (European Sociological Association), o ahora de la ISA en Toronto, se ven diferencias clarísimas sobre los temas, sobre los abordajes, sobre los libros de referencia. Creo que hay realidades muy diferentes.

Hace poco también tuve una experiencia bastante marciana, porque cuando era Presidente del RC-48 de la ISA me invitaron a mí, a Tova Bensky, que es una israelí, a James Goodman, que es un australiano, y a Lauren Langman, que es un profesor de la Loyola Universty de Chicago, a participar en un congreso sobre movimientos sociales en India. Aterrizamos ahí, en representación de la ISA, en Nueva Delhi, en la International Conference on Social Development, Social Movements and the Marginalized en la Indira Gandhi National Open University; y digo lo de «marcianos» porque éramos auténticos marcianos entre todos los colegas de India que se habían reunido para hablar de otros movimientos sociales, de los que yo, al menos, no tenía la menor idea: desde movimientos campesinos, recuperación de tierras o gente expulsada de sus tierras por construcción de grandes infraestructuras, movimientos de mujeres indígenas, acogida de niños abandonados… En fin, toda una serie de temas que ahí se trataban, a los que yo verdaderamente me sentí bastante incapaz de aportar gran cosa. Lo que quiero decir con esto es

que hay una gran diversidad geográfica y de temas todavía muy importante; no hay una sociología global de los movimientos sociales. Creo que eso es bastante discutible todavía en este momento, a pesar de que hay una creciente internacionalización de todo esto.

Una segunda característica es lo que yo llamo –pero no tengo tiempo de explicar muy detenidamente– la «cosificación de la *contentious politics*». Cuando uno lee a los autores, siempre te dicen: «la relación entre movimientos sociales y la esfera política es muy dinámica, entonces hay que ver las interacciones, porque una acción lleva a una reacción… »; pero eso es lo que ellos nunca estudian, siempre se da por supuesto. En nuestro contexto también hay muchos ejemplos. El último es una tesis de alguien que estudió el movimiento estudiantil en España, el movimiento anti Bolonia. Quería medir el éxito del movimiento anti Bolonia, pero no entrevistó a ningún vicerrector de ninguna universidad, no entrevistó a ningún profesor de ninguna universidad, no entrevistó a nadie del otro lado para contrastar sus hipótesis. Simplemente él, con su interpretación, planteaba lo que él consideraba que era el impacto de estos movimientos sociales.

Lo que me lleva a la tercera idea, que es la poca objetividad científica que hay en la justificación de algunas de nuestras interpretaciones. Todavía estamos muy marcados por ciertas interpretaciones: las políticas neoliberales, el patriarcado… pero nos falta ahí afinar un poquito más estas cosas, porque creo que sustituimos ciertas interpretaciones subjetivas o del propio investigador o de la propia investigadora a la hora de explicar ciertos procesos sociales, que no están suficientemente justificados empíricamente. Entonces yo creo que eso sí es un déficit de todos; yo me pongo también en esta tesitura.

La última idea es en cuanto a las metodologías. Y esto lo he vivido yo desde el inicio, porque con las primeras publicaciones de Snow y Benford sobre el *frame analysis* asistí a todo este proceso. Como metodología, el *frame* ha venido para quedarse durante una larga temporada. Esto es algo que se ve claramente: cómo aparece en todos los sitios y se utiliza; a veces como un enfoque teórico que no entiendo muy bien, pero sobre todo se utiliza como una metodología a la hora de analizar el discurso, los cambios en el discurso, cómo los grupos o las organizaciones manejan y gestionan los mensajes a la hora de influir en los demás.

María Jesús Funes

Empiezo con lo último, una cosa que ha dicho Benjamín: ya he dicho antes que me parece que el análisis de marcos es muy poderoso, muy poderoso a muchos niveles. Estaría muy orgulloso Goffman de lo que hizo si pudiera ver el desarrollo que han tenido sus aportaciones, porque no se debe olvidar que es de Goffman de donde parte el análisis de marcos. Acabo de escribir una pequeña biografía sobre Goffman (Funes, 2018) y me ha hecho reflexionar sobre ello. Realmente es algo que no debemos olvidar los que trabajamos en movimientos sociales, porque utilizamos, normalmente, este marco analítico para el estudio de lo abstracto, de los discursos; pero también lo podemos y debemos utilizar para el análisis de la dinámica de la interacción. Y eso multiplica la potencia de esta construcción teórico-metodológica.

Y no me puedo resistir a entrar, no en debate, pero sí en conversación con Ramón, en cuanto a algo que ha dicho sobre la política convencional y la no convencional. Parece que estamos hablando de cosas distintas, y creo que no estamos tan en desacuerdo. Mientras él hablaba, he buscado la definición de «convencional», y la verdad es que no me ha ayudado mucho, pero he visto claro que necesito pensar sobre ello. Desarrollo mi visión: yo utilizo el término de «política no convencional» como se utiliza en la ciencia política que, si no me equivoco, proviene de Barnes y Kaase, de una publicación –creo– de 1979. Estos autores, lo que hacen al calificar determinadas prácticas como política no convencional es rescatar la dimensión política de la movilización y de los movimientos sociales. Hasta que ocurren los fenómenos de los años 60 y los teóricos empiezan a considerarlos temas que merecen atención por parte de la academia, para los estudiosos aquello que ocurría en la calle no era política: era desorden, era turba, era comportamiento irracional; dominaban las interpretaciones de Le Bon y Tarde. Pero los acontecimientos de los años 60 fueron esencialmente transformadores e impidieron seguir considerando la práctica de la protesta como mero desorden; por eso Barnes y Kaase (1979) subrayan la relevancia de estos hechos de cara al cambio social y rescatan y subrayan el carácter político de este tipo de prácticas: «No, disculpe; esto, claro que es política». Es «política» pero no es política institucional.

Cuando yo utilizo el término «política no convencional» (y veo que tengo que repensarlo porque a lo mejor ha quedado anticuado), lo utilizo

en este sentido. La protesta es política pero «no» institucional; es lo que yo antes denominaba la política de las bases sociales. Viendo las definiciones del diccionario, tenía bastante sentido lo que decía Ramón, porque lo que él está reclamando es el carácter político de estos hechos. Y por supuesto que es política –estamos completamente de acuerdo–, pero no es lo que habitualmente se ha considerado como tal. Ahora, tal vez sea más correcto decir «política no institucional»; me lo voy a pensar. Pero desde luego yo sigo reclamando, como un concepto más claro, el de «prácticas políticas de las bases sociales». Me parece tal vez más claro, menos confuso y más expresivo.

Ramón Adell

Creo que en el fondo estamos de acuerdo; es un problema semántico. En ese sentido es verdad que yo llevo años teniendo en cuenta la «convencionalidad» como algo frecuente, en el sentido durkheimiano, normativo en cuanto a generalizado, y además con el añadido de ritualizado después de 40 años de artículo 21 de la Constitución, con sus leyes de 1976, de 1985, de 1990 y de 2016. En ese sentido, para mí eso es convencional. Pero estamos de acuerdo: el asunto es semántico, y no perdamos más tiempo en eso.

Aproximaciones interesantes de la actualidad: pues sin duda el *frame analysis* –estoy totalmente de acuerdo–, que eso va muy unido a la percepción. No nos interesa ya la realidad social, sino la percepción de ella, con lo cual la posverdad y la construcción del lenguaje producen paradojas: la gente está en contra de la OTAN pero a favor de la Alianza Atlántica; está en contra de los vertederos o incineradoras, pero a favor de los puntos limpios. Y todo eso lo sabemos. Entonces, eso es clave.

Aludiendo al cambio generacional que ha comentado antes María Jesús, es clave en todo lo que está pasando, en las distintas oleadas movilizadoras. Añadiría las historias de vida, que se nos están escapando. Sé que para los jóvenes hay demasiados viejos contando las batallitas de siempre, pero ahí hay que aprender mucho. Porque cuando no se tienen luego esas historias, hay que ir a archivos a tirar de ellas, a reconstruirlas, a veces se entienden mal, a veces se coge el rábano por las hojas, y luego aparecen revisionismos, cosas complicadas… Yo creo que los mayores quizá tienen ya poco protagonismo, pero aún tienen mucho valor en ese sentido, en cuanto a transmisión, aunque

las cosas hayan cambiado. Ese trasvase de apoyos entre los movimientos sociales, y unido al concepto de movimiento social, resulta interesante.

Yo también soy bastante estricto con el concepto de movimiento social. Para mí, el 15M no es un movimiento social; el movimiento okupa no es un movimiento social. Pero no voy a discutirlo. Cuando decimos «esto es un movimiento social», se convierte en único, en un referente, y esas gentes adquieren identidades en función de eso y los académicos encapsulamos en función de eso, para acercarnos a esa realidad. Pero en ese sentido estoy más de acuerdo, por ejemplo, con la línea de Tomás Villasante: son «conjuntos de acción», «manglares rizomáticos de la participación»; y en ese sentido estamos hablando de redes donde uno entra y sale. Uno se ilusiona con la Spanish Revolution, y luego se va al extranjero o se queda en casa desanimado. Ese trasvase del sindicalismo a otros movimientos, o esa permeabilidad que está adquiriendo el movimiento feminista en otros movimientos… todo eso es interesante, y es un sistema de vasos comunicantes o de participación o mariposeo muy libre, de cada uno, sin carné, etc.; y que, al igual que los sistemas electorales con las sorpresas del votante, le da un dinamismo y una mayor exigencia a las dinámicas movilizadoras.

En cuanto a relaciones de producción internacional, yo creo que tanto en movimientos sociales como en universidad, academia, investigación… se están creando redes muy interesantes. Por mencionar una, la de Squatting Europe Kollective (SquEAK), que es una red que impulsaron Miguel Martínez López, Hans Pruijt, Inés Morales, Thomas Aguilera, etc. Organizan sus congresos, etc., con una vinculación muy descentralizada en los lugares de celebración, con una implicación muy alta tanto de la academia como los movimientos sociales, en un tema tan curioso y esponjiforme como es el movimiento okupa –y maldito, en algunas ocasiones–. Eso, pues, está ocurriendo. Creo que los agricultores fueron los primeros en coordinarse internacionalmente, en la época de José Bové, aparte de –obviamente– el SubComandante Cero de Chiapas, el 1 de enero de 1994. O sea que hay mucho por hacer y mucho por investigar.

Bibliografía

Álvarez Uría, F. & Varela, J. (2000). *La galaxia sociológica: colegios invisibles y relaciones de poder en el proceso de institucionalización de la sociología en España*. Madrid: Endymion (Ediciones La Piqueta).

Barnes, S.H. & Kaase, M. (1979). *Political Action: Mass Participation in Five Western Democracies*. California: Sage.

Calle, A. (2000). *Ciudadanía y solidarida*d. Madrid: IEPALA.

D'Oliveira-Martins, M. (2018). *Arlie Russell Hochschild. Un camino hacia el corazón de la sociología*. Madrid: CIS.

Funes, M. J. (2018). Erving Goffman: su perfil y su obra. *Tendencias Sociales: Revista de Sociología,* 2, pp. 5-22.

Funes, M. J. & Adell, R. (2003). *Movimientos sociales. Cambio social y participación*. Madrid: UNED.

Gamson, W. (2011). Arab Spring, Israel Summer and the Process of Cognitive Liberation. *Swiss Political Science Review*, 17 (4), pp. 463-468.

Ibáñez, J. (coord.) (1992). *Sociología*. Tomo 1. En Reyes, R. (ed.): *Las Ciencias Sociales en España: historia inmediata, crítica y perspectivas*. Madrid: Editorial Complutense.

Inglehart, R. (1991). *El cambio cultural en las sociedades industriales avanzadas*. Madrid: CIS/Siglo xxi.

Melucci, A. (1994). ¿Qué hay de nuevo en los nuevos movimientos sociales? En Gusfield, J. & Laraña, E. (coords.), *Los nuevos movimientos sociales: de la ideología a la identidad*. Madrid: CIS.

Pérez Orozco, A. (2014). *Subversión feminista de la economía. Aportes para un debate sobre el conflicto capital-vida*. Madrid: Traficantes de Sueños.

Romanos, E. (2011): Epílogo. En Della Porta, D. y Diani, M. *Los movimientos sociales*. Madrid: CIS/Editorial Complutense.

Romanos, E. & Aguilar, S. (2016). Is Spain Still Different? Social Movements Research in a Belated Western European Democracy. En Fillieule, O. y Accornero, G. (eds.), *Social Movement Studies in Europe: The State of the Art*. Nueva York: Berghahn.

Zorrilla, R. (1976). *Sociología de las manifestaciones*. Madrid: Editorial Española Disclée de Brouwer.

AUTORES

Rubén Díez García es Doctor en Sociología y profesor en la UCM y la UC3M. Entre sus últimas publicaciones destaca el libro *Democracia, dignidad y movimientos sociales. El surgimiento de la cultura cívica y la irrupción de los indignados en la vida pública* (junto a Enrique Laraña), publicado por el CIS; y los artículos «More than a Copy Paste: The Spread of Spanish Frames and Events to Portugal» en *Journal of Civil Society* (junto a Britta Baumgarten), y «The indignados in Space and Time: Transnational networks and historical roots» en *Global Society*. Actualmente es el Presidente del Comité de Investigación en Movimientos Sociales, Acción Colectiva y Cambio Social de la Federación Española de Sociología.

Gomer Betancor Nuez es investigador predoctoral en el Doctorado en Sociología de la UNED y Secretario de este mismo Comité. Como parte del equipo directivo del Comité, colabora –junto a Rubén Díez– con la Fundación Betiko en la realización de jornadas y en el análisis y difusión de los movimientos sociales.

Tomás Alberich es Doctor en Ciencias Políticas y Sociología por la UCM, profesor de Sociología en la UNED, activista del 15M y otros movimientos sociales en Collado Villalba y la Sierra de Guadarrama (Madrid).

Antonio Antón Morón es Doctor en Sociología por la UCM y profesor de Sociología en la Universidad Autónoma de Madrid (UAM).

Ion Andoni del Amo Castro es Doctor en Comunicación Social por la UPV/EHU e investigador postdoctoral en la UPV/EHU.

Antonio Álvarez-Benavides es Doctor en Sociología por la UCM y la EHESS-París, profesor de Sociología en la UC3M e investigador en el CADIS-Internacional y en el GRESCO-UCM.

Adriana Razquin es Doctora en Arte y Humanidades por la UCA, profesora de la UAL y miembro del Observatorio de Prospectiva Cultural de la UGR.

Carmen Galdón Corbella es Doctora por la URJC, investigadora independiente, impulsora y coordinadora del grupo feminista Cuarto Propio en Wikipedia.

Francisco Fernández-Trujillo Moares es Máster en Democracia y Gobierno por la UAM e investigador predoctoral de Sociología en la UNED.

Antonio Montañés Jiménez es doctorando en la University of St. Andrews y la UAB (co-tutela europea) y Profesor-Tutor de Antropología Social en la University of St. Andrews (Reino Unido). También es miembro de GRESCO-TRANSOC-UCM.

Juan Pablo Paredes P. es Doctor en Ciencias Sociales por la Universidad de Chile e investigador postdoctoral en el Centro de Estudios del Desarrollo Regional y Políticas Públicas (CEDER), Universidad de Los Lagos.

Milena Silvester Quadros es Doctora en Sociología por la Universidade Federal do Rio Grande do Sul, Brasil, investigadora posdoctoral en Estudios Sociales de América Latina en la Universidad de Alicante y activista por los derechos de grupos minoritarios en Brasil.

Valentin Clavé-Mercier es doctorando Marie Curie en el Centre for Citizenship, Civil Society and Rule of Law (CISRUL), University of Aberdeen (Scotland).

Susana Aguilar Fernández es Doctora en Ciencias Políticas y Sociología por la UCM y Catedrática de Sociología de la UCM.

Benjamín Tejerina Montaña es Catedrático del Departamento de Sociología 2 en la Universidad del País Vasco y Director del Centro de Estudios sobre la Identidad Colectiva, adscrito a la UPV.

María Jesús Funes Rivas es Doctora en Ciencias Políticas y Sociología por la Universidad Nacional de Educación a Distancia. Actualmente es Profesora Titular de Sociología en la UNED y es responsable del Grupo de Estudios sobre Sociedad y Política (UNED/UCM).

Ramón Adell Agilés es Doctor en Ciencias Políticas y Sociología por la Universidad Complutense de Madrid. Actualmente Profesor Titular en el Departamento de Sociología I de la UNED. Es responsable de la Biblioteca y Archivo de Propaganda BAP-RAA.

Esta primera edición de *Movimientos sociales, acción colectiva y cambio social en perspectiva* se terminó de componer y maquetar el 14 de febrero de 2019, quinto aniversario de Enrique Laraña, y se imprimió el mismo mes en Romanyà-Valls (Capellades, Barcelona).

Penula scriptoris requiescat fesa laboris.
Explicit iste liber sit scriptor crimine liber.
Pax sit scribenti vita salusque legenti.
Finito libro reddatur cena magistro.

Movimientos sociales, acción colectiva y cambio social en perspectiva

En esta obra colectiva se incluyen los textos revisados de una amplia muestra de comunicaciones que tuvieron lugar en el Encuentro Inter-congresual del Comité de Investigación de Movimientos Sociales, Acción Colectiva y Cambio Social de la Federación Española de Sociología, celebrado en Madrid el 31 de mayo y el 1 de junio de 2018.

Dicho Encuentro fue un espacio abierto a diferentes aportaciones al campo de estudio de los movimientos sociales y la acción colectiva. Más allá de la Sociología, investigadores/as y especialistas de otras disciplinas como la Ciencia Política, la Antropología o el Urbanismo hicieron posible la celebración de un Encuentro interdisciplinar que abarcó el estudio de estos fenómenos desde diferentes enfoques y atendiendo a sus múltiples dimensiones. Plasmar en papel la riqueza de esos debates fue el motivo que ha impulsado este libro colectivo.

Dentro de este campo de estudio, esta publicación supone una profundización en la investigación de las transformaciones de las movilizaciones sociales y de la acción colectiva en los últimos años y en su mirada internacional, a partir de diferentes estudios de caso. La obra concluye con una reflexión sobre los resultados y consecuencias de los movimientos sociales en perspectiva histórica.

betiko

FES FEDERACIÓN ESPAÑOLA DE SOCIOLOGÍA
Comité de MOVIMIENTOS SOCIALES, ACCIÓN COLECTIVA Y CAMBIO SOCIAL